

ESE CÁNCER QUE LLAMAMOS CRIMEN ORGANIZADO

Antología de textos que lo retratan

Paco Ignacio Taibo II, Ricardo Ravelo, Héctor de Mauleón,
Alejandro Almazán, Sanjuana Martínez,
Javier Valdez Cárdenas, José Reveles, Daniela Rea,
Thelma Gómez Durán y Patricia Dávila.

Enero 2014

© Paco Ignacio Taibo II, Ricardo Ravelo, Héctor de Mauleón, Alejandro Almazán, Sanjuana Martínez, Javier Valdez Cárdenas, José Reveles, Daniela Rea, Thelma Gómez Durán y Patricia Dávila.

Esta es una publicación de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Antologadores: Beatriz Sánchez, Salvador Vázquez, Paco Ignacio Taibo II, Daniela Campero y Jorge Belarmino Fernández.
Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez. y Salvador Vazquéz
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Prólogo | 7 |
| Paco Ignacio Taibo II Narcoviolenca. Ocho tesis y muchas preguntas..... | 11 |
| Ricardo Ravelo El ejército doblegado..... | 21 |
| Héctor de Mauleón Atentamente, <i>El Chapo</i> | 43 |
| Alejandro Almazán Un narco sin suerte..... | 69 |
| Sanjuana Martínez Crónica de una fuga anunciada..... | 89 |
| Javier Valdez Cárdenas Tres cabezas..... | 101 |
| José Reveles Fosas clandestinas por doquier..... | 105 |
| Daniela Rea Juegan a ser sicarios..... | 121 |
| Thelma Gómez Durán Los <i>sheriffs</i> de la montaña..... | 125 |
| Patricia Dávila Consigna marca en el Triángulo Dorado: votar por el PRI..... | 137 |

PRÓLOGO

La Brigada Para Leer en Libertad reúne aquí algunos de los textos más esclarecedores sobre el crimen organizado y sus complicidades con el poder político y económico.

El tema es extraordinariamente complejo y no abundan quienes tienen el valor de investigarlo, en un país reconocido como uno de los más peligrosos del mundo para el periodismo, por el número de profesionales muertos, desaparecidos, acosados o amenazados. Entre 2000 y 2012 organismos nacionales e internacionales documentaron el asesinato de setenta y dos hombres y mujeres por ejercer este oficio en México.

Así que el mérito de los trabajos que presentamos es doble. Representan las miles de horas dedicadas por cada uno de los autores y por otros, a rastrear los hechos con una seriedad, una inteligencia y un compromiso fuera de serie entre el ambiente de desinformación que crea el conjunto de los medios masivos. Lo hacen buscando lo mismo a los grandes protagonistas como a los pequeños, a sus anónimas o casi anónimas víctimas y al desastre que dejan tras de sí.

En mayor o menor grado todos los profesionales incluidos en esta antología, emplean los recursos literarios sin los cuales las historias investigadas llegarían a nosotros medio muertas.

La docena de reportajes o artículos que recogemos alertan sobre la extensión y gravedad del cáncer que padecemos, y a la manera de cualquier breve selección de textos, lejos del intento de agotar el tema, invitan a que ahondemos en él. Su tamaño no quiere decir nada sobre la importancia de los propios materiales ni de los autores. Por el espacio disponible, dejamos fuera periodistas y escritores igualmente valiosos.

Para introducirlos se incluye una colaboración de Paco Ignacio Taibo II en el diario *La Jornada*, que hace apuntes sobre la guerra de Felipe Calderón contra el crimen organizado, según se la llama. Para estimar el peligro que representa el actual, a cuyo frente aparece Enrique Peña Nieto, el libro cierra con la primera indagatoria de la prensa respecto a la participación de las mafias criminales en los últimos comicios para la Presidencia de la República.

Jorge Belarmino Fernández

NARCOVIOLENCIA. OCHO TESIS Y MUCHAS PREGUNTAS

Paco Ignacio Taibo II

Hace más de tres años el hombre que dirige desde Los Pinos los destinos de esta nación declaró una guerra contra los cárteles mexicanos de la droga. Al paso del tiempo los mexicanos habíamos aportado a esta guerra más de 31 mil muertos, según cifras oficiales, un número incontable de heridos, varias de las grandes ciudades del país (Ciudad Juárez, Chihuahua, Monterrey, Tampico, Morelia, Culiacán, Mazatlán) viviendo bajo el miedo y en virtual estado de sitio, regiones abandonadas por sus habitantes, zonas rurales que son tierra de nadie, carreteras federales intran-sitables, 17 estados de la República en crisis profunda de inseguridad, más de un millar de quejas ante las comisiones de derechos humanos (y éstas son las que se hacen públicas, porque el miedo impide que se conozca más allá de la punta del iceberg) por violaciones, secuestros, chantajes, cateos ilegales, robos y todo tipo de abusos producidos por las fuerzas policiacas, el Ejército y en menor medida por la Marina, barrios urbanos y zonas industriales en los que no entran inspectores de Hacienda o de salubridad, porque el narco es el Estado.

¿Cómo se ha llegado hasta aquí? ¿Cómo puede detenerse esta inercia antes de que México se desvanezca en

Ese cáncer llamado crimen organizado

medio del miedo y el terror en un holocausto repleto de cabezas cortadas, tiroteos donde los ciudadanos inocentes son bajas colaterales, policías que entran a la casa rompiendo la puerta y se roban el queso que hay sobre la mesa, cárceles donde impera la mafia y se tortura sistemáticamente, declaraciones oficiales de avances y éxitos que ya ni los niños de la gran burguesía urbana se creen, fábricas y talleres que cierran, madres asesinadas por protestar por el asesinato de sus hijas?

Primera. Calderón pactó el inicio de esta guerra con el presidente Bush, ni siquiera con el entonces recién llegado Obama. Y la pactó en términos de ofrecerla en bandeja. Y la pactó en condiciones absurdas. La guerra contra el narco no era, no debería ser, una guerra mexicana, porque era, es en esencia, una guerra estadounidense, generada por el mayor consumo de droga a escala planetaria, el que se producía dentro del territorio de Estados Unidos. Así, la propuesta mexicana no debió haber pasado de una oferta de apoyo a una guerra que debería librarse en territorio gringo, combatiendo las redes de distribución, las estructuras financieras, controlando la frontera. En su territorio, no en el nuestro. Pero no fue así. En tres años no ha habido más de media docena de operaciones importantes de aquel lado de la frontera, mientras que de éste se ha desatado la más sangrienta de las confrontaciones que hemos tenido los mexicanos desde la guerra cristera.

Imágenes. Logro descubrir leyendo todos los periódicos locales de Acapulco los supuestos, los previos oficios, de los 15 hombres aparecidos sin cabeza: son dos adolescentes, un lavacoche, un chofer de recogida de basura, un mecánico, dos desempleados, un policía municipal, tres al-

bañiles; las infanterías del cártel de Acapulco masacradas por el grupo del *Chapo* Guzmán (según dicen cartulinas encontradas a su vera) por el control de la plaza.

Segunda. Al gobierno de Calderón le tomó un año pedir a los estadounidenses el control del tráfico de armas, y desde que lo pidió no ha obtenido resultados. Según cifras oficiales, cerca de 50 mil armas largas (ojo con esto de las cifras oficiales: ¿quién las contó?), municiones, lanzacohetes, ametralladoras pesadas, han entrado a México para proporcionar a las mafias un poder de fuego muy superior al de las fuerzas armadas. Hoy cualquier achichinle de un narco puede seguir comprando municiones para un cuerno de chivo en una tlapalería en Houston. Las balas que matan a mexicanos se venden alegremente en Estados Unidos.

Tercera. Antes de iniciar una guerra, y no hay que leer a Sun Tzu o a Federico Engels para saberlo, el Estado debería contar con una labor de inteligencia sólida. ¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¿Cuáles son sus nexos? ¿Cómo es su estructura financiera? Mil y un preguntas que necesitaban respuestas. Hoy sabemos que al momento de iniciarse la guerra de Calderón contra el narco toda, o buena parte de la estructura de inteligencia del Estado mexicano estaba en manos de facciones del propio narco, que utilizando a jefes policiacos del más alto nivel dirigieron las operaciones contra bandas rivales, agitando un avispero de venganzas que parece no tener fin. ¿Qué tanto de su aparato policiaco trabajaba para el enemigo? Directores de la policía, de las agencias contra el crimen organizado, la SIEDO, comandantes de la AFI, subprocuradores... A la fecha, el Estado mexicano aún no lo sabe o no quiere saberlo. A la fecha, la

Ese cáncer llamado crimen organizado

inteligencia estatal está filtrada, distorsionada, fragmentada; resulta (sobre todo de la lectura de sus comunicados) absolutamente incoherente.

Cuarta. El sistema judicial está podrido. Lleva muchos, muchos años estándolo. Agentes del Ministerio Público descalificados, jueces corruptos, ineficiencia absoluta cuando no complicidad declarada con el crimen. Con una estructura como ésta no se podía ir a la guerra. ¿Cuántos delincuentes han sido dejados libres en estos pasados tres años? ¿Cuántos han recibido condenas intrascendentes respecto de la magnitud de sus crímenes? Pepe Reveles narraba el otro día en una mesa redonda que los que le entregaban los cadáveres al *Pozolero* (y hablamos de más de un centenar de muertos) pronto saldrán en libertad, porque el Ministerio Público sólo pudo acusarlos de tenencia de armas y posesión de drogas a causa de una investigación mal integrada. Reina un caos maligno, como habitualmente reinaba en la justicia mexicana, paraíso del accidente y la casualidad. Vivimos en un territorio de rezago de indagaciones, expedientes confusos, sin investigación científica, ausencia de un banco nacional de huellas digitales, inexistencia de un concentrado de la información de todas las agencias policiacas del país ¿Cuántas veces hemos leído en la prensa que el detenido había estado en la cárcel recientemente? ¿Quién lo soltó?

Quinta. En la cárcel de Torreón la directora torturaba a los presos. En otra cárcel las bandas tenían permiso para salir de noche para ejecutar rivales, en otras 10 prisiones se han producido fugas masivas. Hay denuncias sobre el control y los privilegios que las mafias tienen sobre todas las prisiones, incluso las de alta seguridad.

Han sido despedidos más de una docena de directores de cárceles en los meses recientes. ¿Ha cambiado la situación interna? Sin la previa depuración del sistema carcelario, no se podía ir a la guerra.

Imágenes. La más aterradora de las anécdotas: en Torreón un hombre se detiene en el semáforo. Cuando se pone la luz verde ante él, el coche que lo precede está detenido. Va a tocar el claxon y duda. No son tiempos para andar tocando el claxon. La circulación está parada. Transcurre un nuevo espacio de tiempo con el semáforo nuevamente en rojo. Se decide y baja del coche, amablemente les pregunta a los del auto parado si puede ayudarlos en algo. El chofer le enseña una pistola y le ofrece 200 pesos. “Se ve que usted es gente decente, acabo de perder una apuesta con este güey [y señala a su copiloto, que muestra una Uzi muy sonriente] que usted nos tocaba el claxon y yo le pegaba un tiro. Es su día de suerte, amigo.” El coche arranca. El hombre amable se queda ahí, sudando frío.

Sexta. Conan Doyle en la boca de Sherlock Holmes solía decir que cuando una historia no estaba clara “follow the money”, hay que seguir el dinero, el rastro económico. El narcotráfico, como lo fue el contrabando de alcohol en Estados Unidos durante la era de la prohibición, o el robo de coches en México, es un negocio criminal, sigue reglas de un mercado semivisible, tiene inversiones, está sujeto a la producción y la distribución. Una parte del dinero, millones de millones de dólares, se moverá prosaicamente en paquetes de billetes verdes envueltos en papel periódico y en maletas Samsonite, pero otra parte, quizá la más importante, se convierte en inversiones, casas, automóviles de lujo, oficinas, hoteles, tiendas, restaurantes... En la era

Ese cáncer llamado crimen organizado

de Caro Quintero una colonia en Ciudad Juárez llamada burlescamente Disneylandia, estaba repleta de mansiones extravagantes: castillos de *La Cenicienta*, mansiones californianas, material chafa de *Las mil y una noches*, pagodas budistas. Todo el mundo en la ciudad sabía que era territorio del narco. El dinero es visible. ¿Y la ruta, las rutas que descienden desde Estados Unidos no lo son? El SAT está muy preocupado por cobrar los impuestos a cualquier gringo que se descuide y ¿no es capaz de detectar los millones que bajan desde el otro lado de la frontera? El gobierno mexicano ha puesto miles de trabas bancarias a los ciudadanos para mover su dinero, pero no ha abierto una macroinvestigación sobre las operaciones bancarias que acompañan este gran dinero de las mafias. En los cientos de decomisos, cateos, detenciones, ¿no han aparecido chequeras, cuentas bancarias, huellas y rastros? ¿Por qué no se habla de esto nunca? ¿Por qué el gobierno mexicano no ha pedido a Estados Unidos operaciones financieras que bloqueen el flujo de dinero al narcotráfico? Sin una investigación financiera sólida y un pacto bilateral con los estadounidenses para el bloqueo del dinero del narco, no se podía ir a la guerra.

Séptima. Un convoy del Ejército en La Laguna se dirige a una cárcel de alta seguridad: están transportando a un preso importante. Como no conocen la zona les han puesto una patrulla de la policía local al frente y otra en la cola. Al llegar a un semáforo la patrulla se detiene. Enciende y apaga las luces tres veces y luego se fuga a 150 kilómetros por hora. La patrulla de la cola hace lo mismo en reversa. De los callejones salen hombres armados que disparan contra los militares. Las patrullas no han vuelto

a aparecer en la escena pública, tampoco los patrulleros, que se han desvanecido en esta gran nada informativa que es la guerra de Calderón. Entre Monterrey y Tampico una caravana de camionetas de renta que regresaban de un servicio son desviadas por la policía hacia una brecha, un camino rural. Al final del tramo un grupo de zetas armados con ametralladoras los están esperando. Los choferes serán torturados y robados. Hoy sabemos, gracias a las declaraciones de los testigos protegidos, que durante años altos mandos de la policía escoltaron los transportes de droga y protegieron como escoltas a los capos. Pero no sólo la policía, las policías, muchos policías, actúan en colaboración, apoyan, informan, protegen al narco, el Estado lo ha abastecido de cuadros. Uno de cada tres detenidos, se puede leer día a día en los periódicos, es un policía o un ex policía, un militar. Hace años en Tijuana pregunté al director de un diario por qué en días recientes se habían matado a tiros entre ellos una docena de policías en un choque entre bandadas rivales. Me respondió que resulta más barato contratar a un poli que entrenar a un sicario. ¿Cómo es posible que el Ejército mexicano (y el estadounidense) haya entrenado a un cuerpo entero de elite militar que luego se pasa en bloque para constituir la esencia de Los Zetas. Si los mexicanos lo sabíamos, si sabíamos que la delincuencia era policiaca en millares de casos, ¿no lo sabía el Estado mexicano? ¿Es posible ocultar cuando tu salario pasa de 15 mil pesos al mes a 250 mil? ¿Cuántas horas de investigación económica resistiría un agente de la policía antes de descubrir que tiene seis casas en fraccionamientos del Estado de México? ¿Hay alguien en México que sepa interpretar la lectura de un polígrafo, el vulgarmente llamado detector de mentiras?

Ese cáncer llamado crimen organizado

¿O el Estado mexicano no se atreve a usarlo ante el riesgo de que se muestre que la mayoría de sus agentes mienten? ¿La mayoría? ¿10 por ciento? ¿90 por ciento? ¿Hay algún polígrafo funcionando en alguna dependencia policiaca del país? ¿O se ha vendido para comprar refrescos y gansitos marinela en el Oxxo más cercano? Todo nace de unas fuerzas del orden cuya moral está pervertida. Y ésta es una vieja historia mexicana, que adquiere su mayor nivel durante el alemanismo. Su clave es la impunidad.

Los mexicanos sabemos que históricamente la policía y el Ejército no son una fuerza de orden sino una fuerza criminal semilegalizada, represiva. Sabiéndolo el gobierno de Calderón como debería saberlo (no podemos presumir ese grado de estupidez que llegaría a lo inverosímil), ¿cómo se atrevió a lanzar una guerra contra el narco con ese material humano? Una guerra que no sólo no se podía ganar, sino que ni siquiera podía empezarse sin haber limpiado antes las fuerzas del orden. ¿Pero cómo limpiarlas sin debilitar al mismo tiempo la esencia represiva del propio Estado mexicano? Un general retirado me contaba que no tenía duda de que en el Ejército había un centenar de capitanes y mayores honestos, pero que no estaban cerca de la toma de decisiones. No se podía lanzar una guerra contra el narco con este material humano. No hay posibilidad alguna de variar la situación mientras la moral dominante en las fuerzas del orden sea la que hoy es.

Imágenes. Cualquier ciudadano con un celular puede grabarlas, en la carretera de Tampico a Matamoros circulan convoyes de cuatro o cinco camionetas negras, traen pintado en el costado con spray las siglas CG, Cártel de Golfo.

Octava. Hoy el narco no sólo es una docena de grupos armados que controla una de las más importantes fuentes económicas del país. Son empresas que cobran protección, por ejemplo, a todos los comerciantes de Cancún. Son el control de todos los vendedores ambulantes de Monterrey. Son la justicia en zonas enteras de Michoacán donde La Familia reprime a maridos abusadores y deudores perniciosos (léanse las notas de Arturo Cano en *La Jornada*). Son los controles en carreteras federales que cobran peajes. Son los que le ofrecieron (y le cumplieron) a un restaurantero en Ciudad Juárez que si pagaba protección, no más inspectores de salubridad ni requerimientos de Hacienda. Son los controladores de la red de tráfico humano y secuestros más grande del planeta. Son los que ofrecen empleo bien pagado a millares de jóvenes de las pandillas de las zonas fronterizas. Son en una parte muy grande nuestro país, el nuevo Estado. Y un Estado que sustituye a otro Estado basado en el abuso, la corrupción. Un mecánico de banqueta en Chihuahua paga al narco 200 pesos a la semana por el uso de la acera, antes le pagaba de mordida 300 a la policía. Tal para cual. ¿Por qué habría de estar en la cárcel un capo si no lo está el que cometió un fraude electoral que robó a la nación su destino, ni lo está el que con su modesto salario de funcionario compró tres castillos en Francia? Mientras el Estado mexicano no pueda garantizar a sus ciudadanos una relación honesta no se puede librar una guerra contra el narco.

(Taibo II, Paco Ignacio, *La Jornada*, México, 15-ene-2011.)

EL EJÉRCITO DOBLEGADO

Ricardo Ravelo

EL EJÉRCITO DOBLEGADO

La noche del 23 de abril de 1989 la cena estaba servida en una amplia mesa del restaurante San Ángel Inn, al sur de la Ciudad de México. Una decena de comensales se disponían a festejar el cumpleaños del general Jorge Maldonado Vega, personaje con una amplia trayectoria en las filas castrenses.

Maldonado Vega gozaba de la tranquilidad del retiro. Había ingresado en el Ejército en 1951, como alumno del Colegio Militar, y llegó a ser general, grado con el que se retiró, en 1985. Por esa trayectoria, ganada a pulso, se le veía con respeto al interior de las fuerzas armadas, aunque había sido criticado por incurrir en excesos en el ejercicio del poder, como muchos otros militares de su tiempo. Ese inconveniente no le impedía codearse con la élite militar que estaba en el poder durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, entonces representada por Antonio Riviello Bazán, titular de la Secretaría de la Defensa Nacional (Sedena), con quien cultivaba una estrecha relación.

En la mesa del agradecido festejado se chocaban las copas de vino. Amigos y familiares habían sido convocados por el coronel Alfonso Caiseiro Pérez para celebrar al hom-

Ese cáncer llamado crimen organizado

bre, ahí relajado y sonriente, que él respetaba y admiraba por su carrera militar. A unos cuantos metros, atentos, unos ojos escrutaban los movimientos del general. Hacía tiempo que ese observador estaba empeñado en conocer y estrechar amistad con el militar. Nunca había tenido oportunidad de tenerlo tan cerca. Esa noche se presentaba, y estaba dispuesto a aprovecharla. Así que, inopinadamente, la amena plática del grupo se vio interrumpida por aquel individuo de 1.85 m de estatura, que bordeaba los 34 años de edad. Una voz amable apagó la conversación del grupo y la atención se centró en aquel personaje que vestía ropa informal.

—¿Es usted el general Maldonado? —preguntó el sujeto con un tono de amabilidad y fineza.

—A sus órdenes —respondió el militar.

El general Maldonado Vega no había visto antes al personaje, quien atrajo su atención cuando, en cascada, le empezó a enumerar pasajes de su vida castrense. Le dijo que admiraba su entereza porque no lo habían podido comprar ni con 5 millones de dólares, que sabía de su duelo de Chapultepec, que tenía datos acerca de las veleidades que estuvieron a punto de llevarlo a enrolarse con la guerrilla; que tenía conocimiento de su intachable comportamiento ante sus prisioneros, quienes nunca fueron torturados, ni víctimas de delitos inventados, ni les robó droga. Aquel personaje también le mencionó que sabía que esas prácticas eran exclusivas de las corporaciones policiacas y del Ejército, que torturan y matan.

Maldonado Vega escuchó en silencio ese pormenorizado relato y agradeció al final la deferencia del trato. Sin embargo, tras esa aparente ecuanimidad, producto de su

formación, en su mente comenzó a trazar escenarios para ubicar a su misterioso interlocutor. Pensó incluso que podía tratarse de Amado Carrillo, de quien había escuchado hablar; o quizá tenía enfrente a algún otro narcotraficante o jefe policiaco. Su mente se atiborró de conjeturas.

Transcurridos 30 o 40 minutos, el viejo general vio despejadas sus dudas: su interlocutor le confesó que era Amado Carrillo Fuentes. La charla prosiguió en confianza. Derribada esa barrera, el festejado terminó por proporcionarle su nombre completo, su dirección y teléfonos. Carrillo Fuentes se retiró de la mesa y desapareció de lugar.

Pasaron tres meses, aproximadamente, sin que Maldonado Vega tuviera noticias de Carrillo Fuentes, hasta que una madrugada de julio de ese mismo año, en su departamento del Desierto de los Leones, en el Distrito Federal, recibió una llamada telefónica. Era la voz de una mujer desesperada: Luz Bertila Carrillo Fuentes, hermana del *Señor de los Cielos*.

Con la voz agitada, se disculpó ante el general por haberlo despertado y le comunicó la urgencia: su hermano Amado había sido detenido por un grupo de militares y estaba preso en una ranchería del poblado de Huixopa, Sinaloa. Le dijo que sabía que lo habían torturado y que corría peligro.

—Mi hermano tiene mucho prestigio y pueden matarlo, le pido, por favor, que lo ayude. Usted es el único que puede hacerlo —suplicaba la mujer del otro lado del auricular.

Maldonado Vega se sorprendió— “fue impresionante esa petición”, reconocería en su declaración ministerial—, y acudió al rescate. La familia Carrillo Fuentes le proporcionó los medios para trasladarse al sitio: vehículo

Ese cáncer llamado crimen organizado

y chofer. A las 8:00 de la mañana del día siguiente, Joel Martínez, quien dijo ser ayudante de Amado Carrillo, se puso a las órdenes del general Maldonado y lo trasladó al aeropuerto de la Ciudad de México. Allí, el militar abordó rápidamente un avión Cesna 210, cuyo piloto en cuestión de minutos tomó pista y despegó con destino a Culiacán, Sinaloa.

A su llegada a esa entidad, el general fue llevado a Navolato, donde radica la familia Carrillo Fuentes. Allí se presentó Luz Bertila, quien le expuso más detalles de la aprehensión de su hermano: Amado Carrillo había asistido a una fiesta a Huixopa con algunos familiares y amigos. Lo acompañaban, como ya era habitual, varios agentes del Ministerio Público Federal y de la extinta Policía Judicial Federal (PJF); sin embargo, un grupo de militares lo había detenido, sin motivo aparente, y ella sabía que, por los golpes que le propinaron, su hermano estaba inmóvil de medio cuerpo y la gente del pueblo decía que lo iban a linchar.

—Sálvelo, general, por favor. Sé que usted puede hacerlo... —era la súplica de aquella mujer atribulada.

—Cálmese, por favor, cálmese... El Ejército no va a matar a su hermano, ni va a permitir que lo hagan, se lo aseguro.

Los Carrillo Fuentes dispusieron de una avioneta Cesna 182 para volar hasta la demarcación. A bordo iban Maldonado Vega y el piloto. Al cabo de una media hora aterrizaron en una pista de terracería. El general se dirigió a la base de operaciones que el Ejército tenía en ese sitio y se puso en contacto con el comandante para preguntarle si era verdad que tenían como prisionero a un tal Amado Carrillo.

Un sargento y un elemento de tropa, quienes lo reconocieron, le respondieron que sí estaba preso. El general

preguntó cómo estaba, si era cierto que lo habían golpeado y que lo iban a ejecutar. El sargento respondió:

—No, mi jefe, es el procedimiento [los golpes], pero no le va a pasar nada.

Como a unos 20 metros, Maldonado Vega observó al prisionero, inclinado por el dolor que sentía en uno de sus brazos. Minutos después llegó el sargento Heriberto Baltasar Pantaleón, quien de inmediato increpó a Maldonado Vega, preguntándole para qué quería verlo. El general le respondió que sabía de la detención de Amado Carrillo, que la familia desconocía la razón y que estaba preocupada porque entre la gente corría la versión de que lo iban a ejecutar.

Baltasar Pantaleón expuso que el señor había sido detenido porque les pareció sospechoso, debido a que iba armado: portaba una pistola calibre 45 con empuñadura de oro y andaba enjoyado. “Nos parece que puede ser un capo grande” y estamos esperando a que nos den instrucciones sobre qué hacer con él.

—Golpear a una persona tan severamente y retenerlo tanto tiempo no se les ha enseñado en el Colegio Militar y es un error grave. Para eso está la PGR, es la instancia a donde lo deben enviar con todas las pruebas que tengan en su contra —expuso Maldonado Vega al sargento.

Un tanto contrariado por la contundencia del argumento, el sargento dijo:

—No sabemos nada porque no ha hablado y dudamos que vaya a hablar. Sólo se podrá consignar por el arma que trae. No tenemos nada más y no lo conocemos.

En 1989, Amado Carrillo, en efecto, era poco conocido, aunque ya formaba parte del cártel de Juárez y operaba al lado de Rafael Aguilar Guajardo. Había desplegado

Ese cáncer llamado crimen organizado

gran parte de su poder en el norte del país, donde tenía empresas importantes, como la aerolínea Taxis Aéreos del Noreste (Taxeno), la cual disponía de una flotilla de aviones utilizados tanto para brindar un servicio de transporte en toda la Comarca Lagunera como para el movimiento de grandes volúmenes de cocaína hacia los Estados Unidos.

El diálogo entre Maldonado Vega y Baltasar Panteleón se cortó. Éste dio por terminada la plática, pidiéndole al general que se retirara del lugar y que no siguiera insistiendo. Para ese momento, el titular de la Sedena estaba enterado de la detención de Amado Carrillo y de las gestiones que en su favor realizaba Maldonado Vega. El general entendió la postura del sargento, pero se vio obligado a explicar que su presencia en la comunidad no era motivada por fines económicos, sino que sólo atendía la petición de la familia, preocupada por el señor Carrillo Fuentes; que también había aceptado verificar la aprehensión por saber cómo estaba, ya que él siempre había estado en contra de la tortura, los crímenes y las ejecuciones, y aclaró que al señor Carrillo sólo lo había visto en una ocasión. Luego, se retiró del sitio y abordó la avioneta de regreso a Culiacán, donde volvió a encontrar a la hermana de Amado. Ambos se dirigieron a la casa de la madre del detenido. En una charla, en la finca La Aurora, municipio de Navolato, en una estancia amplia con jardines y altos pinares, el general fue claro y directo:

—El problema de Amado es mayor a mi capacidad para hablar por él. Se le detuvo con un arma y es probable que sea consignado. De todo este asunto, y hasta de mi presencia aquí, ya está enterado el secretario de la Defensa, Antonio Riviello Bazán. Yo les sugiero que acudan ante las autoridades civiles o militares para arreglar este asunto.

La señora Aurora Fuentes, una mujer bragada y de fuerte carácter, entendió la posición del general Maldonado, a quien agradeció el gesto y la atención de acudir en apoyo de la familia y su hijo.

—Preparen el avión para que lleven al general a la Ciudad de México —ordenó la madre de Carrillo Fuentes.

El general solicitó que mejor lo trasladaran por carretera a la ciudad de Guadalajara, desde donde voló en línea comercial a la Ciudad de México.

EL REENCUENTRO

La siguiente ocasión en que el general Jorge Maldonado Vega tuvo contacto con el *Señor de los Cielos* fue en la cárcel. Dos meses después de la detención, y en agradecimiento por haber atendido el llamado de su familia, el capo pidió a su hombre de confianza, Joel Martínez, localizarlo, para invitarlo a que lo visitara en el Reclusorio Sur, donde estaba preso por portación de arma prohibida. El general aceptó gustoso la invitación y acudió al día siguiente. Pasó todas las aduanas sin ser revisado, nadie le preguntó a quién iba a ver, ni le exigieron identificación.

El guía, Joel Martínez, conocía todos los movimientos del penal, tenía una amplia red de cómplices, la mayoría custodios, que estaban bien pagados y recibían regalos de Amado Carrillo, como premio por otorgarle facilidades en todas sus diligencias.

Ya en la cárcel, el propio militar constató que un gran número de personas visitaban al *Señor de los Cielos*. Su poder era pleno, controlaba desde los celadores hasta la dirección del penal. No sin sorpresa observó que el capo

Ese cáncer llamado crimen organizado

vivía a todo lujo: tenía a su disposición un amplio número de habitaciones conyugales; comía alimentos traídos de los restaurantes más caros de la ciudad, degustaba exquisitos vinos y con frecuencia gozaba de la compañía de alguna de las beldades de algún centro nocturno. Todo se le concedía a tan ilustre huésped, gracias a los buenos oficios de Raúl Patiño Esquivel —a la postre, alto comandante de la PJF—, quien entonces se desempeñaba como jefe de seguridad del reclusorio.

Al llegar al sitio donde estaba Amado Carrillo con un grupo de internos, éste llevó al general a un espacio libre para dialogar a solas. Sentados en una banca, le confesó:

—General, me da mucho gusto verlo. Deseaba agradecerle lo que hizo por mí y por mi familia. Afortunadamente, sólo fui consignado por portación de arma de uso exclusivo del Ejército, pero cuento con amigos dentro de la PGR para que el problema se resuelva en un año. Yo le pido, por favor, que no pierda contacto conmigo. Si usted cambia de domicilio, hágase lo saber al ingeniero Joel Martínez.

Entre septiembre y octubre, Maldonado Vega rentó una casa en Guadalajara, Jalisco, adonde se fue a vivir. Atendiendo la sugerencia de Amado Carrillo, le llamó a Joel Martínez para darle sus nuevos teléfonos. A finales de 1990 y principios de 1991, el asistente del capo le telefoneó para comunicarle que muy pronto se resolvería el problema del jefe, que toda la gestión para liberarlo estaba en manos de la PGR, que sólo era cosa de esperar un tiempo. Meses después, el general recibió un nuevo telefonema. Era el enviado de su amigo, quien le comunicó que “el jefe” quería verlo, pues había sido liberado y estaba de regreso a la actividad.

El general tomó el primer vuelo hacia la Ciudad de México. Al llegar al aeropuerto lo recogió Martínez, quien lo instaló en el hotel Real del Sur, antes de llevarlo a una lujosa residencia que el propio Maldonado Vega describió con detalles en su interrogatorio judicial, en 1997, cuando fue detenido por sus vínculos con el narcotráfico.

Esto fue lo que contó:

“Al día siguiente fui trasladado a la colonia Pedregal de San Ángel... [sus guías] entraron por una calle de nombre Risco. En la casa ya se encontraba abierta la puerta de la cochera [...] donde había dos vehículos. El inmueble es de aproximadamente mil 500 m² de superficie, con una construcción de residencias propias de la colonia. Había un mozo, quien estacionó el vehículo.”

Contó además que fue conducido al comedor, donde estaba sentada toda la familia Carrillo Fuentes: la señora Aurora Fuentes, Sonia Barragán, esposa de Amado, y los seis hijos del matrimonio, cuyas edades oscilaban entre los cuatro y los 12 años. También estaban sus hermanos Vicente y Aurora. El capo presentó al militar ante todos.

Después del protocolo, Amado se reunió con él en privado, volvió a agradecerle su intervención y le ofreció una disculpa por haberlo afectado. Le dijo que estaba enterado de que los altos mandos militares habían sabido de su intervención en aquella ocasión y después le anunció que le iba a regalar 5 millones de dólares.

Esa generosidad desbordada dejó estupefacto al general. Sin embargo, el capo había previsto todo y empezó a contarle el plan que traía entre manos. Le dijo que con ese dinero se podía comprar 50 camiones Kenworth, le propuso otorgarle 5 millones de dólares más para que adquiriera

Ese cáncer llamado crimen organizado

una cantidad de tractocamiones similar para él y le pidió que se los administrara. Si aceptaba, podía darle el dinero. El general meditó la propuesta unos segundos. Respondió que nunca había manejado grandes cantidades de dinero, por lo que le pidió tiempo para elaborar un esquema que no despertara sospechas. Le explicó que podría manejarse la situación como si se tratara de un préstamo sin intereses, a pagar en tres o cuatro años.

—¿En cuánto tiempo tendrá usted una respuesta?
—insistió Carrillo Fuentes.

—En seis meses. Déjeme pensarlo bien.

Transcurrido el plazo, el general se puso en contacto con Amado Carrillo, quien lo citó en la misma casa. Sin embargo, en contra de lo que pensaba, el capo se mostró desinteresado y se excusó arguyendo que en ese momento no disponía de efectivo. Agotado el asunto, el general se despidió y regresó a Guadalajara.

En julio de 1993, Carrillo Fuentes ya tenía otro plan para el general Maldonado Vega. Pensaba convertirlo en pieza clave para el entrenamiento de un ejército de hombres adiestrados en el manejo de armas sofisticadas. Su idea era disponer, para su servicio personal, de un batallón capacitado en diversas disciplinas, para que lo protegieran a él y a los principales miembros de su organización. Con ese propósito, nuevamente le ordenó a su fiel Joel Martínez localizar al general; una vez que lo consiguió, lo trasladó a Ciudad Juárez, Chihuahua. Ahí tenía reservada una habitación en el hotel Plaza Juárez. Apenas desempacó, fue trasladado a una de las casas de su anfitrión, en una zona residencial de lujo.

Fue recibido por el mismo Amado Carrillo, quien sin rodeos le dijo que sabía que andaba mal económicamen-

te. El general reconoció que, en efecto, tenía problemas de dinero. Entonces el capo soltó su plan y le confió que tenía una propuesta interesante: se trataba de adiestrar al personal que operaba al servicio del cártel de Juárez en el manejo de las armas más complejas, con aditamentos de rayos infrarrojos y láser, las más modernas. Le explicó que tenía planeado contar con un brazo armado con la capacidad de respuesta de un ejército, e incluso mejor que eso. La respuesta del general fue tajante: le dijo que no podía trabajar para él. No hubo más comentarios y los dos terminaron por ir a divertirse a un palenque. El general, siempre cauto, antes de entrar en el lugar desarmó al capo para evitar problemas. Al día siguiente abordó su vuelo de retorno a Guadalajara. Pero este desaire no hizo desistir a Amado y más bien lo obligó a urdir un plan más amplio para convencer al general de que sirviera a la organización de alguna forma. De ello dio testimonio el propio general Maldonado Vega en su declaración ministerial.

En el siguiente encuentro, efectuado en el hotel Real del Sur de la Ciudad de México, el capo le pidió que lo relacionara con altos mandos militares. Pretendía que Maldonado Vega fuera el puente para acceder a generales de división con poder dentro de la milicia, con los jefes de zonas militares y del más alto nivel de la Sedena. Sin embargo, el general se negó de nuevo. Respondió que eso era muy delicado, por el compañerismo que había entre esos altos jefes, y aclaró que él no podía ayudarlo.

En la última entrevista que tuvieron, en febrero de 1996 (siempre según la versión del general), Amado le pidió acudir a la Ciudad de México y hospedarse en el hotel Emporio, adonde fue a recogerlo un contacto del capo de

Ese cáncer llamado crimen organizado

nombre “Julio”, quien lo llevó a una residencia en la calle de Palmas, en las Lomas de Chapultepec. Algunas cuadras antes de llegar al lugar, “Julio” le ordenó al militar que se agachara. Era una costumbre para que los visitantes perdieran el sentido de la ubicación y no pudieran identificar la casa.

De elegante decoración y muebles finos, la construcción era de tipo modernista: techos altos y una sala desplegada en desniveles. Al fondo, cerca de un sótano, estaba Carrillo Fuentes, quien al ver al general fue a su encuentro. Se sentaron en una pequeña sala. Al principio, quiso envolver al visitante contándole que tenía todo bajo su control y contaba con el apoyo de importantes y poderosos hombres de la política, quienes estaban a su servicio. Luego retornó el tema de las armas y de sus hombres. Esta vez, con mayor vehemencia, le pidió al general Maldonado que organizara un equipo de 40 hombres para su seguridad y para lo que fuese necesario, que tenía el dinero suficiente para comprar el mejor armamento del que se disponía en el mundo. A pesar de la presión, el militar no se dejó seducir y rechazó por enésima ocasión la oferta del capo. Habitado a doblegar a sus interlocutores, bien por convencimiento o mediante gratificaciones millonarias, Carrillo Fuentes echó mano de su última carta ante el obstinado militar. Mirándolo de frente, clavó su mirada en la sien del militar y le espetó: “Usted puede tener cantidades de dólares para todo lo que quiera hacer, para vivir como nunca ha soñado”.

Maldonado lo miró en silencio, le dijo que no aceptaba, y se marchó del lugar.

AMADO Y EL EJÉRCITO: LA NEGOCIACIÓN

Al igual que el general Jorge Maldonado Vega, Adrián Carrera Fuentes, director general de la PJF en el sexenio de Carlos Salinas, se convirtió en uno de los hombres más cercanos a Amado Carrillo Fuentes y, como muchos otros aliados del capo, no resistió los “cañonazos” de dinero que le ofrecía el jefe del cártel de Juárez.

En 1993, dos años después de que Carrillo Fuentes salió de la cárcel, reaparecieron en escena Adrián Carrera Fuentes y Víctor Manuel Patiño Esquivel, dos personajes que habían estrechado lazos con Carrillo desde la prisión. Habían sido nombrados director de la PJF y director operativo de esa corporación, respectivamente.

Tan pronto como asumió el cargo, Patiño Esquivel se apresuró a gestionar una entrevista entre su jefe y Carrillo Fuentes. La cita fue en una de las residencias del capo, en el Pedregal de San Ángel. El encuentro fue narrado posteriormente por el propio Carrera Fuentes en su declaración ministerial:

“Procedieron a abrir el portón del garaje, metiendo el vehículo al interior del mismo. El de la voz fue conducido por Víctor Patiño Esquivel hacia la sala de la casa, en donde momentos después se presentó Amado Carrillo, quien le dijo al declarante que si no lo iba apoyar brindándole protección para que pudiera seguir llevando a cabo sus actividades relacionadas con el narcotráfico, que deseaba que le comisionara como subdelegados de la policía a las personas que él le indicaría y que le proporcionara a elementos judiciales federales para que lo protegieran y le sirvieran de escolta.

Ese cáncer llamado crimen organizado

“El emitente le manifestó que no podía hacer lo relacionado con la designación de subdelegados, ya que no tenía facultades para ello, pero que sí le iba a comisionar a policías judiciales federales para que lo escoltaran y a lo que sí podía comprometerse era a no perseguirlo y dejar que siguiera trabajando.

“Ante esta respuesta Amado Carrillo manifestó que estaba de acuerdo, que lo ayudaría en lo que pudiera y que a cambio le gratificaría por la protección con cantidades de dinero, sin que en ese momento se haya especificado cuánto dinero le entregaría ni cada cuanto tiempo.”

Luego del encuentro, que según el jefe policiaco duró unos 20 minutos, se retiraron. Meses después, la PJJF logró asegurar varias toneladas de cocaína; la mayor parte de esos cargamentos se incautó en Mazatlán, Sinaloa; por lo que dos meses después Amado Carrillo buscó contactar a Carrera Fuentes. Nuevamente, el canal fue Patiño Esquivel. En dicha entrevista, el capo le pidió que le presentara al director de Intercepción de la PGR, para platicar con él, pues le habían asegurado un poco de mercancía; fue vehemente al manifestarle su interés por llegar a un arreglo con ese funcionario y con el director de Erradicación de Cultivos; pero Carrera se negó, aduciendo que su relación con ambos funcionarios no era buena.

—Sólo le pido que no me acose. Déjeme trabajar —pidió Carrillo Fuentes.

—No hay problema, a partir de hoy no mandaré ningún operativo desde la Ciudad de México.

Como muestra de agradecimiento, Carrillo Fuentes le gritó a uno de sus colaboradores: “Doctor, doctor (se refería presuntamente a Carlos Colín Padilla, el operador fi-

nanciero del cártel de Juárez), venga por favor. Compre un Cadillac mañana a primera hora, el más lujoso que haya, y se lo entrega al señor”.

—¿De qué color quiere usted su Cadillac? —preguntó el doctor al director de la PJF.

—Lo quiero guinda, por favor.

Satisfecho, el dadivoso capo despidió al visitante y le dio una maleta de piel con poco más de 300 mil dólares. Era el pago por sus favores.

Con el tiempo Carrera Fuentes se convirtió en uno de los hombres más cercanos al *Señor de los Cielos*, junto al general Maldonado Vega. Este último, por su parte, llegó a fungir como enlace para acercar a los hermanos Carrillo Fuentes con los presuntos mediadores de otras organizaciones criminales —sobre todo del cártel de Tijuana— para que negociaran ante la Sedena el fin del conflicto entre ellos y así terminar con la violencia que se vivía en el país. Y es que poco antes de partir a Chile, hasta donde pensaba expandir su imperio como hombre de negocios y como jerarca del narcotráfico, el *Señor de los Cielos* se había obsesionado con negociar con el gobierno federal para operar el negocio de las drogas sin sobresaltos y así frenar la escalada de violencia. Las organizaciones criminales —los cárteles Tijuana, Golfo, Juárez y Sinaloa— se disputaban a sangre y fuego las rutas y el control de varias plazas de la República: era una guerra que parecía no tener fin. Confiaba en los buenos contactos que tenía al interior de las fuerzas armadas.

Uno de esos contactos era Eduardo González Quiarte, quien primero logró que la propuesta del capo del cártel de Juárez se sometiera a un serio análisis, que llegó a manos del entonces secretario de la Defensa, Enrique

Ese cáncer llamado crimen organizado

Cervantes Aguirre, un oscuro personaje envuelto en la sospecha. Además de su relación con el narcotráfico y de ser conocido como administrador de algunos bienes de Carrillo Fuentes, González Quirarte tenía acceso directo a las instalaciones de la Sedena, donde era atendido por altos jefes militares. Esa deferencia se debía a que el alto mando tenía interés en concretar la negociación que ya se había puesto en el escritorio de Cervantes Aguirre.

De acuerdo con un reporte fechado el 14 de enero de 1997, en poder del titular de la Sedena, las peticiones de Carrillo Fuentes eran claras y precisas: no deseaba entregarse, tenía interés en negociar y pactar con el gobierno; también pedía tranquilidad para su familia y que lo dejaran trabajar sin ser molestado. A cambio, otorgaría al Estado 50% de sus posesiones; colaboraría para acabar con el narcotráfico desorganizado; actuaría como empresario, no como criminal; no vendería droga en territorio nacional, sino en los Estados Unidos y en países de Europa; traería dólares para ayudar a la economía del país, y no actuaría violentamente ni en rebeldía.

En los dos encuentros que Cervantes Aguirre tuvo con González Quirarte, éste le explicó que si no se lograba la negociación, el cártel de Juárez y su líder llevarían su ofrecimiento, con sus beneficios, a otro país.

En septiembre de ese año, al ampliar su declaración ministerial, el general Gutiérrez Rebollo, quien conocía los detalles del plan trazado por el cártel de Juárez, confesó que González Quirarte tuvo tres acercamientos con el titular de la Sedena. Y precisó que dicho personaje acudió en dos ocasiones a las instalaciones centrales de esa secretaría, donde fue recibido por el jefe del Estado Mayor, general

Juan Salinas Altez, y otros seis generales. El general Rafael Macedo de la Concha también figura en la lista de militares que se entrevistaron con González Quirarte.

Gutiérrez Rebollo —cuya detención sigue siendo una incógnita, aunque se presume que fue víctima de una venganza del alto mando militar— dijo que González Quirarte comentó a los militares que uno de los puntos del arreglo era que los agentes del INCD “no efectuaran operativos, para lo cual se entregaría a unos licenciados, cuyos nombres no fueron revelados, 60 millones de dólares, de los cuales ya se les habían adelantado 6 millones”.

De forma paralela al planteamiento presentado por González Quirarte, otro grupo, presuntamente por encargo de Cervantes Aguirre, hacía gestiones con el *Señor de los Cielos* para lograr el acercamiento con los altos mandos militares y concretar la negociación. Esos sujetos serían los licenciados que Gutiérrez Rebollo mencionó en su testimonio, quienes buscaron entrevistarse con Carrillo Fuentes a través del general Maldonado Vega.

Pero, ¿quiénes eran esos licenciados y cómo surgieron en la trama de esta negociación del cártel de Juárez con la Sedena? ¿Quién les ordenó ponerse en contacto con los miembros del cártel de Juárez?

En su declaración ministerial Maldonado Vega cuenta todas las maniobras que se realizaron con la finalidad de que él fuera una de las vías para contactar a Amado Carrillo. La historia se remonta al momento en que el contador Edmundo Medrano presentó al militar con el licenciado y periodista Rafael Pérez Ayala, quien en abril de 1996 le pidió que hiciera contacto con el narcotraficante Carrillo Fuentes; posteriormente contactó también a Fermín Duarte, a quien contó el plan de Pérez Ayala.

Ese cáncer llamado crimen organizado

Pérez Ayala se identificó ante el general Maldonado Vega como una persona de confianza del titular de la Sedena y presumió tener derecho de picaporte en la Presidencia de la República. Según el testimonio del militar, Pérez Ayala también le comentó que tenía el respaldo de un fuerte grupo político —aunque no mencionó los nombres de sus integrantes—, preocupado por la ola de violencia provocada por el crimen organizado e interesado en pactar con las organizaciones criminales, por lo que pensaron en él para llegar al *Señor de los Cielos*.

—Nadie más que usted es la persona ideal para contactar al señor Amado Carrillo. Confiamos en que, por su cercanía con él, usted podrá ayudarme —le dijo Pérez Ayala a Maldonado Vega.

Con esa encomienda, el militar viajó a Sinaloa a finales de 1996 e hizo contacto con el capitán y licenciado Rigoberto Silva Ortega. Le apostaba a que, a través de terceras personas, pudiera acercarse a los Carrillo Fuentes. Pasaron algunos días y no obtuvo respuesta, por lo que decidió regresar a la Ciudad de México y se hospedó en el hotel Emporio, donde recibió una llamada. Se trataba de Rodolfo Carrillo Fuentes, el menor de los hermanos de Amado (un joven a quien la PGR consideró en vida como una pieza clave en la maquinaria de lavado de dinero del cártel de Juárez). Ambos acordaron un encuentro para el día siguiente. Un chofer pasó por el militar y lo condujo a una casa ubicada en Lomas de Chapultepec, donde ya lo esperaban Vicente y Rodolfo Carrillo.

De inmediato soltó la propuesta de Rafael Pérez Ayala: que se terminaran las agresiones entre los grupos antagonicos y las autoridades civiles y militares. La pro-

puesta les pareció muy interesante a los hermanos Carrillo Fuentes, quienes le indicaron “que iban a llevar el planteamiento a su hermano Amado”, según el testimonio del general. La respuesta, le dijeron al despedirlo, llegaría al día siguiente.

Pasaron cinco días sin indicios de la contestación. Pérez Ayala, insiste Maldonado Vega, le pedía ser paciente. Pero la respuesta nunca llegó.

Meses después, en julio de 1997, sobrevino la muerte del *Señor de los Cielos* en el hospital Santa Mónica de la Ciudad de México como consecuencia de una sobredosis de Dormicum que le fue suministrada luego de ser sometido a una cirugía plástica y a una liposucción. Este hecho desencadenaría muchas dudas: ¿realmente está muerto Amado Carrillo? ¿La cirugía plástica habría sido la forma en que negociaría con el alto mando militar? ¿En qué terminó aquella negociación secreta entre la Sedena y el cártel de Juárez? Hasta ahora nadie lo sabe.

Lo único cierto es que, después de que oficialmente Amado Carrillo fue declarado muerto, Pérez Ayala seguía en contacto con Maldonado Vega y le insistía en la necesidad de un acercamiento con los cárteles para cerrar la negociación y frenar la violencia generada por los ajustes de cuentas entre las mafias de la droga.

Tras su detención, en 1997, en el hotel Emporio, Maldonado Vega fue sometido a un fuerte interrogatorio tanto en la Sedena como en la PGR, donde reveló otros detalles sobre las actividades de Pérez Ayala y la negociación que él protagonizó para acercar al cártel de Juárez con los altos mandos militares.

Éstas son las partes medulares del interrogatorio:

Ese cáncer llamado crimen organizado

—Que diga el declarante en forma pormenorizada en qué consistió la entrevista que sostuvo con el licenciado Fermín Duarte, en Culiacán, Sinaloa.

—Le hice el planteamiento de que había tomado contacto conmigo el señor Rafael Pérez Ayala, a través del licenciado Rafael Castellanos, con una propuesta... en relación al problema del narcotráfico en la República y me expresaba el licenciado Pérez Ayala representar al presidente de la República y al secretario de la Defensa... Me había pedido [que] contactara a grupos como los hermanos Arellano Félix y Amado Carrillo Fuentes, para expresarles que nombraran a un negociador, sin antecedentes penales, para buscar una solución conjunta a la problemática del narcotráfico entre el gobierno, militares y narcotraficantes, con dos líneas concretas y una tercera que surgiera de los narcotraficantes, que serían las siguientes: uso y venta de drogas a semejanza de lo que sucedió en Estados Unidos de América en donde al autorizar la venta legal de alcohol se abatió [el índice delictivo].

“La segunda línea sería la búsqueda de una amnistía con los narcotraficantes negociando [tanto] la entrega del capital a la nación [como] penas corporales; la tercera, iniciativa que los [narcotraficantes plantearan, estos] pedirían los datos de Rafael Pérez Ayala, su nombre completo, teléfonos y celulares, a fin de que ellos pudieran comprobar su nivel de competencia profesional, por haber sido asesor de dos presidentes anteriores y dos secretarios de la Defensa anteriores, y para efectos de confianza... Que por su parte el señor Fermín Duarte no hizo comentario salvo que le parecía una importante idea, que lo comunicaría con alguien, sin decirle con quien, —que tendría contestación en

corto tiempo. Que el de la voz sabía que era un enlace con Amado Carrillo...”

—Que diga el declarante qué se mencionó en la entrevista que tuvo con Vicente Carrillo Fuentes.

— (...) Me dijo que ya estaba enterado de la propuesta del licenciado Pérez Ayala y me preguntó lo que referí: que se buscaba a un representante idóneo que no tuviera antecedentes penales con capacidad para decidir; me dijo: voy hablar con mi hermano, después me comunico con usted. [Vicente] me dio tres números de teléfonos, y un número de Sky, previendo una cita al día siguiente entre las 3 de la tarde y las 7 de la noche; que al buscar contacto al día siguiente, a través de los teléfonos, noté que se cortaba la comunicación, y entre 48 y 72 horas alguien que no identifiqué me dijo que no había interés en ninguna negociación por no haber confianza y que me pedían que no me volviera a comunicar...

—Que diga el declarante a quién le hizo saber el proyecto que tenía en mente el licenciado Rafael Pérez Ayala.

—Que del proyecto únicamente sabíamos Rafael Pérez Ayala, Vicente Carrillo Fuentes, Rodolfo Carrillo Fuentes, Fermín Duarte, Rigoberto Silva Ortega y yo. Todos ellos se enteraron por mí. Rafael Pérez Ayala buscaba motivarme a lo que yo consideraba una misión patriótica... Pérez Ayala se responsabilizaba de llevar al negociador para ser escuchado por el poder civil militar, sin que hubiera algún documento que así lo acreditara...

Cuatro meses después del fallecimiento de Carrillo Fuentes, el 22 de noviembre de 1997, Pérez Ayala, articulista del diario *Excélsior*, fue asesinado. Había desaparecido desde nueve días antes; su cuerpo fue encontrado oculto en

Ese cáncer llamado crimen organizado

la cajuela de su coche. Su hija Yanila se había comunicado con su padre unos días antes del desenlace, quien la tranquilizó diciéndole que estaba atendiendo a unos clientes.

Dicha reunión se habría llevado a cabo en el hotel Marriot, la cual concluyó a las 19:00 horas. Pérez Ayala, entonces de 61 años, se despidió de sus clientes y abordó su coche. Ya no se le volvió a ver, sino hasta que apareció muerto en Tlalnepantla, Estado de México.

(Ravelo, Ricardo, *El narco en México*, Random House Mondadori, México, 2011, págs. 213-229.)

ATENTAMENTE, *EL CHAPO*

Héctor de Mauleón

Después de la fuga de Puente Grande, Joaquín *El Chapo* Guzmán huía desesperado de una ciudad a otra. Un grupo especial de la Policía Judicial Federal, a cargo del entonces director Genaro García Luna, y al menos medio millar de agentes comisionados por diversos cuerpos policiacos, le mordían los talones. Las autoridades sostenían que *El Chapo* realizaba la huida prácticamente sin recursos: disponía sólo de cuatro vehículos, cuatro pistolas, algunos rifles AK-47, y un trío de escoltas incondicionales que desde fines de los años ochenta lo seguían a todas partes: Juan Mauro Palomares, *El Acuario*, Jesús Castro Pantoja, *El Chabelo*, y Arnoldo Martínez, *El Trece*.

El fiscal antidrogas Mario Estuardo Bermúdez declaraba que el radio de movilidad y operación del narcotraficante se hallaba “bastante reducido”. El procurador Rafael Macedo de la Concha afirmaba que su organización estaba “significativamente” fracturada. El presidente Vicente Fox anunciaba que su captura era cuestión de tiempo:

“Ahí lo traemos de cerquita”.

La policía acababa de asegurarle un laboratorio de procesamiento de drogas en Zapopan. Cada quince días era detenido uno de sus cómplices. Las redadas federa-

Ese cáncer llamado crimen organizado

les habían provocado la detención de su hermano, Arturo Guzmán, *El Pollo*, y de veinticuatro personas asociadas a su grupo delictivo: desde el hombre encargado de comprarle comida, hasta pistoleros, operadores, pilotos y lavadores de dinero. El procurador tenía en su escritorio la lista de sus principales colaboradores: abogados, ex militares, ex comandantes de la Policía Judicial Federal. Se sabía que su segunda esposa, Griselda López Pérez, le ayudaba a rentar casas en las cuales esconderse. A cuatro meses de la fuga, en mayo de 2001, *El Chapo* se guareció en una residencia de la delegación Cuajimalpa. En julio de ese año se ocultó en el Fraccionamiento Las Ánimas, de la ciudad de Puebla, y luego anduvo a salto de mata en casas de El Pedregal, La Marquesa y la delegación Tlalpan.

Uno de los hombres que lo acompañaba, Jesús Castro Pantoja, fue localizado por la policía cuando envió un regalo a su mujer, por el nacimiento de su hijo. Las cámaras de video de la tienda donde había adquirido el obsequio permitieron que las fuerzas de seguridad determinaran su filiación. Lo cazaron en estado de ebriedad a las puertas de un hotel de Guadalajara. Declaró que *El Chapo* estaba deprimido y a las puertas del suicidio. La detención de su hermano *El Pollo* le había puesto el ánimo al nivel del piso. Le aterrorizaba la idea de ser extraditado y juraba que, antes de regresar a La Palma —la prisión donde purgó los primeros dos años de una condena de veinte—, prefería darse un tiro.

A fines de 2001, parecía copado. El ejército le ca-teaba fincas, ranchos, domicilios. La policía le decomisaba vehículos, armas, droga, dinero. Guzmán Loera, sin embargo, parecía ir siempre un paso adelante. “Se esfuma mi-

nutos antes de que aparezcamos”, declaró el director de la DEA, Anthony Placido.

El narcotraficante había montado a su alrededor un sistema de seguridad que consistía en el envío de mensajes por biper. Su grupo más cercano debía recibir cada treinta minutos un mensaje de reconocimiento enviado por escoltas ubicados en puntos alejados. Estos escoltas, a su vez, recibían mensajes procedentes de un tercer círculo de protección. Si la cadena se rompía en algún momento, se tomaba la decisión de huir: “Quería decir que alguien del grupo había sido detenido”, declaró Castro Pantoja.

La fuente más veraz de información que poseía *El Chapo*, sin embargo, provenía de las estructuras de seguridad nacional encargadas de detenerlo. Durante los ocho años que permaneció en prisión, su hermano *El Pollo* que había quedado al frente de una parte de la organización, reclutó enganchadores cuya función consistía en sobornar militares y comandantes de la PGR. Estos funcionarios, asignados por lo general a cargos estratégicos, ponían en manos de *El Pollo* información relacionada con operativos y cateos.

El Chapo tenía razón cuando afirmaba que prefería el suicidio al laberinto de pasillos, muros de concreto y rejas controladas electrónicamente del penal de La Palma. Recluido en ese lugar entre 1993 y 1995 —año en que fue trasladado a Puente Grande—, tuvo tiempo de advertir cómo el aislamiento, la inactividad, y las estrictas reglas de seguridad y disciplina, provocaban entre los reclusos toda clase de trastornos físicos y mentales. La Palma, inaugurada en 1991 como el primer penal de máxima seguridad del país, prohibía la comunicación entre internos, salvo en

Ese cáncer llamado crimen organizado

zonas de uso común. Entre el pase de lista a las seis de la mañana y el apagado de luces a las diez de la noche, sólo había pequeñas visitas al comedor, los talleres, los patios. Los internos no podían formar grupos de más de tres personas y por lo general se prohibía que hablaran entre ellos. La mayor parte del tiempo vegetaban en sus celdas. En 1994 hubo, con sólo dos semanas de diferencia, un par de suicidios. Ese año, *El Chapo* se quejó con una organización de derechos humanos porque cerca de su celda había “dos cuartos con paredes acolchonadas, donde constantemente se escuchan gritos de personas, algunas de las cuales son maniatadas con camisas de fuerza”. Se quejó, también, porque las autoridades se la pasaban “inyectando y dando pastillas a los internos, para volverlos locos”.

A excepción de las visitas conyugales, la única distracción de Guzmán Loera consistía en largas partidas de ajedrez en las que invariablemente derrotaba a sus lugartenientes: Baldemar Escobar Barraza, Martín Moreno Valdés y Antonio Mendoza. Las autoridades del penal lo consideraban un hábil ajedrecista. También, una persona “peligrosa” y “mentirosa”.

Uno de los perfiles psicológicos que se le realizaron, subraya el sentimiento de inferioridad que le produce su estatura (de alrededor de 1.65 metros) y la tenacidad con que se empeña en demostrar “superioridad intelectual” y alcanzar “un status de omnipotencia”. De acuerdo con el diagnóstico, “en su realidad interna no existe la culpa”, posee habilidades “para manipular su entorno” y pretende mantenerse “en el centro de la atención”. Seductor, afable, espléndido, *El Chapo*, dice el documento, sabe generar “sentimientos de lealtad y dependencia hacia su persona”.

Es tolerante a la frustración, “pero no indulgente con sus detractores”. Sus respuestas son siempre calculadas y define claramente sus metas.

Tales características debieron ayudarle a superar la depresión. Cuatro años después de la fuga, el subprocurador José Luis Santiago Vasconcelos lo definió como el criminal más inteligente y con mayor capacidad de reacción que la PGR había enfrentado. En poco tiempo, el hombre que recorría el país con sólo tres pistoleros cuidándole las espaldas había extendido su área de influencia a dieciséis estados y poseía contactos comerciales en veinte países. Su organización controlaba el Pacífico mexicano y buena parte de la frontera. Sus redes llegaban incluso a Tailandia. Un reporte de la DEA consideraba al cártel de Sinaloa la organización dominante en el país: tenía bajo su poder más plazas y territorios que los grupos rivales, y por tanto era capaz de “mover” mayores cantidades de droga. *El Chapo* soñaba en ese tiempo con crear una Federación, una alianza de cárteles que él iba a dirigir desde la sombra.

Estuvo a un paso de lograrlo pero, como decía el perfil, no era indulgente con sus detractores. En sólo nueve años convirtió el país en una balacera. Un México sobre el que danzaba la sombra de treinta mil ejecuciones contabilizadas entre enero de 2001 y agosto de 2010.

EL VUELO A TAPACHULA

“Esto se va a poner de la chingada”, le dijo *El Chapo* Guzmán a su administrador, Hernán Medina Pantoja, el 24 de mayo de 1993, día en que una balacera en el aeropuerto de Guadalajara cobró la vida del cardenal Juan Jesús Po-

Ese cáncer llamado crimen organizado

sadas Ocampo. Los reportes oficiales indican que *El Chapo* se había hospedado en el Hotel Holiday Inn de esa ciudad y se disponía a viajar, en plan de descanso, a Puerto Vallarta. La pugna que desde 1989 mantenía con los hermanos Benjamín y Ramón Arellano Félix, cabecillas del cártel de Tijuana, le arruinó los planes y cambió inesperadamente el curso de su vida.

Un comando de asesinos reclutado en el barrio Logan de San Diego se había trasladado a Guadalajara para asesinarlo. Lo que siguió después —la balacera en la que los sicarios confundieron el auto de *El Chapo*, y en lugar de matarlo a él barrieron el cuerpo del cardenal Posadas Ocampo, según la versión oficial—, lo condujo al máximo nivel de visibilidad: exhibió una red de sobornos y compli- cidades que le había permitido construir la organización criminal más poderosa de México.

Antes de 1993, *El Chapo* Guzmán reinaba desde el anonimato. Nadie lo conocía. Nadie había escuchado su nombre. Era una referencia vaga a la que el oro del narco- tráfico ocultaba en el abismo, los agujeros negros de algu- nos expedientes judiciales. La policía no contaba con datos suyos. Tampoco, con fotografías recientes. *El Chapo*, sin embargo, tenía en el puño las riendas de cuatro estados: Jalisco, Nayarit, Durango y Sinaloa. Disponía de un escu- do de protección compuesto por gobernadores, ministerios públicos, comandantes, policías y funcionarios medios y altos de varias procuradurías. Según una versión, sus ten- táculos habían llegado al secretario particular del presiden- te Carlos Salinas de Gortari, Justo Ceja Martínez. En su nómina aparecía el hombre que dirigió la Policía Judicial Federal hasta la muerte de Posadas Ocampo: Rodolfo León

Aragón. Tras la balacera en el aeropuerto, las cosas se pusieron como él había anunciado. *El Chapo* comprendió que el gobierno iba a abocarse por completo a la investigación. En una camioneta Suburban, acompañado por un grupo de pistoleros, se desplazó hacia el sur. Según el oficio 1387 de la Procuraduría de Justicia Militar, un comandante federal de apellido Gómez, quien le servía de enlace con el subprocurador general Federico Ponce Rojas (al que se le pagaba un millón de dólares cada dos meses), lo escoltó hasta los límites de Chiapas. Fue, sin embargo, una huida plagada de errores. El ex procurador Jorge Carpizo relató después que el narcotraficante hizo varias llamadas desde su celular (“iba dejando un rastro, como animal herido”), y ordenaba a sus acompañantes destruir los cartelones de “Se busca” que aparecían en su camino. Las llamadas desde el celular eran “como un biper que se prendía y apagaba, pero que daba pistas sobre sus movimientos”. La pista de los cartelones rotos trazaba una línea que se dirigía a San Cristóbal de las Casas. Era evidente que *El Chapo* huía del país: el gobierno mexicano pidió, al más alto nivel, para evitar filtraciones, la colaboración de autoridades guatemaltecas y salvadoreñas.

Un día, el celular dejó de comunicarse. Carpizo supuso que el narcotraficante al fin había sido detenido.

Un grupo de élite del ejército guatemalteco lo capturó en junio de 1993 en el Hotel Panamericana. Lo acompañaban tres hombres y una mujer. *El Chapo* revelaría después que la milicia de ese país lo había traicionado: que el teniente coronel Carlos Humberto Rosales le arrebató un millón y medio de dólares, antes de entregarlo en el puente Talismán al coordinador de la lucha contra el narcotráfico, Jorge Carrillo Olea.

Ese cáncer llamado crimen organizado

Un avión de la fuerza aérea lo trasladó a Toluca.

“¿Cuánto dinero quieren? Tengo mucho”, les dijo a los funcionarios que lo escoltaban. “Les doy los nombres de comandantes, de funcionarios, de gente a mi servicio. Estoy arreglado muy arriba”, agregó.

Durante el vuelo, el narcotraficante detalló las redes de corrupción en que basaba sus actividades. Salpicó a un ex procurador, cuyo nombre no se hizo público. Luego se supo que había embarrado también al ex subprocurador Federico Ponce Rojas, a una persona que trabajaba “muy cerca” del presidente Salinas de Gortari y a un colaborador del primer círculo de Jorge Carpizo. *El Chapo* relató la entrega de millones de dólares a los comandantes federales José Luis Larrazolo Rubio, Cristian Peralta y Guillermo Salazar. Desnudó la maquinaria de infinita corrupción que había en el gobierno de Salinas de Gortari.

El procurador Carpizo archivó la información. “Los datos proporcionados por el jefe del cártel de Sinaloa eran sugerentes —escribió después—, pero no tenían la fuerza, por sí solos, para realizar una consignación”. Otro de los pasajeros del vuelo, el general Guillermo Álvarez Nara, consignó la declaración en un oficio de cuatro cuartillas que luego entregó a la Procuraduría General de Justicia Militar (años más tarde, Álvarez Nara sería señalado por la DEA como protector de otro narcotraficante de primer nivel: Ignacio Coronel).

El PRI, que ha señalado a Guzmán Loera como capo favorito del panismo, en 1993 decidió guardar silencio, desviar la vista. La declaración de *El Chapo* sólo hundió a policías y funcionarios medios. Se produjo una cascada de ceses y remociones. En La Palma, *El Chapo* se negó a

ratificar lo que había declarado. Dijo que le habían leído la cartilla, y que mejor ahí lo dejaba.

LA NOCHE DEL KRYSTAL

—Oye, Chapo, ¿es cierto que eres el rey de la coca?

—Yo no me dedico a eso.

—¿A qué te dedicas?

—Soy agricultor.

—¿Qué siembras?

—Frijol.

—¿Y qué más?

—Tengo una abarrotería con un amigo.

Pese a lo que declaró cuando fue presentado ante la prensa, *El Chapo* era poseedor de una biografía menos modesta. Durante varios años fue dueño absoluto del hangar 17 zona D del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, en el que, según elementos de la Policía Bancaria e Industrial encargados de custodiar el lugar, dos aviones efectuaban vuelos constantes bajo la protección del comandante federal Mario Alberto González Treviño. La DEA lo consideraba pionero en la construcción de narcotúneles: uno de ellos, de cuatrocientos cincuenta metros de longitud, habilitado con rieles, luz eléctrica y sistema de ventilación, era empleado para introducir drogas en San Diego y sacar dinero en efectivo del país. Había ideado la exportación de cocaína dentro de latas de chiles jalapeños, en remesas etiquetadas bajo la marca “Comadre”, que enviaba regularmente al otro lado de la frontera por medio de trenes de carga. Acostumbraba rentar, en hoteles lujosos,

Ese cáncer llamado crimen organizado

pisos completos para sí solo. Era afecto a las mujeres, la música de tambora, el oro y las piedras preciosas. Poseía fincas, ranchos, casas de playa. Tenía dos yates anclados en Playa Pichilingue: el *Chapito* II y el *Giselle* (los nombres de sus hijos). Según la declaración del testigo protegido “Julio”, antes de huir rumbo a Guatemala había entregado a un primo suyo doscientos millones de dólares, para que los guardara por si la cosa se ponía fea. La leyenda de aquel dinero hizo que un narcotraficante apodado *El Colo* viajara a Nayarit para matar al familiar de *El Chapo* y adueñarse de esa fortuna.

En realidad, las cosas iban mal desde 1989, cuando el primer capo de capos que hubo en el país, Miguel Ángel Félix Gallardo, fue llamado a cuentas por la justicia. Por indicaciones de Félix Gallardo, el narcotraficante Juan José Esparragosa Moreno, *El Azul* convocó a una cumbre de capos en la que el país fue repartido a fin de evitar una guerra. En la esfera de las declaraciones ministeriales, en el mundo de los testigos protegidos, las versiones de un mismo hecho suelen ser contradictorias. Para algunos, el desastre comenzó cuando los hermanos Arellano Félix mataron en Tijuana a *El Rayo* López —a quien *El Chapo* consideraba un hermano—, porque éste había traficado en su territorio sin permiso. Para otros, todo se pudrió cuando los Arellano robaron trescientos kilos de coca que pertenecían al cártel de Sinaloa. Amigos durante el reinado de Miguel Ángel Félix Gallardo, tras la detención de éste, *El Chapo* y los Arellano quedaron confrontados. Quedaron convertidos en enemigos mortales.

En octubre de 1992, *El Chapo* fue objeto del primer atentado. Mientras circulaba en un Cutlass por el Perifé-

rico de Guadalajara, una Ram lo embistió y tres sujetos descendieron accionando las metralletas. El Chapo metió a fondo el acelerador y se abrió camino entre el fuego. Tuvo tiempo de reconocer a sus atacantes: Ramón Arellano Félix y dos de sus lugartenientes, Armando y Lino Portillo.

En cuanto se puso a salvo, contó los agujeros de balas en la carrocería del Cutlass, doce en total, y marcó el 77-16-21, número celular de Benjamín Arellano. El líder del cártel de Tijuana le dijo:

—Nosotros no fuimos.

El Chapo declaró después: “Desde ese día les perdí la confianza”. Le tomó menos de un mes devolver la cortesía. Sus servicios de información revelaron que con la custodia del comandante federal Adolfo Mondragón Aguirre, los Arellano llevaban tres noches en Puerto Vallarta, derrochando dinero en el Christine, el centro nocturno del Hotel Krystal. El 8 de noviembre de 1992, un camión Dina aparcó a las puertas de la discoteca. De la caja metálica bajaron en formación cincuenta hombres con chalecos antibalas, rifles de asalto e identificaciones de la Policía Judicial Federal. En cosa de ocho minutos, los atacantes habían percutido mil casquillos. Armando Portillo, uno de los responsables del atentado contra *El Chapo* en el Periférico de Guadalajara, fue abatido por la metralla. Ramón y Francisco Javier Arellano Félix lograron escapar por los ductos de aire acondicionado del baño. La mayor parte de su escolta murió durante la refriega.

La espiral de violencia alcanzó su punto culminante en el aeropuerto de Guadalajara el día en que *El Chapo* Guzmán quiso viajar a Puerto Vallarta y el comando del barrio Logan recibió la instrucción de regresar a Tijuana,

Ese cáncer llamado crimen organizado

pues el objetivo del viaje (localizar y ejecutar a *El Chapo*) no pudo cumplirse. Ése fue el día en que, según las autoridades, ambos grupos se hallaron por accidente a las afueras del Aeropuerto Miguel Hidalgo. Ése fue el día en que el cardenal Posadas tuvo el mal fario de irse a meter directamente entre las balas y el país entero descubrió que había comenzado la Edad de la Delincuencia Organizada.

VIVIR EN PUENTE GRANDE

En noviembre de 1995, *El Chapo* Guzmán consiguió su traslado al penal de Puente Grande, ubicado a dieciocho kilómetros de Guadalajara. Ahí lo esperaba un viejo camarada de correrías, el narcotraficante al lado del cual había empezado a construir su imperio, Héctor *El Güero* Palma, detenido en junio de ese año cuando la avioneta en que viajaba se desplomó a consecuencia del mal tiempo. En apariencia, desde su ingreso en el penal *El Chapo* se dedicó a defenderse de los diez procesos que tenía abiertos por homicidio, delitos contra la salud, cohecho, delincuencia organizada, tráfico de drogas y acopio de armas. El entonces director de la DEA, Thomas Constantine, diría después que, en realidad, Guzmán Loera siguió operando desde la cárcel. Su hermano *El Pollo* bajaba cargamentos de cocaína procedentes de Sudamérica, “apadrinado” por Juan José Esparragosa, *El Azul*, y por Albino Quintero Meraz. Otras figuras del cártel, como los hermanos Héctor y Arturo Beltrán Leyva, enviaban dólares a Puente Grande cada que *El Chapo* los necesitaba.

El capo conocía a la perfección el camino que iba a recorrer: en 1991 había sobornado al jefe de la policía ca-

pitalina, Santiago Tapia Aceves, a quien le entregó doscientos veinticinco mil dólares, y catorce millones de pesos, a cambio de su libertad. Aquel episodio sería recordado como “la primera fuga de *El Chapo*”. Una patrulla lo había detenido en Viaducto. Se dice que dentro de la Suburban en la que viajaba había varios ladrillos de cocaína, e incluso un muerto. Cuando recibió el reporte por radio, el jefe Tapia Aceves pidió a los uniformados que trasladaran al detenido a las instalaciones de la delegación Venustiano Carranza. El trámite fue cosa de minutos. Tapia Aceves llegó al lugar en helicóptero, y volvió a subir a él con varias bolsas de Aurrerá repletas de dólares.

Fiel a su propia lógica, *El Chapo* tardó pocos meses en adueñarse de Puente Grande. Según se lee en el expediente judicial 16/2001, puso a sueldo a custodios y comandantes; lentamente tendió un circuito de complicidad que se extendió a todos los niveles. El mismo director del penal, Leonardo Beltrán Santana, se hallaba bajo sus órdenes: en cierta ocasión, según la declaración del custodio Armando Ramírez Mejía, recibió de *El Chapo* “un maletín lleno de billetes que no soltó ni un momento”. Los testigos coinciden: durante su estancia en Puente Grande, Guzmán Loera escogía el menú, imponía el rol de vigilancia e intervenía en cada uno de los mecanismos de operación de la cárcel. Poseía cuatro celulares, estéreo, televisión y una computadora personal. No asistía a clases y ni siquiera pasaba lista. Según el tercer visitador de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, José Antonio Bernal, a poco de su llegada “entraban drogas, alcohol y mujeres para reclusos privilegiados... había hielos, chicles, comida, pastillas no autorizadas, medicamentos no permitidos, vi-

Ese cáncer llamado crimen organizado

taminas y mujeres a las que pasaban en camionetas del mismo penal”.

El Chapo, *El Güero* Palma y Arturo Martínez, *El Texas*, los tres reclusos más importantes, celebraban rumbosas fiestas para las que se adquirían hasta quinientos litros de vino, y en las que había tambora y mariachi. Algunas mujeres traídas de fuera permanecían al lado de *El Chapo* durante semanas. En otras ocasiones, el capo sustituía a las cocineras del penal (una vez fue denunciado por violación).

Los custodios que se negaban a integrarse a la red de complicidad eran golpeados o amenazados: “Oiga, dicen que usted anda enojado y que no quiere nuestra amistad. No se preocupe, aquí tenemos los datos de su domicilio y de su familia. No hay ningún problema”. Narcotraficantes y familiares ingresaban al penal sin importar la hora: “Aquí traemos a las visitas de los señores”.

A fines de 1997, *El Chapo*, que acostumbraba enviar rosas a las cocineras, le mandó una botella de whisky a una de las cinco mujeres recluidas en el penal: Zulema Hernández. Era alta, rubia, y poseía un cuerpo “casi perfecto”. Tenía tatuado un murciélago en la espalda y un unicornio en la pierna derecha. Se hallaba en Puente Grande bajo el cargo de secuestro. El periodista Julio Scherer la entrevistó alguna vez y publicó las cartas de amor que *El Chapo* dictaba a su secretario: “Zulema, te adoro... y pensar que dos personas que no se conocían podían encontrarse en un lugar como éste”.

Zulema fue una de las pocas personas a las que el capo confió su proyecto de evasión: “Después nos volvimos a ver y me dijo que ya se iba a hacer. Él me decía, tran-

quila, no va a pasar nada, todo está bien”. Guzmán Loera enfrentaba un proceso de extradición, que con seguridad iba a perder en los tribunales. El plan que había fraguado minuciosamente desde 1999 fue puesto en marcha el 19 de enero de 2001. Vicente Fox acababa de llegar a la Presidencia de la República. Un cambio de director en Puente Grande podía echar por tierra años de trabajo. No quedaba tiempo para comenzar de cero.

Antes de irse, Guzmán prometió a Zulema la ayuda de un abogado. Pero el abogado nunca llegó y el narcotraficante se olvidó de ella. Jamás volvieron a verse: Zulema salió de prisión en 2003, se enroló en la organización de un abastecedor de droga llamado Pablo Rojas, *El Halcón*, y regresó a la cárcel al año siguiente. En 2006 la liberaron. El 17 de diciembre de 2008 la policía encontró el murciélago y el unicornio dentro de la cajuela de un auto. Zulema había sido asfixiada con una bolsa de plástico y tenía varias “Z” marcadas con una navaja en el cuerpo.

La fuga de *El Chapo* comenzó a las 19:15 del 19 de enero, y terminó trece minutos más tarde. En un carro de lavandería empujado por Francisco Javier Camberros, *El Chito*, empleado del área de mantenimiento, y luego de ubicar en puntos estratégicos al equipo de celadores a su servicio, *El Chapo* salió del módulo 3 y atravesó pasillos, diamantes de seguridad y puertas electrónicas, hasta cruzar la aduana de vehículos. El sistema de video interno había sido bloqueado. En el estacionamiento general, se metió en la cajuela de un viejo Montecarlo. *El Chito* se hallaba a tal punto bajo la voluntad del narcotraficante que, dijo después, no cobró un solo peso “por el favor que le hice al señor Guzmán”.

Ese cáncer llamado crimen organizado

El Chapo se había quejado ante él de su extradición inminente. “Me dijo que ya había pagado sus culpas y aun así lo querían llevar a Estados Unidos.” Sucedió este diálogo:

—¿Me apoyas para irme de aquí?

—Como va.

Una vez en el Montecarlo, *El Chito* apretó el acelerador. Pasaron dos topes. El auto enfilaba por la carretera libre a Zapotlanejo. Antes de llegar a la ciudad, el empleado abrió la cajuela.

—Yo aquí lo dejo —dijo.

El Chapo le recomendó:

—Mejor vente conmigo. A partir de mañana va a estar la noticia, pero en grande.

Con el narcotraficante instalado en el asiento del copiloto, llegaron a la esquina de Maestranza y Madero. *El Chapo* admitió que tenía la boca seca. Camberros estacionó el auto y se metió a una tienda para comprar agua. Cuando regresó, el jefe del cártel de Sinaloa se había esfumado. “Primero se fugó de Puente Grande y luego se le fugó a él”, escribió un reportero.

“Al ver el problema en el que me encontraba [...] agarré un carro de sitio a la central de Guadalajara y ahí tomé un camión para el Distrito Federal, en donde yo creía que nadie me conocía”, confesó Camberros el día en que el miedo, el escándalo, la presión, lo llevaron a entregarse.

En Puente Grande sólo encontraron el uniforme y los zapatos de *El Chapo*. El director Beltrán Santana, que esa tarde había recibido la visita en el penal del subsecretario de Seguridad Pública, Jorge Tello Peón, y del director de Readaptación Social, Enrique Pérez Rodríguez (quienes viajaron a Puente Grande, según dijeron, para atender denun-

cias sobre el relajamiento en los esquemas de seguridad), tardó dos horas en informar a sus superiores. El sistema de corrupción del que este servidor se había beneficiado, le estalló de pronto entre las manos: la huida ocasionó la consignación más grande en la historia reciente del país: setenta y un custodios y funcionarios fueron detenidos.

Nueve años después de la fuga, sólo seis procesados continuaban en la cárcel. Incluso Beltrán Santana había obtenido la libertad. Los priistas que solaparon el esquema de corrupción que durante el gobierno de Ernesto Zedillo permitió a Guzmán Loera reinar a sus anchas en Puente Grande, acusaron a los panistas de haber facilitado la fuga. Lo único claro, según se vio después, era la facilidad con que *El Chapo* compraba a unos y otros.

A SALTO DE MATA

Un corrido de *El Tigrillo* Palma cuenta lo que ocurrió después:

*A veces la residencia
a veces casa campaña
los radios y metralletas
durmiendo en piso o en cama
de techo a veces las cuevas
Joaquín El Chapo se llama.*

La PFP, la PGR y la Sedena instalaron un operativo de rastreo por aire, mar y tierra. Las fuerzas de seguridad se movilizaron en la frontera. El testigo protegido clave “Julio” relató que la misma noche de su fuga *El Chapo* se dirigió a Nayarit, donde un político local, Julián Venegas Guzmán, lo escondió en su propia casa.

Ese cáncer llamado crimen organizado

A fines de los ochenta, Venegas Guzmán había relacionado a *El Chapo* con elementos del ejército asignados a la costa nayarita. Tres de ellos, Jesús Castro Pantoja, Antonio Mendoza Cruz y Adrián Pérez Meléndez, le sirvieron de “muro” en diversos desembarcos de cocaína. Una parte importante de su organización se hallaba asentada en Nayarit.

Guzmán Loera pasó una noche en casa del político (meses después, a la hora de ser detenido, éste aspiraba a una diputación local por el PRD) y luego se refugió durante cuarenta días en un rancho de Compostela que el propio Venegas le había conseguido. En marzo de 2001, el ejército ubicó al narcotraficante en Santa Fe, Nayarit. Se desplegó un operativo que incluyó vuelos rasantes, pero las autoridades militares llegaron tarde: Ismael *El Mayo* Zambada acababa de sacar a *El Chapo* en helicóptero. Fue en esos meses cuando Guzmán Loera corría de un lugar a otro, y el gobierno de Vicente Fox anunciaba que se había quedado sin recursos: “Podemos presumir que será detenido de un momento a otro”.

De acuerdo con la versión del testigo “Julio”, *El Chapo* dependía por completo de su hermano *El Pollo*, que se encargaba a distancia de su seguridad física y económica. Exprimía la línea directa que tenía con altos mandos de la PGR para estar al tanto de los operativos.

La DEA señalaba que desde mediados de los años noventa *El Pollo* dirigía una de las células del cártel de Sinaloa. Según un narcotraficante adscrito al programa de testigos protegidos bajo la clave “César”, en 1997 el hermano de *El Chapo* había asistido a una reunión convocada por el jefe del cártel de Juárez, Amado Carrillo, en la que se acordó entregar un soborno de cien millones de dólares

al zar antidrogas Jesús Gutiérrez Rebollo (la negociación no prosperó: el general Rebollo, dijo “César”, sólo recibió un adelanto de diez millones de dólares como pago por su protección).

Entrevistado telefónicamente por el periódico *El Norte*, unos días después de la evasión de *El Chapo*, el propio Gutiérrez Rebollo —que en teoría había perseguido al narcotraficante durante años—, adelantó lo que iba a ocurrir: Guzmán Loera se internaría en Nayarit para rehacer sus fuerzas, y luego iba a lanzarse a recuperar todo lo perdido.

Cuatro meses después de la fuga, aparecieron señales de que *El Chapo* había retomado las riendas de la organización: el director de investigaciones de la policía ministerial de Sinaloa, Pedro Pérez López, sufrió un atentado a manos de francotiradores. En el sitio donde los sicarios se apostaron para abrir fuego, la policía encontró un mensaje escrito en tinta verde: “Atentamente, *El Chapo*”. Era la declaración oficial de su vuelta a las actividades criminales. Sin embargo, la PGR seguía afirmando que estaba cercado. En agosto de 2001, en las inmediaciones de La Marquesa, uno de sus familiares, Esteban Quintero Mariscal, fue detenido por militares mientras circulaba en posesión de cuatro armas largas. El subprocurador José Luis Santiago Vasconcelos informó que *El Chapo* andaba cerca, y que Quintero se había sacrificado para servirle de “muro”. Esa detención condujo al Ejército a la zona de Taxqueña. Tras un mes de operativos “discretos”, las fuerzas especiales le asestaron a *El Chapo* el primer golpe fulminante: *El Pollo* Guzmán fue aprehendido. El procurador Macedo de la Concha echó las campanas al vuelo: el cártel de Sinaloa, dijo, quedaba definitivamente partido en dos. La informa-

Ese cáncer llamado crimen organizado

ción obtenida tras la captura de *El Pollo* hacía presumir que la carrera criminal de Joaquín Guzmán Loera terminaría en menos de un mes.

Los cuatro años que duró la gestión de Macedo de la Concha no bastaron para que la predicción se cumpliera.

LA ALIANZA DE SANGRE

A principios de 2002, la Unidad Especializada contra la Delincuencia Organizada detectó que *El Chapo* había tenido reuniones con Arturo Beltrán Leyva e Ismael *El Mayo* Zambada. También, que reanudaba relaciones con varios contactos sudamericanos y establecía nexos en Bolivia con el narcotraficante Miguel Ángel Carranza, *El Kala*. 2002 sería para él un año de suerte: en febrero, Ramón Arellano Félix fue asesinado en Mazatlán, mientras dirigía un operativo para matar a *El Mayo* Zambada; en marzo, el Ejército detuvo al otro cabecilla del cártel de Tijuana: Benjamín Arellano. Hay versiones que indican que *El Chapo* filtró la información que permitió esa captura.

La suerte siguió de su lado en 2003: después de sostener dos enfrentamientos a tiros y repeler un intento de rescate, el Ejército aprehendió en Matamoros al líder del cártel del Golfo, Osiel Cárdenas Guillén. Las dos fronteras más importantes del país fueron descabezadas. Las organizaciones de Tijuana y el Golfo se fragmentaron en una galaxia de grupos violentos enfrentados entre sí. Había sonado la hora de *El Chapo*.

Estos fueron los días en que veinticinco jefes se reunieron en Cuernavaca para fundir los cárteles de Sinaloa y Juárez en una sola organización que dominara el Pacífico, el Golfo, la frontera. Una organización que aplastara los

restos de los cárteles de Tijuana y el Golfo. La mayor parte de los convocados eran sinaloenses, aunque algunos operaban desde hacía tiempo en Durango y Chihuahua. Muchos de ellos mantenían lazos familiares reforzados por bodas y compadrazgos. Tenían asiento en el grupo Ismael *El Mayo* Zambada, Juan José Esparragosa, Vicente Carrillo Fuentes, Ignacio Coronel y Arturo Beltrán Leyva, entre los más destacados. La DEA bautizó a la organización como La Alianza de Sangre. Las autoridades mexicanas preferían llamarla La Federación. Comenzaba una fase en la que las balaceras, el reguero de sangre, las torturas y las decapitaciones se iban a desbordar sin control.

Mientras las armas necesarias cruzaban la frontera, en La Palma, Benjamín Arellano y Osiel Cárdenas unían fuerzas.

Uno de los primeros capítulos de la guerra entre los cárteles se escribió en La Palma en mayo de 2004: un lugarteniente de *El Chapo*, Alberto Soberanes Ramos, fue estrangulado con un cable eléctrico en el área de mingitorios. La Comisión Nacional de Derechos Humanos había recomendado quitar las cámaras de video de los baños, pero éstas no hicieron falta. La Alianza sabía claramente de dónde había venido el golpe.

Ese año, la violencia sacudió Tamaulipas, corrió por la frontera, descendió hacia el centro del país, siguiendo puntualmente las rutas de la droga, y el 31 de diciembre, poco antes de la cena de Año Nuevo, cruzó de nueva cuenta las puertas de La Palma. Esa noche le metieron ocho impactos de bala a Arturo Guzmán, *El Pollo*. Al asesino le habían dejado un arma en los baños y una instrucción precisa dentro de su celda.

Ese cáncer llamado crimen organizado

El autor intelectual, sin embargo, no radicaba en Tijuana ni pertenecía al cártel del Golfo. El autor intelectual era Vicente Carrillo Fuentes, uno de los miembros de La Federación. De ese modo vengaba la muerte de su hermano Rodolfo, *El Niño de Oro*, que *El Chapo* había decretado un mes atrás durante una disputa por tráfico de drogas.

Hoy se sabe que el encargado de ejecutar a *El Niño de Oro* fue el jefe de seguridad personal de Guzmán Loera, el ex militar de infantería Manuel Alejandro Aponte Gómez, alias *El Bravo*. *El Bravo* era el hombre que había entrenado a los *maras*, a Los Negros, a Los Pelones, los brazos armados del cártel de Sinaloa. Fue el encargado, en su momento, de organizar al comando que pretendió ejecutar al subprocurador Santiago Vasconcelos. Cazar a Rodolfo Carrillo, *El Niño de Oro*, le costó quinientos tiros. A *El Chapo*, una guerra contra el cártel de Juárez que se mantiene hasta la fecha, y la vida del hermano que lo había protegido, Arturo *El Pollo* Guzmán.

NARCOPARAÍSO

El sucesor de Rafael Macedo de la Concha en la PGR fue Daniel Cabeza de Vaca. En abril de 2005 tomó posesión del cargo con esta frase:

—Entrégate, *Chapo*.

Durante los primeros quince días de su gestión, sucedieron en el país treinta y seis ejecuciones. La DEA acababa de ofrecer cinco millones de dólares por la cabeza de Joaquín Guzmán Loera. La PGR había consignado a uno de sus hijos, Archibaldo Guzmán Salazar, *El Chapito*. En junio de ese año, un grupo de élite capturó en un res-

taurante de comida china a otro de sus hermanos, Miguel Ángel Guzmán, alias *El Mudo*.

Cabeza de Vaca terminó su gestión a fines de 2006, el día en que concluía el sexenio de Vicente Fox. La guerra entre los cárteles había dejado nueve mil ejecuciones.

El procurador entrante, Eduardo Medina Mora, sostuvo que *El Chapo* era sólo una figura emblemática que desde hacía tiempo había dejado de operar. Poco después, afirmó: “No importa dónde esté. Es como una estrella de fútbol desgastada”.

Durante el tiempo que duraron las funciones de Medina Mora se descubrieron los nexos de Guzmán Loera con el traficante de precursores químicos Zhenli Ye Gon, a quien la PGR decomisó doscientos cinco millones de dólares en una casa de Las Lomas. Se desenredó, también, el entramado que a través de la llamada Operación Limpieza reveló que los principales mandos de la PGR y la PFP estaban coludidos con el cártel de Sinaloa: *El Chapo* Guzmán, sus socios y operadores, habían replicado a escala nacional el modelo empleado en Puente Grande. La mayor parte de los colaboradores de Genaro García Luna servía al narcotráfico. Los hombres más cercanos a Medina Mora obedecían a pie juntillas las instrucciones que una “estrella desgastada” dictaba desde las sombras.

Si a consecuencia del asesinato de *El Niño de Oro*, La Alianza de Sangre había cerrado filas para enfrentar al cártel de Juárez, la detención de Alfredo Beltrán Leyva, *El Mochomo*, por una supuesta delación de *El Chapo*, y una disputa por el control del aeropuerto de la Ciudad de México, que derivó en la pérdida de quinientos kilos de cocaína y el decapitamiento de cinco agentes aduanales, lanzó

Ese cáncer llamado crimen organizado

a Guzmán Loera a otra nueva guerra a muerte: la guerra contra los hermanos Beltrán, que dejó dos mil ejecutados en 2008, siete mil en 2009 y cinco mil doscientos ochenta entre enero y junio de 2010. Uno de esos ejecutados iba a ser Édgar Guzmán López, el hijo de *El Chapo* acribillado en el City Club de Culiacán.

Medina Mora dejó la PGR el 7 de septiembre de 2009. Meses atrás, la revista *Forbes* había ubicado a *El Chapo* con el número setecientos uno entre los hombres más ricos del mundo. Sin precisar el mecanismo bursátil que le permitió calcular la fortuna del narcotraficante en mil millones de dólares, la publicación lo situó como el séptimo millonario del país.

Finalizaba 2008. Arturo Beltrán Leyva colgó una manta en Sinaloa: “Chapo Guzmán y Nacho Coronel ustedes se dicen jefes pero no son, par de jotos, a mí se me hace chica la República Mexicana y tú te conformas con el área de Las Trancas, Tamazula, Durango, una que otra vez vuelas a San Nicolás en el mismo Canelas para esconderte en tu Carrizo pero ni tuyo es, tú Nacho Coronel no te enfada el Potrerillo de Carrasco en Canelas, una vez en su perra vida complázcanme, los veo en El Carrizo el día 1 de enero del 2009”.

La manta contenía una serie de pistas que la autoridad tardó ocho meses en atender. En agosto de 2009, el Ejército encontró en Las Trancas el mayor narcolaboratorio en la historia del tráfico de drogas en México: todo un complejo industrial para el procesamiento de metanfetasminas, asentado en una superficie de doscientas cuarenta hectáreas y acondicionado con bodegas, calderas, dormitorios, bombas de agua y una pista aérea. En la residencia principal, en la que había gimnasio, internet y Sky, se ha-

llaron prendas de vestir (Versace, Tommy Hilfiger, Náutica) de talla 15 y medio. Había también un catálogo, prácticamente un menú, de rutilantes modelos. Según el reportero Francisco Gómez, recorrer el complejo de un lado a otro demandaba seis horas. Tenía capacidad para producir diariamente cien kilos de *crystal*.

No hubo detenidos. Los habitantes del narcoparaíso se habían esfumado antes de que las tropas aparecieran. Pantalones quince y medio: el habitante de aquella casa no era precisamente un hombre alto.

Unos meses más tarde, Michael Braun, jefe de operaciones de la DEA en Estados Unidos, aseguró que *El Chapo* era un cadáver viviente. “Es un hombre muerto y él lo sabe. Nadie en su negocio llega a viejo”. En enero de 2010, Braun sostuvo que Guzmán se encontraba acorralado en una esquina, e hizo una predicción: “Será capturado dentro de noventa días”.

Ocho meses más tarde, el ejército había asesinado a Ignacio Coronel durante un enfrentamiento en Zapopan, y la policía federal había detenido a Édgar Valdez Villarreal, *La Barbie*, en el Estado de México. La profecía sobre *El Chapo*, sin embargo, no lograba cumplirse. El periodista Jesús Blancornelas decía de Joaquín Guzmán: “Tiene de pronto un pie en Nuevo Laredo. Otro en Tijuana. Parrandea a escoger: Nogales o Caborca. Duerme en Puebla. Se da sus paseadas en Veracruz. Ordena ejecuciones en Quintana Roo. Lleva dólares a Guatemala. Total. Descansa escondido en Sinaloa. Por eso donde no lo ven se les figura”.

(De Mauleón, Héctor, *Marca de sangre. Los años de la delincuencia organizada*, Temas de Hoy, México, 2010, págs. 56-84.)

UN NARCO SIN SUERTE

Alejandro Almazán

SINOPSIS

Jota Erre es dueño de un perro de pelea que ha quedado ciego, tiene unos cuantos casetes de Chamín Correa, un Dodge Dart 70 que no arranca, un reloj de mano al que se le descompuso el segundero, un zapapico Truper y una guitarra con la que cantó en su boda. Un día, viendo una película de Pedro Infante, se da cuenta de que la pobreza ni en la tele es bonita. Entonces agarra a su esposa y dos hijos, y baja de la sierra. Pronto descubrirá que la mayoría de los que han emigrado de su pueblo a Culiacán viven como Dios manda: si no lo tienen lo compran y si no lo compran lo arrebatan. Jota Erre terminará imantado por ese mundo de dinero y pólvora, y hará lo que esté a su alcance para poder cantar ese corrido que dice: «Ya empecé a ganar dinero, las cosas están volteadas, ahora me llaman patrón, tengo mi clase privada». Para convertirse en un capo que se respete, Jota Erre probará suerte como achichinle, motero, sicario, narcomenudista, lavador de droga y prestanombres. Esa vida, sin embargo, lo llevará a conocer la mala suerte y a entenderlo de una vez por todas: «Eso de que todo aquél que entra al narco se hace rico es nomás un pinchi mito».

INTENTO NÚMERO UNO

Todo empezó así: estaba yo en mi cantón, oyendo a Chamín Correa bien acá, cuando llegó un primo que había bajado de la sierra bien cuajado, bien billetudo. «Pariente —me dijo—, ocupo una gente de harta confianza pa' bajar la mota a Culiacán». Y no sé, como que ves en un jale de esos una ilusión de hacerte rico y dices *chingue a su madre, de aquí soy*. Yo ya estaba fastidiado de vender productos naturistas. Aquí en Culiacán a la raza no le interesa morirse de un infarto o del azúcar, y pos casi no vendes. ¿Y qué hice? Le entré. Pa' qué te digo que no si sí. Además, en esos años, te hablo de los noventa, el jale estaba tranquilo. El cártel era uno solo y no había las broncas de hoy, donde tienes que definirte si trabajas pa'l *Chapo* Guzmán o pa' los Beltrán. Como si uno no supiera que, escojas a quien escojas, de todas maneras te van a matar. Total que mi cabeza de volada se puso a hacer cuentas y la verdad resultaba una buena pachocha irme de motero. Mi amá se enojó, pero no le hice caso. Ya ves que los sinaloenses somos mitad tercicos y mitad vale madres. «Nomás te voy a decir una cosa, cabrón —me dijo mi amá—, si te matan, que Dios no lo quiera, no vengas a aparecerte por aquí que ya con el ánima de tu padre tengo suficiente».

Culiacán. Jota Erre serpentea por la avenida Lázaro Cárdenas, a la altura de la colonia Popular. La estética Ilusión está cerrada porque la dueña, Micaela Cabral, recibió hace pocos días la visita de un tipo que no fue a cortarse el pelo. Fue a decirle «te traigo un regalo», sacó la nueve milímetros

y le disparó seis veces. Jota Erre se sabe esta y otras historias del puñado de muertos que deambulan por estas calles. Él no quiere morir. Por eso me ha pedido que no ponga su nombre. Tampoco le gustaría que hable del trabajo por el que conoció al Hijo del Santo ni que describa su rostro. Acepta, eso sí, decir que hoy se dedica a la cantada, que tiene dos mujeres y que roza los 40 años.

Ese fue el trato. Y una vez aceptado, nos trepamos a un auto que le diría a cualquier *valet* que recibirá buena propina, y Jota Erre aceleró como si pisara una serpiente. Así llegamos hasta aquí, el cruce con la calle Río Aguana-val, la última parada de Micaela.

Jota Erre dice que esa cuarentona no estaba involucrada en la mafia, que la han de haber tumbado porque, últimamente, en Culiacán se mata por capricho. Y tiene razón: en febrero, el mes que terminó ayer, hubo más muertos que días: 41 de los 130 en todo Sinaloa. Hasta podría decirse que en esta ciudad la tasa de natalidad, 1.5 por día, se controla por el mismo número de asesinatos.

Pero no quiero desviarme del tema; yo he venido aquí a escuchar la verídica historia de Jota Erre. Tú sabes que no sólo de pan vive el hombre y ahí te voy tendido como bandido a Tamazula. Yo me wachaba como el jefe de los moteros, con una troca bien chila y con el cuerno bien terciado.

Y nada, bato. Llegué de achichinle. De pinchi gato. Y pos a trabajar, ni modo que qué. Ahí aprendí que, pa' que no nos vieran los helicópteros de los guachos, teníamos que ir a un arroyo a empaquetar la mota en greña. Y eso sí: nada de hablar ni agarrar cura con los compas. Si dices algo o te andas riendo, el jefe te suelta un chingazo.

Ese cáncer llamado crimen organizado

¿Has estado cuando empaquetan la mota? Chale; entonces no has vivido. Como nadie habla nomás se oyen los ruidos de los gatos hidráulicos y de la cinta canela. ¿Sí sabes que con los gatos se hacen los cuadritos? Pos sí, con esa madre armas los paquetes, y ya luego los envuelves con hule delgadito, del que usan las doñas en la cocina, y después viene la cinta canela. Les echas grasa pa' que no se mojen cuando los lleven por mar, y al final les avientas otra pasada de hule y cinta. Eso hice durante tres meses, hasta que se juntaron como cinco toneladas. «Tú y tú van a bajar la mota», nos dijo mi primo y nos dio un radio de esos de banda corta, y las llaves de los camiones. Y ahí te fui, siguiendo a los punteros, los weyes que van en las cuatrimotos diciéndote si hay guachos o no. Todo iba bien, pero como el jale lo haces de noche, pos no miras muy bien y yo me fui a estrellar.

Tuvieron que mandar otra media rodada, pasamos la mota en friega y nos quedamos en un pueblo porque nos amaneció. Total que pa' no hacértela tan larga, entregué el jale en Culiacán y me lancé a cobrarle a mi primo. «En la vida todo se paga —me dijo—, y tú desmadraste un camión». «Pero, pariente, no chingue, si no fue porque quise», le contesté. «Nada, nada pescadito, cuentas claras amistades largas». Nomás porque mi amá es su madrina sacó doscientos pinchis dólares. Le valió madre que le haya dicho que me había rifado al cien.

Pinchi bato. Si yo no sé por qué me aferré. Desde esa vez debí haber entendido que en el narco está duro el piojo.

VIDA MAFIOSA

«Sentado en una hielera y escuchando un corrido le jalé a un cuerno de chivo, rodeado de mis amigos con los versos recordaba todo lo que en mi vida he sido», canta el Coyote ahora que Jota Erre maneja por los Huisaches, un arrabal donde la mayoría de los jóvenes piensa que la mejor salida es la fama y el sabor de una muerte violenta.

—La chamacada de hoy está enferma de mafia —me dice este Jota Erre que, vale contarle de una vez, habla tan rápido que parece estar en una lucha constante contra un cronómetro. Los plebes le entran al negocio nomás pa' rozarse con el *Macho Prieto* o con el *Chino Antrax*, los pistoleros del cártel. Entran pa' decir que son gente del *Chapo* o del *Mayo Zambada*, y así imponer respeto y sentirse la cagada más grande. Quieren andar en una troca pa' darse una vuelta a las prepas y subirse una morrita...

—Pero al final tienen dinero, ¿no? —lo interrumpo.

—¡Ni madres! —y pega en el volante para reafirmar sus palabras. Las trocas que traen son robadas, porque los jefes se los permiten pa' trabajar; la ropa que usan es china, chafa, pura imitación; las pistolas tampoco son suyas, y si conocieras en la ratonera que viven te darían más lástima.

—Pintas una vida muy distinta a la que aparentan.

—Yo anduve en el negocio, tengo amigos en él, y puedo decirte que un setenta por ciento, si no es que más, está bien jodido. Se gastan lo poco que ganan en droga y pisto. Aquí en Culiacán a nadie le gusta confesar su pobreza, prefieren pedirte fiado y decirte que es pa' una inversión.

INTENTO NÚMERO DOS

«Quihubo, bato —me dijo un compadre por teléfono. Se lo voy a decir rapidito porque estos tratos no debe escucharlos ni la sombra de uno». Y que me suelta que quería mis servicios pa' mover cocaína. Hasta bendije a los pinchis colombianos. Y no sé, como que me dieron ganas de brindar conmigo mismo, con mi alma se puede decir. Y ái me tienes yendo a su cantón pa' que me explicara el jale. Neta que me waché en Bolivia, en Perú, en Colombia y en todos esos pinchis países drogas. Y nada. Mi compadre me mandó a Mexicali. Me dijo que rentara una casa pa' guardar la coca, que yo la iba a recoger en el Golfo de Santa Clara y que otro bato la cruzaría por California. Pero qué coca ni qué nada, era mota. *Ni modo*, me dije, y me eché un gallo pero nomás pa' que apestara.

En el primer jale no tuve problemas la mota llegó a su destino. La bronca fue que mi compadre no me pagó. «Es que tenía deudas, pero pa'l siguiente cargamento tiene su dinero», me prometió.

Ese segundo cargamento fue en Semana Santa. Me acuerdo porque durante el día nos vestíamos de turistas. Ya sabes: bermudas, sandalias y lentes oscuros. Ya en la noche íbamos a donde estaba el faro descompuesto que se conoce como El Machorro. Ahí esperábamos a los pangueiros. Una de esas noches les echamos tres veces la luz de la lámpara pa' decirles que se acercaran, que ya estábamos listos. Pero ellos nos contestaron con dos luces. Y dos luces, por si no sabes, es que hay peligro. Echamos un zorro alrededor, pero todo estaba bien oscuro y no vimos nada.

Decidimos aguantar. Y no sé, pero en una de ésas waché hacia el faro y que alcanzo a ver a un bato prendiendo un cigarro. «¡Ya nos cayeron, fuga, fuga!», les dije a mis compas y en friega nos abrimos. Yo venía en una troca que traía la gasolina pa' los pangueros, y ¡madres! que se atasca en la arena. No, pos patas pa' qué las quiero. La bronca es que nunca he sido delgado y me fui cayendo entre los balazos. Me fui tocando el cuerpo, pero no tenía nada, sólo miedo. «¡Policía judicial; párate, cabrón!», alcanzaba a oír, y yo no más pidiéndole a Dios que me ayudara, aunque ya sé que no debo meterlo en estas pendejadas. Total que alcancé a llegar al pueblo y le pedí ayuda a un viejo pescador. «Compa —le dije—, me vienen siguiendo, hazme el paro; mi troca se quedó atascada, pero ahí tengo doscientos litros de gasolina, son tuyos si me ayudas». Y como la gasolina en esos lugares vale oro, el bato me escondió en una troje donde guardaba cagadero y medio.

Los judiciales empezaron a buscarme casa por casa. «¿ Dónde andas, cabrón?», alcanzaba a escuchar que gritaba un bato, que luego supe era el comandante Jorge Magaña, el papá del chavalo ése que mató a una familia en el Defe, ése que se llama Orlando. «Orita que te encuentre me vas a ver a la cara pa' que sepas a quién buscar en el infierno», gritaba el comandante y yo me oriné. Total que no me hallaron y hasta las horas salí de la troje pa' darle los doscientos litros de gasolina al viejo y me jalé a Mexicali.

Cuando llegué, vi la casa toda desordenada, como si la hubieran cateado. No, pos mejor me fui, pero afuerita ya estaba el comandante Magaña con mis compas. «¿Así que tú eras el hijo de la chingada que andaba buscando ayer? —me dijo. Pos te salvaste porque ya arreglamos el asunto».

Ese cáncer llamado crimen organizado

Y el arreglo era que la policía se quedaría con la mitad de la mota. Me acuerdo que hasta nos ayudaron a descargarla de las pangas.

Mi compadre me pagó quinientos dólares. Me dijo que le había perdido al jale, que entendiera la situación y yo lo mandé a la chingada. Casi cuatro meses arriesgando el pellejo pa' quinientos dólares. La mitad se lo mandé a mi esposa y con el resto compré productos naturistas que quise vender en Mexicali. Digo quise porque el día que salí a venderlos, iba caminando cuando un bato me aventó la troca. Era el comandante Magaña. «¿Quihubo, pinchi sina-loense, traficando y no me avisan?», me dijo de entrada y sacó la pistola. «No, jefe, ya no ando en ese jale; ya trabajo limpiamente», y le enseñé mis productos. Me creyó después de darme unos zapes y cortar cartucho en mi cabeza. «Es tu día de suerte —me dijo. Necesito a alguien con contactos pa' cruzar polvo». Pensé que la vida me estaba dando otra oportunidad y le dije que sí. Tiré mis productos en la carretera y me subí con él. En el camino fue más específico y me desanimé: en realidad quería que fuera madrina, que anduviera madriando a los puchadores y me pagaría con autos robados pa' que yo los vendiera. Vas a pensar que soy un idiota, pero nunca me ha gustado robar. Me pueden acusar de todo, pero no de ratero. Y pos ái te vengo a Culiacán sin un pinchi peso.

AUTÓGRAFO

En la marisquería donde comemos, una preparatoriana se acerca e interrumpe a Jota Erre.

—¿Usted es Jota Erre, el cantante?

—No —le contesta Jota Erre. Me parezco, pero no.

—Sí es, a mí no me va a engañar.

—Oquei, si tú lo dices —y Jota Erre sonríe como diablo en pastorela, encogiéndose de hombros.

—Déme su autógrafo —dice la preparatoriana, entregándole una libreta y el bolígrafo.

Firmó Jota Erre: «Con todo mi cariño. El que se parece a Jota Erre».

INTENTO NÚMERO TRES

La fuerza de la costumbre es cabrona y yo extrañaba andar en el ajo. Te estoy hablando ya del dos mil tres, dos mil cuatro. Y así, cuando más lo pedí, que me busca un viejón de mi pueblo. «Quiero que me hagas un paro —me dijo—; ve a matar a un cabrón que me debe dinero, ¿cómo ves?» «Simón —le contesté sin pensarla. Nomás porque no he tenido chanza, pero cuando hay que chingar chingo y que cuando hay que pasar desapercibido... », «Ya, ya, párale —me dijo. ¿Tienes visa?» «Simón». Y ahí te voy esa misma noche a Tijuana, pa' pasarme a San Ysidro. «Cuando llegues le hablas a tal bato, él te va a llevar con el que me debe», me había dicho el viejón y yo seguí las instrucciones. «Compa, soy Jota Erre, ya ando aquí», dije por teléfono. «Está bien, nos vemos en el cruce de la guasinton y la mein», me dijo y yo sin saber dónde estaba eso porque nunca había ido al gabacho. Le pregunté a una pochita que estaba dos tres y me dijo que debía subirme al trolley, que contara tres estaciones, que ahí me bajara y saliendo ahí estaban esas calles. Y sí, bajando del trolley vi la guasinton y la mein. «Compa, ya estoy aquí», le volví a llamar. «¿Donde está usted hay un macdonals?», me preguntó. Waché y le dije que sí. «¿En-

frente hay un futloker?», volvió a preguntarme. Waché y le dije que sí. «Ái voy, déme unos quince minutos». Y pasó una hora y nada. Entonces le hablé al viejón y le conté que el bato me traía como su pendejo. «¿Sabe?, yo creo que este también está coludido con el que le debe», le dije. «Pos mira —me contestó—, en cuanto lo veas dile que te dé las armas, le preguntas dónde vive aquel cabrón y tumbas a los dos».

Como a las dos horas le marqué al bato. «Oiga, hijo de su pinchi madre, aquí me tiene esperándolo como vil tacuache, no mame». «A ver, compa, ¿dónde está, que no lo miro?» «Pos aquí, frente a macdonals». «Pos no lo miro y eso que la calle está vacía». Y yo diciéndole: «Pos si ya son las tres de la mañana, a esta hora ya hasta los perros se fueron a dormir». «A ver, compa, pregúntele a alguien cómo se llama donde está». «Pero si no hay nadie». Y caminé hasta la parada del camión y un bato que hablaba español me dijo: «En nacional ciry». Le volví a marcar al bato y le dije: «¡Estoy en nacional ciry, cabrón!». «No, compa, está usted muy pendejo —me dijo. Yo estoy en Fontana, como a tres horas de donde me está hablando». Chale. ¿Yo qué iba a saber que en el gabacho hay miles de calles guasinton y mein?

Ya en Fontana, el bato me llevó hasta donde según vivía el wey que tenía que matar. Me dijo qué troca manejaba, que estaba gordo como cochito y me dio su apodo. Me la pasé wachándolo una semana hasta que se apareció el cabrón. En friega saqué la pistola y entré a su casa rompiendo la puerta. «¡Hasta aquí llegaste, pinchi cerdo!», le dije apenas lo vi. El bato era puerco pero no trompudo, y le di una madriz a la charles bronson. Luego corté cartucho y le dije: «Me manda el viejón, ¿cuáles son tus últimas pa-

labras?». Sé que se oyó bien mamón, pero fue lo único que se me ocurrió. “¡No me mates, compal, ¡no me mates!” Y yo diciéndole que no fuera puto, que los de Durango nos dejá-bamos ir con calma y dignidad, porque me había dicho que era de por ahí. Él empezó a decirme que conocía a fulano y zutano, que ellos le podían ayudar a conseguir el dinero. Yo me saqué de onda porque yo conocía a esa gente. “¿Pos cómo se llama compa?”, le pregunté. ¿Y qué crees? El bato era uno de los de la clicca de mi carnal. Valiendo madre. Si no lo reconocí fue porque estaba bien gordo y ya se le había deformado la cara. “¿Entonces tú eres Jota Erre?”, me preguntó y terminamos dándonos un pinchi abrazo.

Le conté cómo estaba el jale y él me pidió veinte días pa’ juntar el dinero. Yo le dije al viejón que el bato se estaba escondiendo, pero que me diera tiempo pa’ encontrarlo. “Oiga, ¿y si el bato quiere pagar?”, le pregunté. “Pos se la perdonas porque es de la familia”. Total que todos los días salí de fiesta con el gordo. Pero lo bueno se acaba pronto y yo me regresé a Culiacán porque pagó.

Nomás bajé del avión y fui derecho a la casa del viejón. De los tres mil dólares que me había dado de viáticos ya nomás me habían quedado como cincuenta dólares, y él me había dicho que al regresar fuera a verlo pa’ pagarme el trabajito. Me recibió de volada, me abrazó, me dijo que le había gustado mi dedicación, o algo así, y que en la mañanita fuera a su rancho, que ahí iba a estar Miguelón, su hombre de confianza, pa’ decirme qué seguía. Ir al rancho del viejón no cualquiera, y por eso pensé que, mínimo, me iba a regalar una de sus trocas o me pagaría con droga. Y que voy llegando a la hora que me dijo, que pregunto por el Miguelón y que me ponen a podar el pinchi pasto y dar-

Ese cáncer llamado crimen organizado

les de tragar a los caballos. Neta. Te lo juro por mis hijos. No, pos no aguanté. Le di las gracias al viejón y volví a la calle a vender mis productos naturistas.

EL PISTOLERO

“KOMANDER: Qué sorpresa encontrarlo en mi rancho. ERICK ESTRADA: Hace un rato lo estoy esperando. KOMANDER: ¿Por qué trae bastantes pistoleros? ERICK ESTRADA: Yo prefiero bastante dinero. KOMANDER: No comprendo de qué estás hablando. ERICK ESTRADA: Me pagaron por asesinarlo”.

—La chamacada escucha corridos como estos y ya andan diciendo que traen callos en los dedos de tanto jalar el gatillo —filosofa Jota Erre cuando pasamos por el estadio de beisbol. Luego baja la ventanilla entintada para ver los guindas exactos y les mienta la madre a los Tomateros. Te decía, a los sicarios de hoy les pagan dos mil pesos a la semana, cuando mucho. O sea: esos batos nomás saben una cosa: que van a morir y que no será una muerte fácil.

INTENTO NÚMERO CUATRO

Un día entendí que el narco es el negocio más individualista de todos, que es onda de uno y nomás. Que aquí dos cabezas sirven pa' que te den en la madre más pronto, y por eso no está de más ser desconfiado. Por eso nunca pude trabajar bien allá en Michoacán. Ái te va pa' que me entiendas:

Un narco segundón me propuso que fuera su socio en el cruce de mota. ¿Wachas? Ya no iba a ser un pinchi

gato. Esto era más grande, era un jale donde no faltaría quién quisiera arañarnos las manos de tanto billete que tendríamos. “No, compa, siempre salgo jodido”, le dije porque el bato sabía que yo era de los que no se dejaban ir de hocico a la primera. Y me estuvo rogando hasta que le dije arre pues. Él puso millón y medio de pesos, y lo que debía hacer era comprar la mota, transportarla, cruzarla y cobrar. Lleva las de ganar y sin tanto riesgo porque en ese entonces, como el dos mil seis, todavía te dejaban trabajar por tu cuenta, siempre y cuando pagaras piso. La bronca fue que los de Juárez y los pinchis Zetas se pusieron ambiciosos y violentos, y pos ahora es una locura llevártela tú solo. Pero te decía: ái te voy tendido como bandido a mi pueblo pa’ comprar mota y nada. Todos tenían apalabrada la mota con el *Chapo* y no pudieron venderme. Fui a Badiraguato y nada, quesque la siembra había estado jodida por el calentamiento de no sé qué, que nomás había salido pa’ trescientas avionetas y que iban pa’ los Beltrán. Fui a Atascaderos, en Chihuahua, y tampoco; ya estaba vendida a los Carrillo. No, pos bajé bien agütado. «¿Sabe qué, compa? —le dije a mi socio—, este negocio parece estar hecho con la mano del diablo, no hay mota». «¿Cómo no va a haber, compa, si es lo que sobra?» «Se lo juro por la tumba de mi padre».

Mi socio hizo unas llamadas. «Ya está, compa —dijo. Váyase a Michoacán, allá por Lázaro Cárdenas, allá sí hay». Y me fui en fuga, pensando en el billete que me iba a embauchar si salía el jale.

Allá llegué con un bato bien pinchi enfadoso, con dientes de plata y que se la tiraba de galán. Dos días me estuve castre y castre con que los sinaloenses éramos güevones,

Ese cáncer llamado crimen organizado

borrachos, feos y maricones. Tuve que ponerle unas pinchis ganatadas en la cara y decirle que nos fuéramos respetando, que yo había ido a comprar mota y él a conseguirla.

Donde estábamos era una playa y pa' subir por la mota era en chinga; máximo tres horas. El mundo ideal. Desde el primer día nos pusimos a bajar unos kilos y entre más bajábamos, más insoportable se ponía el bato enfadoso. ¿Cómo te diré? Era presumido. Sacaba mi troca y se paseaba por el pueblo con el estéreo a todo volumen. «Compa, ya déjese de payasadas, nos van a atorar», le reclamé. «¿Cómo cree?, aquí todo está controlado». De andar con la troca pasó a aventar balazos y luego a emborracharse y decir que trabajaba pa' unos sinaloenses pesados. Ya no dijo más porque, una mañana, llegó la judicial a mi hotel. Quise salirme por la ventana, pero por todos lados había policías. Cuando salí, waché que tenían todo madriado al bato enfadoso. «¡No he dicho nada, no he dicho nada!», decía el cabrón. Le dije al comandante que sí, que era de Sinaloa y que estaba ahí porque un socio y yo queríamos poner una empacadora de camarón que traeríamos de Mazatlán. «Pos fijese que no le creo, pero tampoco le hemos encontrado a este fulano la mota; lo voy a vigilar, ya está advertido», y se fue. La mota estaba en la casa de la amante del bato enfadoso, por eso no la encontraron los federales. Y luego luego le hablé a mi socio: «Este pinchi bato enfadoso jodió todo, mañana me voy». «¿Cuánta mota ha juntado?» «Tonelada y media». «Está bueno, mañana le mando las pangas y vengase ya».

Al otro día mi socio cumplió con la palabra y llevamos la mota a las pangas. Y yo creo que era la una de la mañana cuando nos cayó la judicial. «¡Trépose, compa, tré-

pele!», me dijo el panguero y ahí te voy. En ese momento, la verdad, no me agüitó que háigamos dejado media tonelada en la playa.

Lo que yo quería era perder a la policía. Y sí. Le dimos tan recio mar adentro que nos perdimos hasta nosotros. Como habíamos salido en fuga, al panguero no le dio tiempo de poner la brújula. Y ahí fue cuando le juré a Dios que si me ayudaba a librarla sería el último jale. Sería bien largo contarte cada uno de los siete días que estuvimos perdidos. A lo mejor hasta escribo una novela de eso. Lo que sí te digo es que como al cuarto día empecé a alucinar; veía tráileres en el mar, y eso que no le metí al perico como los dos batos con los que iba. Ellos, en algún momento, se quisieron matar a cuernazos; se reclamaban mutuamente por lo de la brújula.

Yo me quemé todo, parecía cáscara de mango podrido, y bajé kilos como nunca. En el quinto día vimos un barco, pero era de la Marina y otra vez a altamar. La gasolina se nos empezó a acabar y, cuando creímos que nos íbamos a morir en una panga llena de mota, apareció un barco. Nos ayudaron a subir, mis compas les apuntaron con los cuernos, y yo nomás les pedí de comer y agua. La neta nos alivianaron. Hasta nos orientaron con la brújula. Estábamos a veinte horas de las Islas Marías. Y así, a puro motor muerto, pudimos llegar a Mazatlán. Ahí nos rescató mi socio.

Yo quería descansar, pero en chinga tuve que irme a Mexicali pa' vender la mota porque ya se estaba poniendo café, y así ya no sirve. La vendí, cierto, pero bien barata y ni siquiera recuperamos la inversión. O sea: no gané ni madres.

PLEBITAS CHACALOSAS

«Lucen las mejores marcas y ropa de pedrería, los más caros celulares, uno para cada día, las uñas bien decoradas, les gusta verse bonitas».

—Esta música del movimiento alterado es pura enfermedad —dice Jota Erre ahora que suena en el estéreo una tal Jazmín.

Esa música y que aquí anden paseando las hijas de los pesados hacen que las morras se sientan narcas. Unas se ven débiles, pero consiguen cuernos y se vuelven poderosas y las otras sueñan con andar con uno de su calaña. Pero volvemos a lo mismo: en el narco la mayoría de los batos no tiene ni dónde caerse muerto.

—Si alguien de ellos te escuchara pensaría que les tienes envidia.

Jota Erre me mira con cierto desprecio y da vuelta en la primera calle. Toca el claxon frente a una casa que el tiempo le ha dado un poco de consistencia. Un tipo, que no pasará de los 30 años, sale y saluda a Jota Erre.

—Compa: ¿cuánto llevas en el jale?

—¿Por qué? —pregunta desconfiado el tipo y me mira como si fuese policía.

—¡Contesta, cabrón!, ¿cuánto? —interviene Jota Erre.

—Ya voy pa' los ocho años —responde.

—¿Y tienes dinero?

—Pos no tanto así, pero traigo esa troca que levanta morras de a madre.

Jota Erre acelera y me dice:

—¿Wachaste cómo está el pedo?

INTENTO NÚMERO CINCO

Mis días como narcomenudista fueron fugaces. Tardé más en aprender cómo lavar la coca, que en darme cuenta de que el traficante termina trabajando pa' pagarle al cártel o termina muerto. Yo empecé a vender grapas y cuando iba a cobrarle a la gente me salía con la pistola, diciéndome que no me iban a pagar. Y que a ver cómo le hacía. Por eso te digo que ahí no duré mucho. Luego, un capo me buscó pa' que le lavara un kilo de la buena. Y ahí me tienes comprando el éter, la acetona, el ácido clorhídrico, el amoníaco, el papel y las vasijas. Yo había lavado por pedacitos y esa vez, por güeva se puede decir, lavé toda de un jalón. ¡Y madres!, que se me echa a perder. Le dije al narco y él me salió con que tenía dos días pa' pagarle. El bato era cabrón, nomás de oírlo mentar se le pegaba a uno la diabetes. Y ahí me tienes consiguiendo quince mil dólares.

Pedí prestado aquí y allá, le vendí el alma a unos cuantos, y hasta mi mamá vendió un carrito que tenía. Chale, quién sabe por qué, pero como que todo se echa a perder en esta vida, ¿no?

 REFLEXIÓN *SIERREÑA*

—¿Te arrepientes de algo? —le pregunto a Jota Erre cuando vamos camino a la fiesta de un locutor de radio en Cuiliacán.

—Sí y no —dice y los dientes le relucen como el acero. Sí, porque pude aprovechar el tiempo en algo más de bien. No, porque le puedo decir a mis hijos que el narco no es el mundo que pintan. No, porque nunca robé ni maté a nadie. Yo creo que la vida debe ser la que está arrepentida

Ese cáncer llamado crimen organizado

de que siga yo aquí, porque este jale es como la lotería, y el premio gordo es vivir.

EL ÚLTIMO INTENTO

Mi dizque carrera de narco estaba de picada. Ya no quería saber nada. Ora sí le iba a cumplir a Dios. Pero pa' ese entonces me buscó la mano derecha de uno de los más chacas. «Lo ocupamos pa' que sea el prestanombres, le vamos a pagar bien». Como nomás se trataba de hacerle el paro a una gente, pos no entré en conflicto con Dios. Lo que tenía que hacer era acompañarlos a Oaxaca, decir que era empresario, hospedarme en el hotel Victoria y esperar a que llegara una avioneta llena de coca. Y ahí te fui vestido bien acá, bien placoso. Llegué y me presentaron al viejón, al dueño de la droga. «He oído de ti, dicen que eres honrado; pendejo, pero honrado», me dijo y yo nomás me reí. Ni modo que qué.

Me hospedé en el Victoria, ya te dije, y me puse a esperar. Había días que nomás dormía y otros jugaba ajedrez con el viejón. Una tarde, el brazo derecho me dijo que la avioneta iba a llegar esa noche, que si todo salía bien, yo me devolvía a Culiacán con un buen billete. Bajé al restorán y me puse a tragar como cochito de pura alegría. Me acuerdo que en la tele estaba una película de narcos, y yo pensé que qué sentido tenía verla si yo estaba con el viejón. En eso, vi a dos batos que en los diez días que llevaba hospedado nunca había visto. Y luego otros tres.

Y luego otro. Salí, fui con los pistoleros del viejón y les dije lo que había visto. Ellos me mandaron a avisarle al viejón y, cuando subí, el viejón ya sabía cómo estaba el rollo: «¡Son militares, ya nos chingaron!».

Desde morro, casa a la que iba, casa a la que veía por dónde saltarme. Y pos en el hotel había encontrado una escalerita que te llevaba a otro predio. «No se agüite, patrón, yo lo voy a sacar», le dije y me lo llevé. Cruzamos la calle y él se subió a un carro y se fue. Su brazo derecho me dijo que yo también aplicara la fuga, que el cargamento había sido decomisado, que no iba a haber billete.

Me regresé a Culiacán como pude, pero no perdí la esperanza de una buena recompensa. Al tiempo lo vi en Guadalajara. ¿Y sabes qué pasó? Nada, nomás me abrazó, me dijo que nunca iba a olvidar lo que hice por él y me regaló un bucanas dieciocho. Valiendo madre.

EL SEÑOR DE LA MONTAÑA

Un tipo sostenía el Nextel. Al otro lado del auricular alguien escuchaba el *cover* que cantaba Jota Erre: «Joaquín Loera lo es y será prófugo de la justicia, el señor de la montaña, también jefe en la ciudad; amigo del buen amigo, enemigo de enemigos, alegre y enamorado así es Loera, lo es y será». Cuando terminó de cantar, el tipo del Nextel se acercó a Jota Erre y le entregó el radio.

Escuchó: «Canta usted muy bien, compa, lo felicito; ái cuando se le ofrezca algo en todo México nomás búsqueme».

—¿A poco era el *Chapo*? —le pregunto a Jota Erre cuando llegamos a su casa.

—El mismo que viste y calza.

Jota Erre se desparrama en el sillón y empieza a platicarme su vida como músico. Pero ésa es otra historia.

(Almazán, Alejandro. “Un narco sin suerte”, en: *Generación ¡Bang!* *Los nuevos cronistas del narco mexicano*. Juan Pablo Meneses (compilador), Temas de Hoy, México, 2012, págs. 15-31.)

CRÓNICA DE UNA FUGA ANUNCIADA

Sanjuana Martínez

MONTERREY, NL. “Ten paciencia, mi hijo, ya todos saben que eres inocente y vas a salir el lunes 20 de febrero”, le dijo José Guadalupe Pedraza Lara a su hijo Eduardo Natividad en el patio central del pabellón Delta del Penal de Apodaca. Angustiado el joven de 18 años, le contestó: “Sácame papá, nos van a matar. Nos han dicho que nos van a matar. Los del ‘Coca’ se van fugar y antes de irse, nos van a matar”. José Guadalupe salió del penal con la angustia en el cuerpo, pero con la esperanza de que el lunes su hijo, preso por un “error” de la Marina Armada de México, estaría libre, luego de tres meses de infierno.

Regresó a Reynosa e inmediatamente se fue a trabajar a San Fernando, Tamaulipas. En la noche siguiente, una llamada durante la madrugada lo despertó. Era Reina, su esposa: “Dicen en las noticias que en el penal hubo una riña entre bandas rivales”. Él intentó tranquilizarla: “No te preocupes, Eduardo no pertenece a ninguna banda, seguro que está bien. Pero si te quieres ir a Monterrey para estar más tranquila, vete en camión y después me cuentas”. Reina fue una de los cientos de familiares congregados en el Penal de Apodaca.

Durante 10 horas, todos sabían que había muertos pero el gobierno retrasaba la lista. A las siete de la tarde el

teléfono de José Guadalupe volvió a sonar. El mundo se le cayó encima. Salió a la carretera y pidió un aventón. Nadie paraba en la carretera de la muerte. Decidió caminar por la cuneta, hasta que después de una hora un tráiler se detuvo y aceptó llevarlo a Reynosa. Al llegar a su casa vio a su hermano. Lo estaba esperando para hacer el viaje más difícil de su vida. “Esta es la fotografía. ¿Lo identifica?”, le dice una representante de la Procuraduría de Justicia de Nuevo León, sentada afuera del Anfiteatro del Hospital Universitario frente a una computadora portátil que guarda las fotos de los reos asesinados.

José Guadalupe no tiene expresión en el rostro. Está congelado por el dolor. Lo ve de reajo. Cierra sus ojos, no quiere seguir mirando. Los abre. Sus pupilas se inundan. Silencio. Segundos. Minutos. Articula la primera palabra: “Sí...”. No puede hablar. La voz se quiebra en la siguiente frase: “No sé, parece que es Eduardo, pero está muy desfigurado”. La funcionaria le muestra una foto del cuerpo. Una cicatriz en el estómago de una vieja operación le confirma lo peor. Otra vez silencio. Lloro y atraganta las palabras: “Sí... es mi hijo”. Desorientado vuelve la cabeza. No sabe qué hacer. Cae derrumbado en una silla con la mirada perdida. Otra funcionaria se le acerca y le dice: “Pásele a la oficina para hacer los trámites”. Entra al Servicio Médico Forense. En el mostrador hay un montón de gente en su misma circunstancia. Los empleados no dan abasto. Permanece atrás, inmóvil, sin lágrimas, sin expresión. Le digo que soy periodista, le pregunto qué pasó. Me mira y suelta la primera frase: “Mi hijo salía libre hoy a las 11 de la mañana”.

No puede evitarlo. Lloro sin hacer ruido, lloramos juntos. Lo abrazo. ¿Cómo se consuela a un padre destro-

zado por la pérdida de su hijo? ¿Cómo narrar tanto dolor, tanta matanza, tanta barbarie? Se repone y dice: “En lugar de entregarme a mi hijo, me entregan su cadáver con la cara desfigurada. Lo mataron a golpes, con mucha saña. Lo desfiguraron a patadas o palos, quién sabe. Dicen que fue una riña entre ‘bandas rivales’. Y no hay ni un herido. Es mentira. Los ejecutaron. Fue una matanza”.

Me cuenta su historia. Hace 15 días Eduardo Natividad iba a ser liberado, pero la falta de una firma retrasó su entrega. Cosas del destino o mejor dicho, cosas del pésimo sistema judicial que existe en México. Luchó para demostrar la inocencia de su hijo y de nada sirvió. Cualquier abogado le pedía 150 mil pesos para liberarlo. El pasado 1 de noviembre, miembros de la Marina arribaron a su casa ubicada en la Colonia Los Fresnos de Reynosa, Tamaulipas, y sacaron a su hijo de la cama: “Eran las siete y media de la mañana. Dijeron que eran de la Marina Armada de México, que la camioneta que estaba afuera era robada.

Yo les dije que era mía, pero sin hacer caso se llevaron a mi hijo y el vehículo. Les pregunté que a dónde se lo llevaban y me dijeron que a la PGR, pero me echaron mentiras, se lo trajeron a Monterrey. Luego me enteré que dijeron que lo habían agarrado en China, Nuevo León. Imagínese. Mi hijo me contó que los marinos lo torturaron, le obligaron a agarrar una arma y lo amenazaron. Le preguntaban por su jefe. Él no entendía nada, les explicaba que él no tenía jefe. Le dijeron que si no declaraba que era narco lo iban a matar y le iban a poner un cartelón en el pecho”. Desde ese día, la Marina se quedó con su camioneta a pesar de que él mostró la factura que lo acredita como dueño. Su hijo ingresó al Penal de Apodaca y como era de Reynosa

Ese cáncer llamado crimen organizado

lo pusieron en el pabellón Delta: “Él no se metía con nadie. Estaba desesperado. Allí adentro es un desastre. No hay control de la autoridad. Y uno es gente trabajadora, gente de bien”. José Guadalupe es trailerero, su hijo trabajaba con él, siempre lo acompañaba y dice que todo fue producto de un error lamentable. Luego los marinos se negaron a declarar y eso ayudó para que su hijo no tuviera ningún cargo: “El problema entonces fue para sacarlo. Me cobraban mucho. Y eso que era inocente”.

El defensor de oficio me dijo que en un mes, dos meses, salía libre. Y así me trajeron. Vine como 20 veces a Monterrey. Anduve luchando por él. Le dije: “Aguanta mi hijo, ya te voy a sacar, ya está comprobado que eres inocente... Y me lo mataron”.

De pronto, el grito de una niña lo estremece. Sale apresurado de la oficina y ve a su hija de 12 años llorando a gritos cuando su madre le da la noticia: “Mi hermano no, mi hermano no”. Su tía la trajo desde Reynosa. La abraza, le acaricia la cabeza, la consuela: “Nos lo mataron, mi hija, nos mataron a tu hermano”. Indignado, se ahoga en un grito profundo: “Mi hijo era inocente, iba a salir hoy”. Una mujer se acerca. Dice que también perdió a su hijo: “Asesinaron a los que iban a salir”. Una psicóloga del Desarrollo Integral de la Familia se acerca para ofrecerle “acompañamiento e intervención en crisis”.

Ella no escucha y comenta: “Usted que es periodista, cuente toda la verdad. Mataron a mi hijo, iba a salir mañana martes 21 de febrero. El del señor salía hoy. ¿Por qué los mataron? Los tenían secuestrados. Todo mundo sabía que se iban a fugar y que iba haber una matanza, aunque me maten, voy a decir la verdad”. Su hijo se llamaba José y

cuenta que cada semana tenía que pagar 800 pesos al grupo de Los Zetas que controlaba el Penal de Apodaca; algo, dice, que era conocido por los funcionarios de la prisión y las autoridades de justicia del estado. Todos estaban de acuerdo: “Me lo dejaban ver sólo 15 minutos. Los custodios, el director, todos estaban de acuerdo”, cuenta sin querer dar su nombre por estar amenazada. Está inconsolable.

Otra psicóloga se acerca y le comenta que viene a despedirse: “Por mi parte, sería todo. Le vamos a dar oportunidad a que siga con su proceso. Cualquier cosa, aquí estamos. Mañana me comunico con usted para ver lo de la terapia psicológica gratuita”. Ella tiene la mirada perdida. Permanece en silencio.

LA EVASIÓN

Era la una de la mañana del domingo 19 de febrero, cuando el grupo de Los Zetas liderado por Óscar Manuel “N”, identificado como “La Araña” dio la orden de empezar a saltar con la ayuda de cuerdas desde una de las torres de vigilancia. El jefe en turno suspendió los rondines, por lo cuál no hubo ningún problema para consumir la fuga. En otra área del penal, el resto de los reos estaban en sus celdas correspondientes. En el edificio Delta se empezaron a escuchar gritos. Los celadores dieron las llaves a otro grupo de Los Zetas que controla la cárcel para que fueran celda por celda ejecutando “golfos”, presos pertenecientes presuntamente al Cártel del Golfo.

Las víctimas fueron elegidas con antelación, algunos de ellos sin tener pertenencia a dicho grupo de la delincuencia organizada, sólo por ser originarios de Tamaulipas

Ese cáncer llamado crimen organizado

y de otras zonas de Nuevo León y el resto del país donde opera el Cártel del Golfo. O bien, sólo por haber sido detenidos por las fuerzas de seguridad del estado y acusados por colaboración con crimen organizado. El 40% de los reos en este penal no está sentenciado. Así que no se les puede considerar criminales. Para las tres de la mañana ya habían terminado la masacre. Con palos, fierros, hachas, navajas... se consuma la matanza de los 44 reos. A las 3:15 de la madrugada las autoridades penitenciarias informan al estado que hubo una riña entre bandas rivales.

La historia de esta fuga anunciada puede reconstruirse a través de los testimonios de las víctimas, de las familias de los presos y de la versión del gobierno de Rodrigo Medina de la Cruz. Desde hace más de un año, distintos reportajes habían denunciado que el narco controlaba los penales: en el de Topo Chico y el Cereso de Apodaca, Los Zetas, y en el de Cadereyta, el Cártel del Golfo. El pabellón Delta tiene su propia historia de conflictos y crímenes.

En mayo del año pasado, todo mundo sabía que iba a haber una matanza. Como ahora, los directivos penitenciarios y los celadores la permitieron. Durante el día fueron eligiendo a las víctimas y las llevaron al pabellón psiquiátrico. En la noche los golpearon con palos y fierros. Esperaron hasta la madrugada para quemarlos vivos. Todos sabían lo que iba a pasar, incluso el diácono de la Pastoral Penitenciaria les dio la extremaunción. Nadie hizo nada para impedirlo. Esta vez fue igual. Lo sabían e imperó la ley de la cárcel: ver y callar.

La noche del sábado 18 de febrero todo aparentaba ser normal, pero los directivos y celadores ya estaban de acuerdo con los reos que iban a fugarse. Ninguna autori-

dad penitenciaria dio aviso sobre los hechos. Fue hasta 15 o 20 horas después, cuando pasaron lista, que el gobierno del estado se percató de la evasión de los reos.

MEJOR DENTRO QUE FUERA

El mariachi entra con frecuencia a la prisión de Apodaca como si se tratara de un salón de eventos. En el patio la fiesta incluye whisky, tequila, ron y carne asada. Las mujeres que ofrecen sexo comercial fueron introducidas unas horas antes y atienden la demanda de los internos agrupados en Los Zetas, que controlan desde hace tiempo esta cárcel. Las orgías son frecuentes y también los abusos. Dividida en cuatro módulos, esta prisión fue considerada en su momento como una de las más modernas de México.

Eso ya pasó. Ahora es una de las más infames e impunes. Al entrar el color de las paredes pintadas de beige y verde claro se queda en la retina. Las celadoras revisan minuciosamente los cuerpos de las mujeres que entran para visitar a sus hijos o parejas. Los pasillos que conducen al Delta están cubiertos de alambradas. En el patio central hay negocios de comida preparada, verdura y fruta. La vida cotidiana de esta prisión funciona bajo los parámetros de los de la letra. Nada se escapa a sus manos. Son ellos los que dominan el trasiego de dinero, droga, sexo y violencia. La comida que se vende dentro, las tarjetas para celulares que aquí cuestan el doble.

El gran negocio, sin embargo, es la extorsión. Los familiares de cada preso tienen que pagar una “cuota” para evitar las palizas y la tortura. Los Zetas son los amos y señores. Son ellos los que quitan y ponen los directivos del

Ese cáncer llamado crimen organizado

penal. El último, en mayo del año pasado, Gerónimo Miguel Andrés Martínez, un hombre seriamente cuestionado por su pasado delictivo y que “aprobó todas y cada una de las pruebas de confianza”, según informó el gobierno de Rodrigo Medina. A cada reo recién llegado le daban su “calentadita”, es decir, su bienvenida a base de golpes y tortura.

Para empezar se les exige a sus familiares un pago fuerte que va desde los 20 mil hasta los 100 mil pesos, de acuerdo con las posibilidades de cada quien. Emma Becerra, tía de Francisco Prado Becerra de 23 años, quien iba a quedar libre el 28 de febrero, cuenta que la situación en el penal de Apodaca era cada día peor: “Los tenían secuestrados, los golpeaban si no les dábamos dinero. Un custodio al que le dicen ‘El Caballo’ le exigió a mi hermana 100 mil pesos, pero como no tenía dinero le entregó los papeles de la troca (camioneta) que le había costado 95 mil pesos. Cada 15 días que veníamos a verlo teníamos que traerles dinero. Primero empezaron con cinco mil pesos, y últimamente nos quitaban mil pesos. Nos decían que eran para los de la letra, pero custodios y los otros son lo mismo. La dejaban verlo 15 minutos y siempre con alguien al lado para escuchar lo que platicaban”.

Son de China, Nuevo León, está vestida de negro, acompaña a su hermana, la madre de Francisco que hace los arreglos del funeral. Cuenta que su sobrino llevaba cuatro meses preso. Trabajaba en Estados Unidos y había venido a renovar su visa. El Ejército entró a la casa el 12 de octubre. “Luego dijeron que lo agarraron en la calle en un auto sospechoso con droga. La casa la hicieron garras, se robaron todo, ropa, zapatos, las cafeteras, los abanicos...”.

Insiste, como otros familiares de víctimas, que lo ocurrido en el penal no fue una riña, sino una matanza: “Ya lo tenían planeado. Ya le había dicho a su mamá que los iban a matar para distraer el tema de la fuga. Que estaban amenazados. ¿Por qué tenían armas adentro? Porque custodios y los de la letra son los mismos. Mi sobrino ya iba a salir. Teníamos mucha ilusión. Lo he visto en la foto. Tiene el cráneo partido con una hacha y su cara echa garras”.

Las empleadas del registro civil solicitan las actas de nacimiento, pero la gente que viene de fuera no trae documentos. El hermano de Mario Reynold Arizpe Garza, de General Bravo, Nuevo León, comenta que tenía dos meses preso y su hijo Omar González Barbosa un año. Ambos fueron asesinados. Está frente a las computadoras. Ve las fotos y se impresiona. Lloro. Se repone y dice: “Están todos golpeados, rajados. A unos les sacaron los ojos. Todos sabían que esto iba a pasar y nadie hizo nada. Es pura corrupción. Yo pido que se esclarezca, que haya justicia”.

Cuando el año pasado fueron quemados vivos 14 reos encerrados en el pabellón psiquiátrico de la misma prisión, Consuelo Morales, directora de Ciudadanos en Apoyo a los Derechos Humanos, alertó de que iba a ocurrir una tragedia mayor porque el estado ya no tiene el control de ninguno de los tres penales que existen en Nuevo León: “Dicen que esto fue una riña y si fuera así, sería un intercambio de agresión, pero aquí no hay ningún herido. ¿Entonces? Eso nos remite a saber que en el edificio Coca la mitad de los internos son Zetas y en el Delta todos son celdas individualizadas. El que hayan podido trasladarse de un ambulatorio a otro fue con la anuencia de las autoridades. No perdieron la vida, se las arrebataron. Fueron celda por celda ejecutando”.

UNIVERSIDADES DEL DELITO

Han pasado tres días de la matanza en el penal de Apodaca. Los familiares de los reos hacen guardias para evitar que los trasladen, aunque los primeros cambios ya se dieron. Tres de los más peligrosos capos Zetas fueron enviados a la prisión de Puente Grande en Jalisco: Marco de León Quiroga y/o José Andrés Mireles Quiroz, alias “El gordo” o “El comandante Chabelo”, Mario Andrés Alcorta Ríos, alias “El Junior” y Jorge Francisco Gámiz Vega, alias “El extraño”.

El gobierno ya anunció que trasladará a 400 presos del fuero federal a otras prisiones del país. Los familiares se muestran descontentos, inquietos, porque dicen que eso provocaría nuevas matanzas: “Si los mandan a Cadereyta los van a matar porque esa cárcel está controlada por el Golfo”, dice la mamá de un joven reo que se niega a dar su nombre. El penal de Apodaca tiene una sobrepoblación de 80 por ciento. El hacinamiento ha provocado todo tipo de problemas. Las cárceles se han convertido en “Universidades del delito”, dice Maricela Álvarez mientras come una paleta de dulce. Su hijo está en el Delta, justo en la tercera celda y el día de la matanza dice que le avisaron que se cerrara.

“Mi hijo en su vida había estado tatuado o había agarrado un arma. Lo hicieron que fumara droga. Lo amenazaron: le entras o le entras. Luego lo tatuaron a la mala, le pusieron la clave del Cereso de Apodaca, el símbolo de Los Zetas para que cuando los agarren otra vez lo linchen”. Marcela lleva tres días plantada a las afueras del penal. Ya pudo ver a su hijo: “Está todo golpeado. Dice que entraron

los policías de 'Fuerza Civil', la nueva policía de Nuevo León y los federales, y que les robaron todo y los golpearon". No hay readaptación posible bajo estas circunstancias.

Las mujeres van ingresando al penal. Esta vez, no les permiten introducir alimentos, ni nada, así que le dejan todo a Juanito, un señor cuyo trabajo consiste en "cuidar cosas". Una mujer que se identifica como Sandra, de 25 años, sale del penal exultante y se dirige al grupo de mujeres que esperan la hora para entrar a la visita de los reos: "Mataron puro pinche Golfo, madres, no se preocupen". Lleva las cejas y los labios tatuados, va vestida de negro y al enterarse de que soy periodista pide que cuente "la verdad": Todo quedó igual, ya están otra vez controlando los mismos. Un "Laredo" (miembro de Los Zetas) me ofreció cinco mil pesos. Me dijo: "Tengo como 100 mil guardados, madre, llévate este dinero. Es para que les des a los güerros, para que que no tengas problemas". Cuenta que su esposo "cayó" hace casi dos años y que tiene tres niños que mantener, pero "los de la letra" les ayudan: "El dinero que ellos obtienen es para beneficio de todos. Aquí me quedé desde el domingo, pura gastadera. Ellos saben, por eso reparten. Mi marido anda golpeado. Le quitaron el cinto y se le andan cayendo los pantalones. No me iban a permitir verlo, siendo que ya estaba en el pasillo y de allí me lo regresaron. Pero yo les hice un pedo y les dije: "Chinguen a su madre cabrones, si me lo trasladan se van a arrepentir pinches culeros, hijos de la chingada, putos. ¿Cuándo se van a enterar de quién manda aquí?... ¡Pendejos!"

(Martínez, Sanjuana, Sinembargo.mx, 27-feb-2012, en: <http://www.sinembargo.mx/27-02-2012/163689>)

TRES CABEZAS

Javier Valdez Cárdenas

En la preparatoria Salvador Allende andaba diciendo lo que había hecho en aquella ciudad, apenas una semana antes: “Fui a echarme dos cabezas, dos batos, me dijeron ‘ve y máttalos’, y yo me lancé para allá y les di piso a estos cabrones. La neta me sentí machín”.

En la escuela se le veía inquieto. No era de esos adictos a la muerte, que matan gratis con tal de experimentar de nuevo esa emoción, el miedo, la adrenalina, el poder placentero de disponer de la vida de otros y acabar, con un jalón de gatillo, una ráfaga, con todas las mañanas de una persona.

El plantel está ubicado entre las colonias Guadalupe y Rosales, en un céntrico sector de la ciudad de Culiacán. La escuela forma parte del sistema de bachillerato de la Universidad Autónoma de Sinaloa, donde el hampa ha metido mano: hostiga a las jóvenes, seduce con esos automóviles de lujo que exhiben mientras parecen esperar en el exterior de la prepa, los jóvenes acuden armados, venden o consumen droga, y la prostitución es un gran escaparate disfrazado de uniforme colegial y camisetas de vestir marca Ferrari.

Él quería entrar a la maña, como le llaman a quienes están en el crimen organizado. Y conocer matones y narcos, traer un arma y andar de cabrón. No iba bien en

Ese cáncer llamado crimen organizado

clases, pero no faltaba con tal de ver a los amigos. Se fue adentrando poco a poco, sin darse cuenta y una mañana le dijeron “tas dentro, pero tienes que aventarte un jale”.

“Qué hay que hacer. A quién hay que matar.” Soltó, sin más. “Mira, son estos batos.” Se la dan de cabrones pero le han hecho mucho daño al jefe. Le deben lana, hacen lo que quieren, son desmadrosos. Le explicaron dónde y cuándo. Mil pesos de viáticos.

“Los matas y te vienes. No quiero pedos. En cuanto termines, vas pa tras.” “Órale”, contestó, como si estuviera hablando con otro de la prepa. “Te vamos a dar cinco mil. Pero con eso, de ahí p’alante, al cien con nosotros. Y puro p’arriba y p’arriba.”

“Ta bien fácil. Entonces llego, me voy a este lugar. De seguro ahí van a llegar ellos. Bueno, ahí los espero y en cuanto los vea pum, pum, pum. Y en chinga de regreso. A toda madre. Mañana, de seguro, aquí nos vemos y les traigo esas dos calacas.”

Al otro día partió. Llegó y no duró mucho en identificarlos. Había sido así, como le explicaron. Se acercó y mientras dio tres pasos jaló la parte superior de la escuadra para subir el cartucho. Y cuando los tuvo a poco más de un metro les disparó. Vio cómo cayeron, queriendo tomar aire, alargar la vida. Ya en el piso, uno más para asegurar el éxito.

Se rió, nervioso. Y mientras se alejaba y guardaba el arma sentía que no podía borrar la sonrisa de su cara, atorada entre tantos músculos. Emperrada a su cara que ya no deseaba sonreír.

Pensó “han de ser los nervios”. Pero continuó así y se olvidó de aquella mueca cuando regresó a la prepa.

Ahí, en los salones, entre clases y pasillos, les contó a sus amigos. Y a otros y a otros. Y estos a otros más. “Un día le dijeron, fueron los mismos compañeros, que ya no anduviera comentándolo: ‘ya déjate de andar contando eso, güey’, pero como que no agarró la onda, porque le gustaba presumir”, manifestó un empleado del área de seguridad de la preparatoria. “Te van a chingar”, le advirtieron.

“Él nomás se rió, confiado, como si nada hubiera pasado, como si no hubiera escuchado el consejo, y contestó ‘me la pelan’, y pues ni modo, qué va a hacer uno ahí, ¡nada!” El joven respondió que ya traía con qué defenderse. Y dejó asomar una fusca negra, gloc, que parecía nuevecita. “Yo nomás te digo, loco. Ponte listo. Órale güe.”

Pero no le dieron tiempo. Y no pudo ni acercar su mano al arma que traía en la cangurera. “No la hagas de pedo, morro. Vámonos.” Apareció tirado, en el monte. “Lo torturaron gacho”, dicen los amigos. La noticia del levantón corrió por los pasillos y las aulas de la escuela. Supieron de él cuando lo encontraron muerto, con huellas de haber sido torturado, en un paraje deshabitado de la ciudad.

“Pobre bato, era su primer jale. Y todo por querer entrar a la narcada, por andar en la clicca. Los que lo vieron cuando fueron por él dicen que traía esa mueca. Como que el bato sonreía, como que no tenía miedo. No saben que ya no pudo con esa sonrisa, que por dentro temblaba, se despedía”.

(Valdez Cárdenas, Javier, *Historias reales de desaparecidos y víctimas del narco*, Aguilar, México, 2012, págs. 161-163.)

FOSAS CLANDESTINAS POR DOQUIER

José Reveles

Los más escandalosos cementerios clandestinos de todos los tiempos en México, que suman casi 500 cadáveres, aparecieron a partir de abril de 2011 en Durango y San Fernando, Tamaulipas. En este último municipio ya habían sido hallados, ocho meses antes, 72 cuerpos de indocumentados centro y sudamericanos en una comunidad llamada Huitzilac (paradoja histórica, el mismo nombre del paraje morelense en donde fueron sumariamente ejecutados el general Francisco I. Serrano y 13 acompañantes por órdenes de Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón el 3 de octubre de 1927, por antirreeleccionistas y supuestamente sublevados). Meses antes de una y otra barbaries exhibidas a plena luz en un rancho o emergiendo debajo de la tierra, me tocó hacer un minucioso recuento de entierros clandestinos para el diario *El Financiero*, en junio de 2010. Ya entonces aparecían por todas partes eso que en los medios mencionamos, por comodidad y economía verbal —y también con cierta dosis de irresponsabilidad, hay que admitirlo—, *narcofosas*, vocablo que debo reconocer aquí explícitamente como incorrecto, injusto y obviamente poco respetuoso de las víctimas, aunque se acompañe del adjetivo *presuntas*:

Ese cáncer llamado crimen organizado

Podría rebasar el medio centenar el número de víctimas ejecutadas y lanzadas al socavón de una mina de Taxco, en Guerrero, utilizada como presunta *narcofosa* (hasta ayer iban 39 cadáveres recientes rescatados y varios cráneos algo más antiguos). El dato espeluznante de un tiradero enorme de cuerpos, muchos de ellos maniatados, con ojos vendados y tiro de gracia seguirá abultándose en los números, pero parece no conmover mayormente a la opinión pública. (En efecto, a los pocos días se suspendió la búsqueda cuando llegaron a 55 en total.)

Más grave aún: en el país se multiplica el hallazgo de estos cementerios clandestinos sin que se ahonde en las investigaciones sobre esas muertes violentas.

En solamente cinco meses de este 2010 hubo casi una decena de narcofosas ubicadas en Sonora, Campeche, Nuevo León, Guerrero (en Tecpan, además de la mina en Taxco), Chihuahua y Quintana Roo, por lo menos, según se ha podido documentar.

Si nos remontamos un par de años atrás, el número de sinos hallados con inhumaciones clandestinas y colectivas causa vértigo. Están, por ejemplo, las 16 *narcofosas* halladas en enero de 2008 en la colonia La Cuesta y sus inmediaciones en Ciudad Juárez, más los 15 cuerpos ubicados en entierros clandestinos en Uruapan. Ambos casos contaron con ayuda de agentes de la DEA y del FBI para la recuperación de cadáveres y su posible identificación.

Hay acumulación de cadáveres de ejecutados en sitios impensables, como en la presa Ramón Corona, del municipio de Cuencamé, Durango, donde una familia contrató a buzos para buscar a un pequeño que se había caído de una lancha y ellos habrían visto “al menos 40 cuerpos”

bajo las aguas, según reveló en abril pasado el ex gobernador de Durango, José Ramírez Camero, durante una asamblea de líderes de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en la que se denunciaba la desaparición de al menos siete cetemistas.

En Cuencamé hubo por lo menos 60 ciudadanos desaparecidos durante 2009, acusó desde San Antonio, Texas, a donde tuvo que llevarse a más de 10 familiares menores de edad, José Esparza Chaires, cuyos tres hermanos (Pablo Aníbal, José Manuel y Giovanna) fueron llevados por gente vestida de negro y con chalecos y gorras de federales. Dicen otros familiares y vecinos que los han visto a bordo de vehículos, obligados a trabajar para la delincuencia organizada.

He aquí algunos más entre muchos otros macabros hallazgos del 2010:

SONORA

18 de enero. Cinco cadáveres (dos mujeres y tres hombres) fueron ubicados entre Rosario Tesopaco y Esperanza, unos 200 kilómetros al sur de Hermosillo, en Sonora, junto a un campo de tiro, baleados y maniatados.

16 de marzo. Los cuerpos de Rafael Samaniego, *El Lito*, Tiburcio Olivares y dos de sus hijos, Manuel Ángel y Eduardo, aparecieron sepultados en un ejido cercano a Agua Prieta. Los tres últimos habían sido *levantados* el 4 de octubre de 2009.

10 de abril. A espaldas de las colonias CTS-CROC y Colinas del Sol, una *narcofosa* con al menos cuatro cadáveres fue descubierta tras una denuncia anónima, en Nogales.

Ese cáncer llamado crimen organizado

28 de abril. Se hallan seis cuerpos enterrados clandestinamente en el ejido Agua Zarca, por la carretera que va de Puerto Peñasco a Caborca.

QUINTANA ROO

4 de mayo. Irene García May, después de días de haber sido abandonada por secuestradores que la creyeron muerta dentro de un cenote en el municipio de Juárez (Región 247), de Cancún, logró salir y avisar a la policía. En el sitio fueron hallados tres cadáveres putrefactos. Ella fue secuestrada el 22 de marzo en el ejido Chiquilá y arrojada al cenote-narcofosa semanas después, cuando se le dio por muerta.

GUERRERO

7 de enero. Gracias a que una camioneta se atascó en un camino serrano, sus ocupantes vieron con espanto partes de cuerpos humanos asomando de la tierra. Al escarbar hallaron cinco cadáveres, que luego fueron identificados como los hombres que habían sido *levantados* por un comando con uniformes militares el 31 de diciembre de 2009 en Tecpan de Galeana: Adán e Ivan Abarca Morales, de 24 y 20 años; Jorge Ramos Radilla, de 27; Víctor Flores Morales, de 32, y Marcos Abarca Lino, de 31. Eran campesinos.

CAMPECHE

29 de marzo. En Ciudad del Carmen, en un baldío de la colonia 23 de julio, seis cadáveres de personas ejecutadas fueron hallados por la policía; tenían el tiro de gracia.

NUEVO LEÓN

6 de febrero. Entre Escobedo y San Pedro, en el ejido Refugio Los Ibarra de la comunidad de El Porvenir, cerca de la carretera Saltillo-Matehuala, soldados de la Séptima Zona Militar ubicaron un sitio en donde presuntamente eran disueltos en tambos con ácido los cuerpos de las víctimas de la delincuencia organizada. Había restos humanos quemados, tambos con perforaciones y numerosos impactos de bala y cartuchos. (Cuevas similares fueron ubicadas el año pasado en la Sierra de Arteaga en Santa Catarina, donde sumaban decenas los cuerpos presuntamente disueltos o *pozoleados*, según reportes oficiales, y también en un predio abandonado por Villas de Alcalá en el sureste de Ciudad Juárez se halló siete cadáveres abandonados en la zona desértica de Palomas, Chihuahua.)

CHIHUAHUA

18 de marzo. En medio de las pesquisas sobre el asesinato de tres personas vinculadas con el consulado de Estados Unidos en Ciudad Juárez, aparecieron media docena de cadáveres sepultados cerca del rancho El Vergel, en el desierto de Samalayuca.

El semanario *Zeta*, de Tijuana, publicaba en 2011 que, durante la administración de Felipe Calderón, “han sido localizadas por lo menos 44 *narcofosas* con al menos 640 cadáveres, cifras superiores a sexenios pasados: 7 *narcofosas* fueron descubiertas en la administración de Vicente Fox, con 40 muertos, y 8 *narcocementerios* se descubrieron en el

Ese cáncer llamado crimen organizado

gobierno de Ernesto Zedillo, con un total de 140 difuntos”, de acuerdo con Enrique Mendoza Hernández.

Decíamos páginas arriba que la República mexicana se asemeja ya a un queso gruyere. En efecto, durante el gobierno de Felipe Calderón, y hasta antes de febrero de 2011, habrían sido hallados casi 800 cuerpos ejecutados con violencia y luego enterrados en unas 125 fosas clandestinas en 21 estados del territorio nacional, según seguimiento hemerográfico del diario *La Crónica de Hoy*. En esa contabilidad no se incluyen los 24 cadáveres en La Marquesa (septiembre de 2008), ni los 12 policías federales ultimados por La Familia Michoacana la región de La Huacana ni los 72 indocumentados en San Fernando, Tamaulipas (agosto de 2010), entre otras masacres memorables, porque ellos nunca fueron inhumados sino que aparecían a la vista, a flor de tierra. Si se suman esos viejos hallazgos con los de abril-junio de 2011, se estaría hablando de casi 1500 asesinatos cometidos con especial dolo, con entierro o sin él.

Se ha vuelto un tema tan común la aparición de cadáveres en *narcofosas*, que mientras el procurador de Michoacán, Jesús Montejano, reportaba 63 paisanos desaparecidos en otras entidades (aparte de los 18 hallados en 2010 en Acapulco, supuestamente confundidos con sicarios de La Familia Michoacana), mientras gente de Ciudad Hidalgo, Tiquicheo y Uruapan iba a preguntarle a este funcionario si sus familiares no estaban en los entierros colectivos de San Fernando, Tamaulipas, justamente aparecieron en abril otros ocho cuerpos tirados junto a la carretera en el municipio de Cojumatlán. Y eso que Michoacán ni siquiera ocupa el primer lugar en aparición de cuerpos en *narcofosas*, pues antes

están Tamaulipas, Durango, Guerrero, Chihuahua y Nuevo León.

A estas cifras hay que sumar varios cientos más de ejecutados cuyos cadáveres fueron dejados a orillas de carreteras, arrojados desde puentes (como el de Mezcala, en la autopista del Sol), colgados de pasos a desnivel, envueltos en bolsas de plástico, mutilados, encostados, encajuelados, apilados, incluso avistados bajo el agua, como los de la presa Ramón Corona.

Hay situaciones inexplicables que impedirán, por añadidura, que tan horribles crímenes sean investigados, como el hecho de que en San Fernando, Tamaulipas, el sitio mexicano en el que más cadáveres fueron descubiertos, no hay agente del Ministerio Público, como decíamos en páginas anteriores. Por esa razón, Liliana Gutiérrez Martínez ha debido esperar muchos meses para que siquiera se inicie la averiguación por la desaparición de su esposo Arturo y su cuñado Axel, ocurrida en agosto de 2010, coincidiendo con el descubrimiento de la matanza colectiva de migrantes. Ambos fueron levantados justamente en San Fernando, como pudo informarle su cuñado Axel desde la cajuela del auto en que ya iba retenido. Liliana presentó denuncia en Matamoros (en ausencia del agente del MP asesinado). Después el expediente fue devuelto a una secretaria que lo archivó. Arturo y Axel son otro tipo de *ninis*, pues ni existe la posibilidad de una averiguación ni a nadie interesa saber de su paradero, aunque familias que viven en el DF hayan viajado al menos ocho veces hasta la frontera tamaulipeca sin obtener resultado alguno hasta hoy.

Habría que elaborar, con ayuda de todas las organizaciones defensoras de los derechos humanos, incluyen-

Ese cáncer llamado crimen organizado

do los datos oficiales (si los hubiere), y de centenares de familiares tocados por la tragedia, una radiografía del reto que se le presenta al gobierno mexicano a partir de la clasificación de las mal llamadas *narcofosas*, con su espantoso contenido de cadáveres.

Pero muy lejos de esa legítima aspiración y demanda, cuando además habían sido reconocidos y entregados a sus familias una docena de cadáveres de los hallados en cementerios clandestinos de San Fernando, el presidente Calderón emitió su veredicto: eran potenciales migrantes mexicanos y quienes los llevaron al matadero fueron policías municipales en vehículos oficiales. Lo dijo, el 20 de mayo de 2011 ante un grupo de migrantes mexicanos en Las Vegas, Nevada. Aprovechó para arremeter en contra de los gobernadores (de oposición por supuesto) que han evitado la certificación de sus corporaciones policiales: la omisión propicia que las fuerzas de seguridad “solapen a los criminales”, como en Tamaulipas. Textualmente expresó, cuando se cumplían cinco semanas desde el descubrimiento de más y más en fosas: “Una de las cosas que más me han dolido como presidente es esta masacre contra mexicanos que estaban por migrar a Estados Unidos, en que mataron a casi 200 de ellos en San Fernando, Tamaulipas [la cifra era de 183 ese día, pero siguió subiendo]. Los propios policías municipales los estaban llevando en sus camionetas al matadero. ¡Eso no lo podemos permitir!”. Con el lenguaje coloquial que suele emplear aun en temas de la mayor seriedad, Calderón se quejó contra gobernadores que aún “no han pasado por la báscula” ni siquiera a los más altos mandos de sus equipos de seguridad.

Entre más de 80 detenidos por las masacres tamaulipecas descubiertas a través de los entierros clandestinos

había al menos 16 policías municipales. Fueron arraigados por la PGR y son apenas la punta de un iceberg. En consonancia con lo dicho por el presidente Calderón, constituyen evidencia irrefutable de que el crimen organizado solamente, opera, avanza, crece y toma territorios con la complicidad de agentes, jefes, comandantes y funcionarios. Pero en donde fallan las imputaciones presidenciales es en que no se trata solamente de las alcaldías y sus menguados cuerpos policiales, sino de los tres niveles de gobierno; no solamente agentes locales, sino también federales, soldados y marinos. Algunos de estos protectores oficiales del narcotráfico ya tienen nombre: *polizetas*. Han estado presentes y actuantes en muchos sitios del país: desde *halcones* (vigilantes que avisan de cualquier movimiento que afecte a la organización delictiva a la que sirven) hasta grupos de cobertura para facilitar la huida de criminales, escoltas y *muros* (es decir, individuos que cumplen una función de contención para garantizar una acción sin obstáculos, por si llegan curiosos o alguna autoridad); desde torturadores y ejecutores que hacen el trabajo sucio de los narcos hasta policías que secuestran y extorsionan, e incluso ayudan a excavar *narcofosas*. Aunque en ocasiones se los destituye, captura y envía a la cárcel, suelen reproducirse como hongos. Para ejemplificar, aquí mencionaremos exclusivamente a los *polizetas*, porque hay servidores públicos que podrían catalogarse de servidores privados para todos los cárteles conocidos. En un recuento apretado de denuncias públicas, de investigación y arrestos contra *polizetas* en lugares tan disímolos como Nuevo León, Tamaulipas, Quintana Roo, Hidalgo y Coahuila, entre otros, aparecen estos datos:

Ese cáncer llamado crimen organizado

•La Secretaría de la Defensa Nacional corroboró que al menos 21 corporaciones de policías municipales en Tamaulipas y Nuevo León filtran información y sirven a Los Zetas y (antes de que se bifurcaran en dos organizaciones no sólo diferentes sino enemigas a muerte) al Cártel del Golfo, según confesión de decenas de detenidos.

•Esta complicidad se ha confirmado en Nuevo León en sitios como Apodaca, General Escobedo, Guadalupe, Monterrey, San Nicolás de los Garza, San Pedro Garza García, Los Ramones, Santa Catarina, China y Ciudad Benito Juárez (sitio este último en donde aparecieron en 2010 al menos 51 cadáveres de individuos tatuados en narcofosas, lo que sugiere acciones de limpieza social por parte de paramilitares).

•En Tamaulipas los *polizetas* operan en Nuevo Laredo, Reynosa, Matamoros, Camargo, Ciudad Río Bravo, Valle Hermoso, Mier, Miguel Alemán y Guerrero, situación tan antigua como que en el sexenio de Vicente Fox todos los policías de Reynosa fueron capturados y consignados por su presunta colusión con los narcos.

•Balacera en Monterrey el 23 de abril de 2010, una docena de *polizetas* fueron detenidos; la mayoría aceptó que recibió pagos por apoyar acciones ilícitas. Afuera de la cantina “Flamingos” se dio una balacera en la que los policías no solamente participaron, sino que protegieron la zona para evitar cualquier investigación. Ellos se sumarían a otros 180 policías despedidos de la alcaldía.

•Policías con uniforme y placa de Seguridad Pública participaron en los narcobloqueos de marzo de 2010 en calles de Monterrey. “Sabemos que hay algunos malos elementos de las corporaciones tanto municipales como es-

tatales, que pueden estar auxiliando a los criminales en estas acciones, y no vacilaremos tampoco en ir en contra de ellos”, reconoció entonces el gobernador de Nuevo León, Rodrigo Medina de la Cruz.

• *Polizetas* fueron los asesinos de la familia del marino Melquisedec Angulo Córdova en diciembre de 2009, a los pocos días de que fuera muerto Arturo Beltrán Leyva en Cuernavaca. El crimen ocurrió en Paraíso, Tabasco, y los policías le hicieron el trabajo sucio a Los Zetas, en aquel entonces asociados a los Beltrán.

• En febrero pasado fueron detenidos cinco municipales de Huejutla y Pachuca, Hidalgo, que colaboraban con Los Zetas y les aportaban cartuchos y armas oficiales.

• En enero, en Aguascalientes, cuatro jefes y ocho subordinados de la policía municipal de Pabellón de Arteaga y Rincón de Rumos habrían participado en la ejecución del comandante José Luis Marmolejo a fines de 2010. Fueron arraigados por la PGR en el Distrito Federal.

• En Ojuelos, al norte de Jalisco, el comandante Epigmenio Álvarez, detenido con otra docena de jefes y subordinados, confesó ante cámaras de televisión que recibía 160 mil pesos mensuales por cuidar que no fueran detenidos Los Zetas. El procurador jalisciense Tomás Coronado dijo, en la ocasión, que este grupo de policías (la mitad de todos los municipales) participó en el asesinato de Carlos Alberto Raya, director Operativo de la Policía de Zapopan.

• Al ser rescatados en Apodaca, hombres secuestrados narraron que había hasta cien cautivos juntos en un solo jacalón. Les aplicaban el tormento llamado “la momia”, consistente en cubrirles toda la cabeza y el rostro con cinta adhesiva y taparles la boca hasta casi provocar la asfixia

Ese cáncer llamado crimen organizado

y muerte. Esto se descubrió en julio de 2010, y patrullas de la policía vigilaban la calle y el lugar para evitar que se descubrieran las actividades ilícitas.

•También hay MP-zetas. El colmo le ocurrió a una mujer que buscaba a su hijo desaparecido junto con más de 40 hombres que intentaban cruzar la frontera procedentes de Querétaro, Hidalgo y San Luis Potosí, y que habían sido *levantados* en marzo y abril de 2010. Cuando llegó a Ciudad Valles, el personal de la agencia del Ministerio Público le aconsejó hablar directamente con Los Zetas, que tenían un retén *volante* en la carretera que va a Tamaulipas. Allí encontró efectivamente a los sicarios, donde la autoridad le informó de manera puntual. Le exigieron 40 mil pesos tras interrogarla durante cuatro horas. La mujer negoció en tres ocasiones con los delincuentes, quienes siempre estaban en su falso retén, pero al final no cumplieron lo prometido, aunque le informaron que habían *levantado* a los migrantes por una deuda del *pollero* Esteban García Pérez.

En Durango ya iban más de 250 cadáveres descubiertos en entierros clandestinos en medio de zonas habitacionales como la colonia Guadalupe, en las cercanías de la Central Camionera, y el fraccionamiento Vicente Suárez, y solamente había sido identificada una persona, Efraín Gamboa Cazares, de 31 años, oriundo de Santiago Papasquiario, quien murió estrangulado. En este caso el gobierno federal no habla de potenciales migrantes, sino de víctimas de las *vendettas* entre los cárteles dominantes en la región, Los Zetas y el de Sinaloa.

En medio de la vorágine de versiones que no tienen asidero real en investigaciones, en nombres y apellidos de

las víctimas, en las circunstancias de cuándo y cómo fueron asesinadas cientos de personas, se coló una información relevante cuando fue detenido por policías federales un ex comandante de policía de Ciudad Juárez, a quien se le atribuyó estar al servicio del Cártel del Pacífico y ser el jefe de los comandos de ejecución. Se trata de Bernabé Monje Silva, apodado El M-14, quien durante los 10 años que sirvió a la policía en Juárez recibió entrenamiento en tácticas especiales, técnicas defensivas tipo SWAT y en grupos de élite. A sus 38 años, Monje había tomado ya nueve cursos de profesionalización en temas como trata de personas y derechos humanos, rappel avanzado, intervención y manejo de crisis y negociaciones, y rescate de rehenes. Toda esa sabiduría la habría puesto al servicio de la delincuencia. Al igual que Los Zetas originales, Monje es la prueba viva de lo que hace muchos años me revelaba el investigador Luis Astorga: si en Colombia los grupos de traficantes contrataban a veteranos de las guerras y a mercenarios para que adiestrasen a sus sicarios, en México el gobierno es el que los prepara, los envía a cursos al extranjero, los beca y les paga durante años su formación para que, a mitad del camino, la delincuencia organizada simple y sencillamente los compre. Engendros del propio Ejército mexicano, a Los Zetas se les atribuye la ejecución de todas las víctimas que han aparecido en las *narcofosas* de San Fernando, entre las cuales ya apareció un ciudadano estadounidense cuyo nombre no fue revelado, aunque su cuerpo sí fue reclamado por el consulado de Estados Unidos en Matamoros.

También había un guatemalteco, Feliciano Tagual Ovalle, de 44 años. Al calor de las aberrantes matanzas, el gobierno federal decidió aplicar la receta de “más de lo

Ese cáncer llamado crimen organizado

mismo” y desplegar un mayor número de soldados y de policías federales. El Ejército no se retiraría de la abandonada región de San Fernando “hasta someter y castigar a los delincuentes y toda su red de complicidad”, diría el secretario de Gobernación Blake Mora, y hasta que la policía local recupere “la capacidad para hacerse cargo” de la seguridad. Al estilo de las viejas fiscalías para los casos Colosio, Posadas, Ruiz Massieu y otros, un equipo especial de la PGR actuaría en “coadyuvancia” para averiguar los orígenes reales de las masacres y recomponer la evidente ingobernabilidad.

El hallazgo de más de 230 cadáveres en un solo municipio tamaulipeco, además de mostrar el horror que vive un México asolado por la violencia extrema, también exhibe la inacción, la desidia y el nulo trabajo de investigación de las autoridades estatales, municipales y federales: tenían datos precisos de que desde hacía por lo menos un año había ya *levantados* y desaparecidos al por mayor.

Ni siquiera ha cambiado el *modus operandi* de los perpetradores: al menos 46 migrantes procedentes de la Sierra Gorda de Querétaro no han aparecido vivos ni muertos desde marzo de 2010. Viajaban precisamente en dos autobuses. En agosto de 2010 fueron hallados 72 indocumentados centroamericanos y brasileños masacrados; no se encontraron gracias a una investigación profunda, sino por denuncias de sobrevivientes de la matanza. Entonces el procurador de justicia de Querétaro, Arsenio Durán Becerra, preguntó oficialmente de Tamaulipas si entre esas víctimas no estaban los queretanos que iban a cruzar para trabajar en el sur de Estados Unidos. Pidió lo mismo a las autoridades de San Luis Potosí y Nuevo León: tratar de ubicar el pa-

radero de los queretanos, que para entonces cumplían cinco meses de desaparecidos. Los datos eran precisos e incluso se enviaron 47 muestras genéticas de otros tantos familiares de esos misteriosamente esfumados.

Respecto del guatemalteco Tagual Ovalle, por el comunicado de la cancillería de su país supimos aquí que se armó una coordinación internacional para identificar cadáveres en suelo mexicano. Quizá por temor al escándalo fuera de nuestras fronteras, un funcionario sí apresuró a decir, respecto de los hallazgos macabros de Tamaulipas “no son migrantes centroamericanos”, como si eso fuera un consuelo.

La revista *Proceso* exhibió en su portada con la cabeza: “En la guerra antinarco... Los muertos sin nombre” (núm. 1811, 17 de julio de 2011). A estos los llamó “los doblemente asesinados”, miles de cadáveres en anfiteatros de 11 estados del país que fatalmente irían a parar a una fosa común o a una escuela de medicina como desconocidos porque no hubo nadie que los identificara. “Conservadoramente” hay cerca de 10 mil cadáveres en tumbas sin nombre, según seguimiento hemerográfico de la CNDH. En ese reportaje coordinado por Patricia Dávila se cita a Tomás Serrano, director del Programa de Presuntos Desaparecidos de la comisión, quien lamenta el hecho de que casi 300 cadáveres fueran extraídos con excavadoras de las fosas en que habían sido confinados en Durango: “Desde el momento en que una pala mecánica está perforando la tierra y exhumando los cadáveres mucho material significativo se altera”.

Las carencias técnicas, la falta de cupo de los forenses para tantos muertos (en casos extremos se tomó la precaución de rentar camiones y tráileres con frigorífico),

Ese cáncer llamado crimen organizado

la ausencia de protocolos para clasificar los cuerpos antes de enviarlos a una fosa común es lo que priva en todas las entidades visitadas. Alberto Rogelio Ortega, jefe de servicios periciales del Estado de México (en donde se han registrado unas 1500 inhumaciones en fosas comunes en la última década), refiere que hay pocas personas que acuden a tratar de identificar cadáveres por lo cual se donan con cierta facilidad a las universidades. “Si nos piden un cuerpo y lo tenemos, se los damos; cuando terminan [de usarlo en clases de anatomía], ellos mismos se encargan de inhumarlo con el visto bueno del Ministerio Público”.

(Reveles, José, *Levantones, narcofosas y falsos positivos*, Grijalbo, México, 2011, pág. 43-54.)

JUEGAN A SER SICARIOS

Daniela Rea

Brenda tiene 12 años y le gusta cantar corridos al mando de su camioneta Pontiac último modelo. Brenda baja la ventanilla, y sin frenar, saca su pequeña mano que sostiene una pistola .9 mm, y dispara al otro lado de la calle.

Brenda acaricia su .9 mm. Le ha dejado recuerdos en su cuerpo: un moretón en el labio superior, y varias heridas en los brazos, y es que a su corta edad, dice, las balas de goma le hieren, pero son indispensables para jugar.

Desde hace un mes y medio, aproximadamente, es cotidiano que los niños de esta región michoacana jueguen a «los sicarios» en la vía pública, y cierren calles con las camionetas prestadas por sus papás, para hacer batallas campales.

«Se nos hace divertido, nos sentimos muy acá», explica Brenda mientras maneja su camioneta rumbo a Hacienda de Palmiras, donde será el siguiente encuentro con los vecinos del Infonavit Limón.

La acompañan cinco amigos más, dos mujeres y tres hombres, y una vaca de peluche que descansa en el tablero del auto. Todos están vestidos con pantalón de mezclilla y playeras de tonos pastel: ellas, con sandalias de flores y maquillaje en el rostro; ellos, con tenis que les quedan grandes y lentes para el sol, aunque sean las 19:00 horas. Ninguno pasa de los 14 años de edad.

TIERRA CALIENTE

Durante 2006, en Michoacán ejecutaron a alrededor de 500 personas, la mitad del total nacional, según datos de la PGR. En la región conocida como Tierra Caliente, cinco militares fueron emboscados y ejecutados por presuntos narcotraficantes, en mayo de ese año.

En Apatzingán, elementos del Ejército y presuntos narcotraficantes sostuvieron el 7 de mayo de 2007 un enfrentamiento con armas de alto poder (AK-47 y granadas) en la colonia Ruiz Cortines, que dejó tres soldados heridos y cuatro sicarios muertos.

Esa fecha quedó grabada en la mente de los apatzingueños, a pesar de que la violencia se pasea a diario por el lugar.

«Ese día de los bazucazos, nos sorprendió a todos tanta fuerza, tantísimo coraje de las dos partes. Después de eso, la gente se puso bien violenta», cuenta la mamá de Brenda.

«En cuanto supimos de los bombazos, hablamos con los niños para decirles que no los dejaríamos salir del salón, porque no está bien que se acostumbren a la violencia, pero de nada sirvió», dice Beatriz Hernández, directora del Colegio Valladolid.

A partir de ese día, los niños comenzaron el juego de los pistoletazos.

SANGRE FRÍA

Comienza a oscurecer. La camioneta donde viajan Brenda y sus compañeros bloquea una esquina de la avenida principal de la colonia Hacienda de Palmira.

Antes de que la señora de la tienda cierre su negocio, los niños se bajan con armas AK-47 y R-15, de juguete, que compraron por 60 pesos en una boutique de ropa ubicada frente al palacio municipal, y a un costado de la catedral.

En el extremo contrario de la calle, otra camioneta los espera. Los niños cortan cartucho. El primer disparo al aire desata los demás. Las balas de plástico de colores rebotan contra sus cuerpos, los carros estacionados y las paredes de las casas.

Hace una semana, una de esas balas de juguete le dio a una vecina en el seno derecho. Recostada en su cama, enseña las radiografías y los antiinflamatorios que le recomendó el doctor. Afuera, las balas siguen rebotando.

José Adrián, de 10 años, ya no quiere jugar. Tiró su escopeta de plástico y se subió a la camioneta mientras sus amigos siguen el combate en la calle.

«Rodrigo me acaba de decir que siendo narco podría ganar 7000 pesos a la semana. Pero me dijo que para eso tenía que tener sangre azul, porque no me importarán las personas, y él me preguntó que si yo llegaría a matar, y me quedé pensando, y le dije sí, y me dijo: “Tú no sirves para eso, porque lo pensaste mucho”», relata.

PROBLEMAS DE FONDO

«Las pistolas son sólo un reflejo de algo mucho más de fondo. En la ciudad, la gente joven maneja la violencia tan cotidianamente, y con tanta ligereza, que los chicos no encuentran ninguna diferencia entre lo correcto y no», externa Beatriz Hernández, directora del Colegio Valladolid, donde estudia Brenda.

Ese cáncer llamado crimen organizado

Ella misma ha «decomisado» más de 50 armas a sus alumnos.

«Las pistolas tienen dos lados. El lúdico, que aún tienen los jóvenes de secundaria, pues todos alguna vez hemos jugado a eso, y el del daño, el de lastimarnos y agredirnos sin menor atención, el de no saber distinguir los límites del juego con la realidad violenta de esta ciudad, el de no saber diferenciar entre el bien y el mal», afirma.

No es la única autoridad que reconoce el problema.

La policía municipal de Apatzingán no sólo ha “decomisado” armas de juguete, sino que ha llamado la atención de niños por dispararle a la gente en la calle.

“Detuvimos a cuatro niños, no mayores de 14 años, que le tiraron con la pistola a un homosexual en la calle, y les quitamos las pistolas, pero de nada sirve, porque se compran más”, dice un policía que pidió omitir su nombre.

(Rea, Daniela. “Juegan a ser sicarios”, en: *Generación ¡Bang! Los nuevos cronistas del narco mexicano*. Juan Pablo Meneses (compilador), Temas de Hoy, México, 2012, págs. 177-185.)

Los *sheriffs* de la montaña

Thelma Gómez Durán

Éste es un juicio por narcotráfico. Pero no se trata de un juicio común, rutinario. Aquí no hay abogados con saco ni pantalón de vestir. No hay jueces que presuman grados académicos o que miren con desprecio un pesado expediente. Los cinco acusados tampoco cumplen con el estereotipo del narcotraficante mexicano. Son flacos, casi desnutridos. Todos tienen el cabello corto, muy corto. No presumen sombrero ni cadenas de oro. Cuatro van descalzos. Los cinco están esposados. Miran al suelo. Frente a ellos se colocaron los 33 paquetes de marihuana que transportaban. También, frente a ellos, hay una multitud mirándolos fijamente.

Es un sábado caluroso; 5 de noviembre de 2011. La cancha de basquetbol sin muros y techo de láminas es la sede de este juicio-asamblea regional que reúne a gente de 70 comunidades de la Costa Chica y la Montaña de Guerrero. Hombres y mujeres de todas las edades están aquí para decidir qué pasará con los cinco detenidos. También llegaron para algo más: hablar de cómo blindarán a sus pueblos del narcotráfico y la cascada de males que trae consigo.

Hace más de tres lustros, en este mismo pueblo, Santa Cruz del Rincón, habitantes de la Costa Chica y la Montaña de Guerrero se reunieron por primera vez en una

Ese cáncer llamado crimen organizado

asamblea. En ese entonces no era el narcotráfico lo que les preocupaba. Sus pesadillas las ocasionaban los hombres que ponían retenes para asaltar y violar a las mujeres. Para enfrentar a quienes les robaban la calma debieron tener su propia policía y cuidarse entre comunidades.

El 15 de octubre de 1995 nació la Policía Comunitaria. Su parto se preparó con dos asambleas regionales previas. Su acta de nacimiento es una hoja que incluye los nombres de los pueblos fundadores de este experimento que era visto por muchos con escepticismo. Hoy ya no es un experimento. Más de 700 policías comunitarios —que no reciben sueldo— cuidan una región que abarca 73 comunidades de 12 municipios de Guerrero, ahí viven cerca de 300 000 personas.

Vicente Aguilar Díaz, de Horcasitas, municipio de San Luis Acatlán, fue uno de los primeros en ser policía comunitario: «Al gobierno ya no le teníamos confianza, porque mandaba al Ejército, ponía su destacamento dos, tres días, se levantaban y se iban. Y nosotros volvíamos a quedar igual. Llamamos a los de la [Policía] Judicial, decían que iban a conseguir un vale de gasolina. Se daban la vuelta y jamás volvían a aparecer. Y uno desesperado por los asaltos».

Para tener a los policías comunitarios, los pueblos recurrieron a los usos y costumbres. En estas tierras de indígenas mixtecos y tlapanecos todos los hombres que son comuneros tienen obligaciones con su pueblo. Desde 1995 se sumó una más: ser policía comunitario.

Cada pueblo elige a 12 hombres para que durante un año o tres —eso depende de cada comunidad— dediquen parte de su tiempo a ser policías. Así que además de cosechar y trabajar en sus labores de siempre, tienen

que realizar rondines por los caminos, responder si alguien solicita su presencia, y si una comunidad vecina tiene un problema deben acudir.

En la asamblea de 1995 también se acordó que cada pueblo compraría las armas que se darían a los nuevos policías. «Hubo personas que compraron su arma, su rifle. El que tenía más posibilidad se compró su escopetita de un tiro. Yo alcancé a comprarme un 22 de varilla. Con eso ya le entramos», recuerda Vicente. Y con esos viejos fusiles siguen. Sólo algunos, muy pocos, cargan armas que sí intimidan.

En la cancha de basquetbol sin muros y con techos de lámina, la multitud escucha cómo fue la detención de los cinco acusados de narcotráfico. El 13 de octubre de 2011, los policías comunitarios encontraron a cuatro hombres que viajaban en una camioneta y se miraban sospechosos. Al revisar el vehículo hallaron 33 paquetes de mariguana. Un día después detuvieron a uno más que les preguntó: «¿Quién es el comandante a cargo? ¿Dónde tienen a los detenidos?» Él vive en el Estado de México, según su credencial de elector.

Cuatro de los cinco acusados son indígenas mixtecos. Nacieron en Cochoapa El Grande y Metlatonoc, los dos municipios que sobresalen por tener los niveles de pobreza y marginación más altos de México y por ser expulsores de migrantes. Uno de ellos confiesa a los reporteros que «los patrones» que los contrataron les iban a pagar 800 pesos por llevar la carga a Tlapa.

Durante los primeros años, los campesinos enfundados como policías de sus pueblos detenían a quienes cometían

Ese cáncer llamado crimen organizado

un delito y los llevaban al ministerio público. Ahí miraban cómo liberaban al detenido por falta de pruebas o porque había dinero de por medio. Lo peor cuentan, es que los delincuentes regresaban con ganas de vengarse.

Hartos de comprobar que la ley sólo existía para quienes podían pagarla, crearon su propio sistema de justicia en 1998. En él no existen ministerios públicos, fianzas, abogados ni jueces. Quienes juzgan son las autoridades comunitarias. Tampoco existen conceptos como «purgar una condena», aquí se habla de «reeducación».

Quien comete un delito es «reeducado»: por las noches duerme en una celda y por el día trabaja para la comunidad, fabricando tabiques de adobe o haciendo zanjas para el drenaje. Y los domingos por la tarde, escucha los consejos de los más ancianos de la comunidad. El tiempo de la «reeducación» depende de la gravedad del delito.

«Aquí los delincuentes dejaron de ser un negocio. En otros lados, donde no hay Comunitaria, los delincuentes son un negocio para los jueces, los abogados. Y claro, todo se resuelve con dinero; el que tiene dinero paga y se va. En el sistema de justicia comunitario el que la debe, la paga», dice Cirino Plácido, fundador de la Policía Comunitaria y comisario de Buenavista.

En los pueblos donde funciona el sistema de seguridad y justicia comunitaria hay dos tipos de delitos: sencillos y graves. Cirino da un ejemplo de un delito sencillo: «Si alguien se gastó el dinero en una borrachera, llega a la casa y no quiere comer tortilla, exige mole, pollo. Se pelea con la mujer. Ése es un delito sencillo».

Las amenazas, las lesiones graves, el asalto, el secuestro, el asesinato, la violación y sembrar, consumir,

vender y transportar droga son «delitos graves» y son tratados por la Coordinadora Regional de Autoridades Comunitarias (CRAC), organización cuyos integrantes son designados por la comunidad.

En el sistema comunitario de justicia los detenidos pueden ser defendidos por sus familiares. Por eso, en la asamblea regional se da la palabra a dos mujeres. Una es la madre de dos acusados.

La otra llegó para defender a su esposo y a su hijo:

—Ellos estaban cargando leña y les pidieron que les ayudaran a subir unos paquetes a una camioneta. No sabían qué traían los paquetes... —la mujer habla en mixteco y aunque la mayoría entiende, un hombre traduce al español.

—Quiero llegar a un acuerdo con ustedes. Si mis hijos cometieron esos errores, ustedes me pueden ayudar —dice en español la otra mujer. Minutos después, me cuenta que ella y sus hijos son migrantes. Que tenían unos días de haber regresado de los campos de Culiacán, que volvieron a su pueblo para pagar una deuda y pensaban irse para seguir su travesía en Colima, donde trabajarían en la pizca de pepino. También dice que un abogado de Acapulco la buscó y la llevó a presentar una demanda de amparo. Que después ya no supo nada más de él. «Si ellos lo hicieron, entonces prefiero que se queden aquí, que los juzguen con esta ley y que no se los lleven para Acapulco, porque yo no tengo dinero para irlos a ver allá ni para pagar un abogado».

Después de escuchar a las madres, se pregunta a la multitud si alguien quiere hablar. Más de 10 levantan la mano, uno de ellos es el sacerdote Mario Campos.

—Esta es una forma de hacer justicia. Es una justicia pública... Si cayeron en un delito somos corresponsa-

Ese cáncer llamado crimen organizado

bles. ¿Qué oportunidad les ha ofrecido la sociedad? Yo los veo y no veo que sean gente pudiente.

Entre los que escuchan está Ramón Almonte Borja, secretario de Seguridad Pública de Guerrero. Él pide que se entregue a los detenidos a las autoridades federales o estatales. Les recuerda que la policía comunitaria no tiene armamento para combatir a narcotraficantes, que no es lo mismo detener a un asaltante que a un miembro de la delincuencia organizada. Pero aclara: «Respetaré la decisión que tome la asamblea». Y reconoce: «En la región donde funciona la Policía Comunitaria están los índices delictivos más bajos del estado».

Cuando nació la Policía Comunitaria, y durante buena parte de su historia, muchos levantaron la ceja con preocupación. No veían con buenos ojos que los indígenas se armaran y buscaran la justicia a su manera. La desconfianza era mayor porque una de las tres bases de la Policía Comunitaria está en San Luis Acatlán, donde nació Genaro Vázquez, líder guerrillero de los años setenta.

«Se nos ha acusado de todo» —relata Pablo Guzmán, miembro de la CRAC. «Se nos ha dicho que somos narcos, guerrilleros. Nosotros hemos demostrado que nuestro proyecto es justo. Las comunidades lo único que quieren es seguridad, trabajo, paz. Eso es lo que quieren, no hay un ánimo de sublevarse».

La policía comunitaria vivió una de sus épocas más difíciles de 1999 a 2003. En esos años llegaron a tener hasta 40 órdenes de aprehensión en contra de policías, comandantes y miembros de la CRAC. Fueron acusados de «privación ilegal de la libertad» y «abuso de poder». Las

denuncias las presentaron los mismos detenidos o sus familiares.

También han muerto varios policías comunitarios. Nadie tiene la cifra exacta, pero Vicente Aguilar dice que tan sólo en Cuanacaxtitlán han matado a cinco o seis. En Yoloxóchitl a otros dos. Las muertes se dan, sobre todo, cuando terminan su encargo como policías.

«En esto luego uno se gana sólo enemigos. A mí me pasó», dice un comandante de Tuxtepec que pide no publicar su nombre porque «la cosa está fuerte». Sujeta su viejo rifle, se acomoda la gorra verde olivo y cuenta: «Un muchacho de mi comunidad quiso violar a una muchacha. Nosotros lo fuimos a detener, lo metimos a reeducación. Pero esa persona anda enojada conmigo, no me quiere; me dice: “Usted se siente muy cabrón cuando anda cargando arma. Pero va a salir de su servicio. Ya nos veremos”. “Pues ya nos veremos”, le digo».

Todavía hay tres causas penales en contra de miembros de la Policía Comunitaria, cuenta Valentín Hernández, asesor legal de la CRAC. Él hace su balance: este sistema de justicia comunitario poco a poco se ha ganado el reconocimiento de la sociedad y del gobierno estatal. Y es cierto.

En abril de 2011, la Policía Comunitaria logró el aval del gobierno estatal al ser incluida en la Ley de Reconocimiento, Derechos y Cultura de los Pueblos y Comunidades Indígenas del Estado de Guerrero. Incluso, también se menciona en la Ley Estatal de Seguridad y «se supone que tiene un lugar en el Consejo Estatal de Seguridad, pero sólo en el papel, porque no nos han invitado a participar», dice Valentín.

Eso no les quita el sueño. Sus insomnios son por

Ese cáncer llamado crimen organizado

pensar cómo evitar que los delitos relacionados con el narcotráfico echen raíz en el «territorio comunitario».

En toda la historia de la Policía Comunitaria nunca se había dado un juicio-asamblea regional por transportar un cargamento tan grande de marihuana. Los 33 paquetes —cada uno del tamaño de una maleta de viaje— pesan juntos poco más de media tonelada, calculan los propios coordinadores de la CRAC. Y eso tiene alarmados a los habitantes de estas tierras donde se siembra maíz, café y cacao.

El maestro Armando Zavala no se guarda su preocupación y pide la palabra en el juicio-asamblea:

—Tenemos que organizarnos, educar a nuestros hijos. Poner orden. Evitar que las drogas circulen en nuestras comunidades, que no se siembre, que no se venda, que no se consuma.

—Los detenidos no son narcotraficantes. Son bu rros. Los que ganan con esto son otros. Nuestras comunidades sólo pierden. Para que podamos acabar con esto, tenemos que empezar de abajo para arriba. Este es un asunto que podemos detener como pueblo —dice Bruno Plácido, fundador de la Policía Comunitaria.

—Nosotros no queremos hacerle la guerra al narco, pero no vamos a justificar y ser cómplices de acciones que afecten la seguridad de nuestras comunidades —remata Pablo Guzmán, de la CRAC.

Cuatro hombres de la comunidad de Cuanacaxtitlán escuchan muy serios. Ellos están orgullosos de su policía comunitaria. Dicen que gracias a ella se paró a la delincuencia. Pero ahora «empezamos con otros problemas. Nosotros decimos que el mal cambia de forma.

Antes eran robos en el camino. Ahora son extorsiones y secuestros. Un grupo llegó un día a pedir “cooperación” a los maestros y amenazaron con regresar. A quienes tienen hijos en Estados Unidos también los amenazaron, les pidieron dinero».

Desde que comenzó el operativo Guerrero Seguro en ciudades como Acapulco, Tlapa y Chilpancingo, empezaron las extorsiones en la Costa Chica y la Montaña.

La región de la montaña ha sido siempre zona de paso de drogas, «pero no entraba gente a extorsionar o poner cuotas», dice Valentín. El asesor de la Policía Comunitaria explica que en el reglamento está escrito que en ninguna comunidad se puede permitir que haya sembradíos. «Pero eso no es suficiente, tenemos que darle alternativas a la gente, porque podemos convertirnos sólo en una instancia represiva si no generamos alternativas y eso no queremos».

Para hacerle frente a las nuevas formas de la delincuencia, las comunidades aumentaron al doble el número de policías comunitarios. Los habitantes de Cuanacaxtitlán y Capulín Chocolate decidieron atrincherarse, cerrar la entrada de los pueblos a partir de las nueve de la noche. Sólo entran los que ahí viven.

Los policías comunitarios incrementaron el número de rondines y colocaron guardias nocturnas en los cruces que llevan hacia Buenavista y Tuxpan. «Posiblemente se tomen otras medidas, como levantar un padrón de vehículos de las comunidades», dice Pablo Guzmán, de la CRAC.

Sentado en una hamaca que cuelga entre una cama y un refrigerador, Cirino Plácido recuerda que antes de que existiera la Policía Comunitaria, en Cuanacaxtitlán sembraron

Ese cáncer llamado crimen organizado

mariguana. «Un grupo fue a trabajar fuera y regresó con semilla, sembraron y se dividieron. Se enfrentaron entre sí. El comisario de ese tiempo acudió a todos lados para que lo ayudaran a poner orden. Nunca tuvo respuesta. La comunidad permitió que ese mal creciera y cuando quisieron poner orden, no podían».

Cirino —mixteco de 54 años— pone de ejemplo esta historia para justificar lo que comenzó a realizarse en pueblos que ahora tienen policía comunitaria: «Aquí, en Buenavista, se detuvieron a nueve muchachos, chamacos consumidores de droga. Ellos ya están en reeducación y se está investigando. Queremos saber quién produce, quién consume, quién vende. Tuvimos una asamblea con 700 gentes. Uno de los puntos que se trató es que cada familia tiene que platicar con sus hijos, dialogar para evitar que caigan en esos vicios, que el mal se enraíce. Eso no podemos permitir que crezca aquí».

Los «chamacos» que ahora están en reeducación tienen entre 14 y 18 años.

«Creemos que es importante luchar por un proyecto de vida y no por un proyecto de muerte. Queremos arrancar el fenómeno ahora que está chiquito».

La Policía Comunitaria ha provocado que investigadores italianos, japoneses y mexicanos visiten la Montaña de Guerrero para tratar de entender cómo es que comunidades indígenas —en donde sólo unos cuantos niños terminan la primaria y en donde no es extraño que las mujeres mueran dando a luz— se organizaron para poner un alto a la delincuencia.

En una ponencia presentada en Perú (donde funcionan las Rondas Campesinas, algo parecido a la comuni-

taria de Guerrero), la investigadora mexicana María Teresa Sierra resaltó que «en el contexto de la crisis del aparato de justicia y de la seguridad nacional que se vive en México, la policía comunitaria es una muestra de la posibilidad de encontrar salidas a la delincuencia, enfrentar la inseguridad y construir apuestas por la paz».

María Eugenia Suárez de Garay, del Instituto para la Seguridad y la Democracia (Insyde), dice: «Aunque algunos investigadores consideran que es anticonstitucional, lo cierto es que ha mostrado que funciona. Estos policías encarnan algo que tenemos perdido: el sentido de comunidad. Y eso no se lo podemos negar».

Los miembros de la CRAC son autocríticos: «No somos perfectos. Somos humanos y como todos cometemos errores, pero tratamos de aprender de ellos», dice Pablo Guzmán. Por ejemplo, han aprendido a investigar para corroborar que alguien cometió un delito; decidieron que los casos como violación y violencia intrafamiliar sean atendidos por mujeres. Además, cuando alguien presenta una demanda tiene que llevar dos testigos.

Valentín acepta que entre sus debilidades está la falta de recursos y el que, en muchos casos, no hay la rapidez que se quisiera porque las decisiones se tienen que tomar en comunidad, «y eso lleva su tiempo». En el último año, la Casa de Justicia de San Luis Acatlán (son tres las casas de justicia) atendió 130 asuntos. La mayoría eran acusaciones por deudas.

Quienes más se quejan de la falta de recursos son los propios policías comunitarios:

—Luego no tenemos dinero ni pa' la gasolina, la llanta— señala uno de los cuatro comandantes que están a cargo de coordinar a los policías de 27 comunidades.

Ese cáncer llamado crimen organizado

—Nosotros compramos el parque —dice otro que muestra cuatro balas en una bolsa de plástico.

Los cinco hombres juzgados este sábado 5 de noviembre escuchan la decisión de la asamblea: se quemará la marihuana frente a las autoridades y los detenidos no se entregarán al Ejército ni a la policía estatal, tampoco a la Procuraduría General de la República. Serán reeducados en territorio comunitario. ¿Cuánto tiempo? Aún no se sabe, porque «hay que seguir investigando, porque en sus declaraciones hay contradicciones y tienen diferente grado de participación», explica Pablo Guzmán.

Durante 15 días trabajarán en un pueblo, después serán llevados a otro, donde también laborarán durante dos semanas. Y así recorrerán varias comunidades de la región hasta cumplir el tiempo que se les imponga. Será entonces cuando se les liberará en una asamblea en su comunidad y se informará que ya pagaron por su error.

Con este juicio por narcotráfico, un juicio que no es común, la Policía Comunitaria comenzó una nueva etapa. Cirino Plácido, el indígena mixteco que está sentado en la hamaca, tiene confianza en el futuro: «Nosotros le apostamos a poder cumplir otros 16 años así como vamos».

(Gómez Durán, Thelma. “Los *sheriffs* de la montaña”, en: *Generación ¡Bang! Los nuevos cronistas del narco mexicano*. Juan Pablo Meneses (compilador), Temas de Hoy, México, 2012, págs. 83-97.)

CONSIGNA NARCA EN EL TRIÁNGULO DORADO: VOTAR POR EL PRI

Patricia Dávila

“Voten por el PRI”, fue la consigna de los grupos de la delincuencia organizada en el Triángulo Dorado, área en que confluyen los estados de Chihuahua, Durango y Sinaloa, donde se produce alrededor de 80% de la mariguana y amapola del país.

En esa peligrosa zona se movilizaron a favor en el mismo sentido el Cártel de Sinaloa, el de Juárez, la organización de los Beltrán Leyva y Los Zetas. Y el PRI ganó.

Para conseguirlo, los narcos inhibieron la libertad de votantes y partidos: en Chihuahua llegaron al extremo de encerrar en bodegas a cientos de indígenas rarámuris y advirtieron que prenderían fuego a las casas de quienes no votaran por los candidatos del PRI. En Durango amenazaron de muerte a representantes de otros partidos. En Sinaloa, hombres encapuchados y armados instalaron retenes en las carreteras. Decían: “Sólo los del PRI y los del IFE pasan, nadie más”.

Mario Vázquez Robles, presidente del Comité Directivo Estatal del PAN en Chihuahua, señala: “Pareciera que una alianza de facto entre los cárteles y el PRI se puso en marcha para llevarlo a la victoria”. Coinciden los sinaloenses Felipe Manzanares y Mercedes Murillo, el presidente

Ese cáncer llamado crimen organizado

del partido Movimiento Ciudadano en la entidad y ella candidata del mismo al Senado.

—¿Qué factores incidieron para la derrota del partido en el Estado? —se le pregunta a Vázquez Robles.

—Factores internos como la selección de candidatos, que originó una problemática que no sanó, y factores externos relacionados con una intromisión del gobernador César Duarte, quien hizo una campaña frenética a favor de Enrique Peña Nieto. No reparó: hubo carro completo. Repartió programas, alimentos, tinacos y compró votos a un costo de 500 a mil 500 pesos cada uno. Pagó a granel. Fue increíble, no sé de dónde salió tanto dinero.

Intervinieron grupos de narcotraficantes a favor del PRI —describe el dirigente estatal panista. Parecía que había una alianza de facto entre ellos: nuestros representantes generales, los de casilla e incluso nuestra militancia, estaban amenazados. Les dijeron: “Si gana el PAN o si votan por el PAN, arderán casas y su familia sufrirá”.

“Aunque me preocupa mucho, esta parte no la denunciamos porque la gente tiene miedo. Son municipios como Batopilas, Balleza, Nonoava, Gómez Farías, Ocampo, Guadalupe y Calvo, Guerrero... entre otros, donde parece que el Estado ha doblado las manos y está dispuesto a no gobernar, porque quienes mandan son los que tienen el poder económico a partir de actividades ilícitas y de lo que ha dejado la lucha por el control territorial.”

Vázquez Robles relata que los grupos armados amenazaron a los panistas mediante llamadas telefónicas, mientras que los representantes generales de casilla fueron perseguidos en autos hasta que los obligaron a regresar a sus viviendas, y ahí los vigilaban para evitar que salieran. Hasta les prohibieron realizar llamadas telefónicas.

Un día antes de la elección, en Delicias un grupo de hombres baleó el negocio de un operador del PAN y arrojó bombas molotov en su casa. Este ataque sí se denunció ante el Ministerio Público local.

En Balleza, lugar de nacimiento del gobernador priísta César Duarte y colindante con los municipios duranguenses Ocampo y Guanaceví, dos días antes de la elección los sicarios también impusieron su ley:

“En camionetas recorrieron la sierra —narra Vázquez Robles— y bajaron a cientos de indígenas rarámuris, que fueron concentrados en las localidades de San Carlos, Pichique y Arroyo del Rebol, lugares en los que el IFE instaló casillas electorales. Los encerraron en bodegas vigiladas por hombres armados. Ellos, a bordo de cuatrimotos, patrullaron los pueblos haciéndose notar para amedrentar a la población. El domingo 1 los rarámuris, completamente alcoholizados, fueron enviados a votar por el PRI. Después, como pudieron, regresaron a sus localidades dispersas en la Sierra Tarahumara.”

Guadalupe y Calvo fue otro municipio estratégico para el PRI. Igual que Balleza, está bajo el dominio del Cártel de Sinaloa. Colinda al suroeste con Badiraguato, tierra de Joaquín Guzmán Loera, *El Chapo*, y al oeste con Sinaloa de Leyva, ambos municipios sinaloenses; mientras que al sureste limita con Tepehuanes, al sur con Tamazula y al este con Guanaceví, los tres duranguenses.

El dirigente panista explica que “Guadalupe y Calvo es reconocido por el alto grado de incidencia que tienen los narcotraficantes. Aquí también hubo compra de votos y amenazaron con incendiar el pueblo. El IFE nos comunicó que no había condiciones de seguridad y que fue imposible ubicar algunos centros de votación”.

“PROMOTORES” DEL PRI

Lo mismo sucedía en la región media de la entidad: el día de las elecciones un abogado del PAN fue enviado al municipio de Guerrero para proporcionar asesoría jurídica e interponer denuncias porque había gente pagando votos con dinero en efectivo. A la entrada del pueblo un grupo de *halcones* lo interceptó y lo amenazaron para que no hiciera nada. El litigante se refugió en la cárcel hasta que consideró seguro trasladarse a la sede municipal de su partido, pero los sicarios lograron su objetivo: ya no operó.

—En el norte del estado, en Guadalupe Distrito Bravos y en Praexedis, zonas que el Cártel de Sinaloa le disputó al de Juárez, ¿en qué condiciones se dio la votación?

—En todo el estado ganó el PRI. Sólo rescatamos el Distrito 03 de Ciudad Juárez y estamos prácticamente empatados en el Distrito 06 de Chihuahua capital; todos los demás fueron arrasados por el PRI.

—Llama la atención que la delincuencia organizada haya operado a favor del PRI.

—No sé si fue un acuerdo, o bien esos grupos se sienten más cómodos con el PRI y decidieron tomar partido. Esto lo observamos ligeramente en la elección estatal de 2010 y ahora lo vivimos de forma alarmante.

Los perredistas no corrieron con mejor suerte: sus representantes de casilla en Guadalupe y Calvo, Morelos, Urique, Moris, Batopilas, Uruachi, Madera y Ocampo, que colindan con Sonora, Durango y Sinaloa, tuvieron miedo de asistir a las casillas por la inseguridad generada por los cárteles, como admitió Bertha Luján Uranga, coordinadora estatal del Movimiento Regeneración Nacional (Morena).

En el estado de Durango, tras las elecciones de 2010, el entonces candidato a gobernador por la Coalición Durango Nos Une (PAN y PRD), José Rosas Aispuro Torres, acusó al exgobernador priista Ismael Hernández Deras de pactar con los narcos para que se movilizaran a favor de su partido (Proceso 1761).

Esta vez el PAN dejó de cubrir 15 secciones electorales en Guanaceví, Tamazula, San Bernardo, El Salto y Coneto de Comonfort. Los primeros cuatro colindan con Balleza, Morelos y Guadalupe y Calvo, de Chihuahua; y con Badiraguato, Sinaloa. Integran una región boscosa en la que desde hace generaciones se cultivan marihuana y amapola.

De Tamazula era Nacho Coronel, a quien llegó a considerársele el tercero en el mando del Cártel de Sinaloa y era tío de Emma Coronel Aispuro, esposa de *El Chapo* Guzmán. A su muerte, en Zapopan, Jalisco, el 29 de julio de 2010, se le conocía como el *Rey del Ice*. La PGR clasifica esta zona como altamente productora de drogas sintéticas. En Santiago Papasquiaro, otro municipio productor de enervantes, ninguna comunidad vivió un “clima propicio” para el proceso electoral, como alertó días antes a la prensa el presidente estatal del PAN, Víctor Castañeda.

Se corría el riesgo de morir si se cubrían las casillas de secciones como El Durazno, en Tamazula; San Jerónimo, Llano Grande de Milpillas, San Francisco de Lajas, Corralitos y La Peña en Pueblo Nuevo; San Francisco de los Canos, en Guanaceví; Matalotes, División del Norte, Charco Azul, Amador, San José del Tule y Ricardo Flores Magón en San Bernardo; y Zaragoza y Sapioriz, de Coneto de Comonfort.

De acuerdo con panistas consultados, en Pueblo Nuevo a uno de ellos los sicarios le apuntaron con un arma

Ese cáncer llamado crimen organizado

en la cabeza y le dijeron: “La próxima vez que te veamos aquí te va a llevar la chingada”. Desde el primer simulacro realizado por el IFE no fue posible instalar algunas casillas en la zona.

En la población de San Jerónimo, de este municipio, la votación para el PRI en la sección 1029 fue arrolladora: 253, contra 26 del PAN. En Corralitos, sección 1043, el PRI obtuvo 50 y el PAN 12. En la página web del IFE, las secciones 1061 de San Francisco de Lajas y 1042 de Milpillas aparecen con la celda de resultados en blanco. Lo mismo sucedió con las casillas de Guanaceví y la de Tamazula.

En el resto de las secciones electorales, grupos armados que recorrían constantemente las comunidades intimidaron por igual a militantes y electores. En Guanaceví los panistas de plano rechazaron ser representantes de casilla por temor. Desde las elecciones de 2010 se reportó que los grupos de la delincuencia organizada trabajaron a favor del PRI en esta zona.

EL VOTO DE LOS DESPLAZADOS

En Durango operan Los Zetas en alianza con los Beltrán Leyva y el cártel de Juárez. Le pelean al cártel de Sinaloa municipios como Tepehuanes, Santiago Papasquiaro, Gómez Palacio, Lerdo, Súchil, Mezquital, Pánuco de Coronado y Canatlán, y a pesar de esta disputa fueron ganados por el PRI.

El Triángulo Dorado es famoso por ser el territorio donde más se producen enervantes en el país y porque en su lado sinaloense nacieron precursores de las gran-

des organizaciones criminales, como Rafael Caro Quintero, Ernesto Fonseca, Rafael Palma y Amado Carrillo Fuentes. Además, es la tierra de los líderes posteriores: Joaquín Guzmán Loera, Ismael Zambada y Juan José Esparragoza, de Sinaloa; Vicente Carrillo Fuentes, de Juárez, la familia Arellano Félix, de Tijuana; Osiel Cárdenas, del Golfo y los hermanos Arturo, Héctor y Alfredo Beltrán Leyva.

En Sinaloa, Mercedes Murillo, candidata al senado por la coalición Movimiento Progresista (PRD, PT y Movimiento Ciudadano), le dirigió al presidente del IFE, Leonardo Valdés Zurita, un escrito fechado el 19 de junio pasado: “Hay un problema grave debido a la violencia causada por organizaciones delictivas en comunidades ubicadas en la serranía de los municipios de Choix, Badiraguato y Sinaloa de Leyva. Los cárteles impiden a los representantes de casilla y representantes generales del Movimiento Progresista ingresar a estas poblaciones. Sujetos armados indican que ‘sólo gente del PRI y del IFE entran’.”

Murillo especificó esas localidades: en el municipio de Choix, fueron Tararán, Los Cedros, San Pantaleón, El Sauz de San Isidro, San José de los Llanos, Frijol, Yecorato, Bacayopa, Casa Viejas, El Pichol y La Sidra; de Sinaloa de Leyva son Chacupana, Potrero de Félix, Baromena, Los Quintero, Carrisalejo, Haciendita de Ceballos, San José de las Delicias y La Higuera.

La candidata señaló asimismo 16 secciones electorales ubicadas en comunidades deshabitadas, ya que los habitantes fueron desplazados por organizaciones delictivas. La gente de ahí ya tiene tres meses de no entrar en sus hogares.

Son lugares ubicados en el municipio de Choix (Metatitos y La Chirimoya), Badiraguato (Cortijos de Guante-

Ese cáncer llamado crimen organizado

nipa y Cortijos de los Olivas) y Sinaloa de Leyva (Potrero de Bernal, Ciénega de Parra, Las Tunas, Mesa de Zapotillo, El Pinito, Los Pilares, Los Laureles, La Manzana, Vinaterías y Alamillos).

El IFE tuvo que reubicar siete secciones electorales de Sinaloa de Leyva (Ocoragui, San José de los Hornos, Joya de los Martínez, Sierrita de Germán, Plan de Ocote, Zapote de los Torres y Melón de Zapote) a las localidades de Los Quintero y Potrero de Félix, justo adonde los grupos armados impedían el ingreso a gente que no fuera del PRI o del IFE.

Además, dos secciones electorales de Choix fueron cambiadas a la localidad de Yecorato, también despoblada por la amenaza de las bandas delictivas.

Hasta hace tres meses esta región era controlada por el Cártel de Sinaloa en aparente calma, pero entonces llegó gente de los Beltrán Leyva a disputarle el dominio.

La candidata Mercedes Murillo le solicitó al IFE que no se instalaran casillas en esas localidades porque eran vulnerables a “actos ilícitos de carácter electoral”, pero sobre todo porque corría peligro la vida e integridad de representantes de los partidos y los funcionarios de casilla.

Al rastrear en el sitio web del IFE algunas casillas reportadas por Mercedes Murillo, como la sección 1791, instalada en Casa Viejas, municipio de Choix, los resultados fueron: 85 votos para el PRI, 25 para el PAN y siete para el PRD.

En las comunidades deshabitadas de Badiraguato, la casilla 259 de Cortijos de Guatenipa, sección 618, reportó 46 votos para el PRI y ninguno para el resto de los partidos. La 64, de la sección 602 de Cortijo de los Olivos, aparece sin información.

La casilla 448, de la sección 3433, instalada en Las Tunas, municipio de Sinaloa de Leyva, tuvo 88 votos para el PAN y 78 para el PRI.

El diputado Felipe Manzanares, presidente del Movimiento Ciudadano en Sinaloa, señala que los habitantes salieron de sus viviendas y abandonaron todas sus pertenencias y documentos personales, como actas de nacimiento y credenciales de elector. “Aun así —afirma— las casillas se instalaron y se reportaron votos sin que hubiera habitantes... No sabemos cómo sucedió.”

“Días antes de la elección le pedimos al IFE que tomara cartas en el asunto. Ahora, coincidentemente, resulta que el Distrito 01, donde se encuentran todas las localidades que denunciarnos, lo gana el PRI. Aquí la tendencia de los resultados electorales coincidió con la amenaza de los grupos de la delincuencia organizada.”

LA GENERACIÓN BANG

Se conoce así, como Generación Bang, a periodistas jóvenes que crecieron en el oficio en plena escalada de la violencia que se relaciona con el crimen organizado. Mario Meneses entrevista aquí a una de ellas, cuyo trabajo se incluye en esta antología: Thelma Gómez Durán.

Como pocas veces ocurre, esta es una generación de autores que les ha tocado vivir un momento muy especial del país. Y ellos, más que hacer periodismo diario persiguiendo las cifras y declaraciones oficiales, han decidido contar historias. Hay quienes creen que se trata de un periodismo liviano, más seguro y sin el impacto de un buen golpe periodístico. Soy de los que cree que una buena cró-

nica narrativa no sólo puede salvar el periodismo escrito en la era digital. También va dejando un testimonio duradero, no descartable, que resiste mucho mejor el paso del tiempo que el periodismo diario durante, por ejemplo, el gobierno de Calderón.

Thelma Gómez Durán nació en la Ciudad de México. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UNAM. Comenzó su labor periodística en el área cultural, en *Notimex*. Ha sido reportera en *Milenio Diario*, *Día Siete*, *El Independiente*, *Excélsior* y *El Centro*. Ha colaborado en *La Jornada*, *El Semanario*, *La Revista*, *Travesías*, *Etcétera*, *Quo*, *Life&Style* y *Playboy México*.

Es coautora del libro *Migraciones vemos... Infancias no sabemos*.

En 2008 obtuvo dos menciones honoríficas en el Premio de Reportaje sobre Biodiversidad. Con un texto sobre el hondureño Julián Sánchez Benítez, participó en el proyecto colectivo *72 Migrantes*, impulsado por la periodista Alma Guillermprieto y dedicado a los migrantes asesinados en Tamaulipas, en 2010. En el siguiente año obtuvo el segundo lugar del Premio Alemán de Periodismo Walter Reuter, con un reportaje sobre Cherán, comunidad indígena que se atrincheró para defenderse de talamontes y narcotraficantes.

Es reportera del periódico *El Universal* desde diciembre de 2008.

—¿Qué están contando ustedes los cronistas, de la guerra del narco, que no esté contando el periodismo convencional?

—Yo lo observo así: el periodismo que se formó durante los 70 años del PRI en el poder, acostumbrado a sólo

reportar la información proporcionada por los grupos con poder político o económico, se limitó a sólo dar las «versiones oficiales», a sólo reportar cifras sin buscar más allá, sin cuestionar, sin escuchar a la gente de a pie.

Los periodistas que apuestan a la crónica o que se formaron en el periodismo con enfoque social comenzaron a buscar el por qué y a contar historias que sucedían en el México real, el cual es muy diferente al que dibujaban los funcionarios desde sus oficinas y con declaraciones vacías. El periodismo convencional se quedó sólo reportando cifras y declaraciones. Algunos cronistas y periodistas sociales salieron a recorrer esos lugares del país para poder conocer la historia de las víctimas de la guerra del narco, para mostrar cómo viven las comunidades golpeadas por la violencia, para comenzar a mostrar un país que muchos no querían ver: un territorio en donde el número de desaparecidos crece sin pudor; pueblos en donde el narcotráfico es la única fuente de empleo; zonas desiertas porque sus habitantes decidieron huir de la violencia; regiones en las que la población quedó en medio del fuego del narcotráfico, del Ejército y la policía federal.

—¿Cuáles son las tres cosas que nunca debe olvidar alguien que va a contar una historia de narcotráfico?

—No hacer apología del narcotráfico. La máxima del periodismo: no inventar. Ser ético: no poner en riesgo la vida de la gente a la que entrevistamos sólo por querer tener una gran historia.

—En todos los conflictos violentos que han ocurrido en América Latina, los periodistas suelen estar en peligro. ¿Qué haces para disminuir esos riesgos en el México de hoy?

Ese cáncer llamado crimen organizado

—En el México de hoy, el riesgo mayor lo viven los compañeros periodistas que trabajan y viven en el interior del país. Ellos son los que enfrentan el peligro día a día y no sólo por el narcotráfico. Las organizaciones civiles han documentado que muchas agresiones contra periodistas son realizadas por funcionarios públicos.

Los periodistas que trabajamos y vivimos en la Ciudad de México no estamos tan expuestos. Sin embargo, cuando viajo a zonas de riesgo trato de no viajar por carretera de noche, no alardear de mi condición de periodista. Y siempre trabajar bajo un marco ético.

—¿Cuál crees que ha sido el mayor error del periodismo mexicano para cubrir este conflicto?

—Cubrirlo como si se tratara de un asunto más de la nota roja. Reproducir el discurso que mira esta realidad como un conflicto entre «buenos» y «malos».

—En 2011 fuiste premiada en el concurso alemán de periodismo Walter Reuter por un reportaje sobre Cherán, la comunidad indígena que se atrincheró para defenderse de los narcotraficantes. ¿Qué papel han jugado los líderes indígenas mexicanos en el conflicto que vive México?

—No puedo hablar de los «líderes indígenas mexicanos» porque no creo que en estos momentos del país existan «líderes indígenas».

Prefiero hablar de comunidades y pueblos indígenas.

Las comunidades indígenas son ignoradas en este conflicto, pese a que muchas de ellas viven las consecuencias del supuesto combate al narcotráfico. Cuando el gobierno habla de narcotráfico e indígenas, sólo se les criminaliza. Pongo un ejemplo: en 2009, funcionarios encargados de atender a esta población aseguraban que 50 000

indígenas, de 60 comunidades, intervenían en la siembra de drogas. Cuando solicité el documento o el estudio que permitió lanzar esa cifra, aceptaron que no lo tenían. Así que sus números sólo eran mera suposición.

Es cierto que existen comunidades indígenas que siembran amapola o mariguana. Cuando se visitan esas comunidades sólo se encuentra pobreza. Y lo paradójico es que, muchas de estas zonas, tienen una alta presencia de militares.

Creo que un papel que han jugado los indígenas de México en este conflicto ha sido justo el de mostrar las grandes fallas de la guerra contra el narcotráfico. Por ejemplo, en 2002, cuando aún no se hablaba mucho de los abusos del Ejército en el combate al narcotráfico, dos mujeres indígenas de Guerrero —Inés Fernández y Valentina Cantú— denunciaron a los soldados que las violaron. Su caso llegó hasta la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en donde se presentaron pruebas de que la violación se utilizó como un acto de tortura. Nueve años después de su denuncia, la corte les dio la razón y mostró algunas de las grandes deficiencias del sistema de procuración de justicia del país.

En el caso de Cherán, sus pobladores rescataron prácticas de su organización indígena —como el gobierno comunitario— para enfrentar a los tala montes que actuaban bajo el amparo del narcotráfico.

Su historia muestra la complicidad de diferentes niveles de gobierno con los grupos delictivos. Su historia refleja el hartazgo y la desconfianza que muchos ciudadanos sienten ante los políticos del país.

En Guerrero, los indígenas que hace 17 años formaron su propia policía y sistema de justicia —cansados de la

Ese cáncer llamado crimen organizado

corrupción y la impunidad— realizaron en 2011 el primer juicio comunitario en contra de indígenas que transportaban droga.

Los indígenas de México han sido utilizados por narcotraficantes, criminalizados por el gobierno y, en muchos casos, están en medio de los fuegos. Aun así hay comunidades que están buscando estrategias para no quedarse como víctimas de cualquiera de los dos frentes.

—¿Cómo ves el futuro de México?

—Si sólo me quedo observando el panorama político y el poder que tiene el narcotráfico, soy muy pesimista. Pienso que el país puede todavía hundirse más en una espiral de violencia. Si observo los movimientos sociales que están surgiendo —como la participación de los jóvenes del colectivo #YoSoy132, la lucha de Cherán, el trabajo que realizan ciudadanos en el norte del país para construir una cultura de paz—, pienso que es posible tener un poco de optimismo. Y digo un poco porque construir un nuevo país llevará mucho tiempo.

(Dávila, Patricia, Proceso.com.mx, 9-jul-2012,
en: <http://www.proceso.com.mx/?p=313630>)

Paco Ignacio Taibo II

Creador de la nueva novela negra en español con la serie protagonizada por Héctor Belascoarán Shayne. Incansable activista social, historiador y autor de la biografía del Che más leída, publicada en 28 países, así como de más de 40 obras en distintos géneros literarios. Ha merecido tres veces el Premio Internacional *Dashiell Hammett* a la mejor novela policiaca, el premio francés *813* a la mejor novela extranjera publicada en Francia y el premio *Bancarella* en Italia al libro del año.

Ricardo Ravelo

Periodista y escritor mexicano, es conocido por su trabajo para diarios y revistas como *La Nación*, *Sur*, *Llave* y *Proceso*, donde ha publicado interesantes reportajes sobre narcotráfico y seguridad. Ha publicado *El narco en México* (2012), *Osiel. Vida y tragedia de un capo* (2012), *Herencia maldita* (2008), *Los capos* (2006) entre otros.

Héctor de Mauleón

Narrador y periodista. Becario del CME en cuento, 1993-1994 y del FONCA dentro del programa Jóvenes Creadores, en el mismo rubro, 1995-1996. Fundador y director de los suplementos *Confabulario* de *El Universal* y *Posdata* de *El Independiente*. Colaborador de *Confabulario*, *Cultura Urbana* (de la UACM), *El Independiente*, *Etcétera*, *La Crónica de Hoy* y *Proceso*.

Alejandro Almazán

Estudió Ciencias Políticas y Sociales en la UNAM. Ha sido miembro fundador de *Macrópolis*, *CNI-Canal 40*, *MILENIO Semanal*, *MILENIO Diario*, *La Revista* y *EMEEQUIS*. Además, ha trabajado para los diarios *Reforma* y *El Universal*. Actualmente colabora en la revista *GATOPARDO* y en el Grupo Milenio.

Sanjuana Martínez

Periodista, ha investigado asuntos relacionados con la defensa de los derechos humanos, violencia de género, la actividad terrorista y el crimen organizado, tanto en México como en Estados Unidos y Europa. Ha trabajado para *Milenio Diario* de Monterrey, *Canal 2*, la revista *Proceso* y el periódico *La Jornada*. Por sus investigaciones sobre los delitos de pederastia cometidos por el clero, recibió el Premio Nacional de Periodismo 2006. El Club de Periodistas de México le entregó en 2007 el primer Premio Nacional de Periodismo por sus reportajes, crónicas, entrevistas y artículos.

Javier Valdez Cardénas

Periodista y escritor mexicano, ha trabajado como corresponsal para *El Jornal* en ciudades tan conflictivas como Sinaloa. Valdez ha publicado varios libros en los que refleja el narcotráfico y la trata de blancas en México.

José Reveles

Periodista mexicano, ha trabajado para medios como *Excélsior*, *Proceso* y *El Financiero*, entre otros, siendo autor, además, de numerosos libros de ensayo periodístico e investigación.

Thelma Gómez Durán

Reportera de la unidad de reportajes especiales del diario *El Universal*. Se ha especializado en temas sociales, ambientales y científicos. Ha sido reportera y coeditora en *Milenio Diario*, *Día Siete*, *El Independiente*, *Diario Monitor*, *Excélsior* y *El Centro*. Es coautora del libro *Migraciones vemos... Infancias no sabemos* y cofundadora de *Sapiens*, una página web dedicada a divulgar el conocimiento científico.

Daniela Rea

Reportera y fotógrafa, especializada en la cobertura de víctimas y temas sociales. Trabaja en el periódico *Reforma*, donde cubre temas de desarrollo, derechos humanos y conflictos sociales. Egresada de la Universidad Veracruzana, sus crónicas han aparecido en las revistas *Replicante* (México) y *Etiqueta Negra* (Perú). Es coautora del libro *País de muertos* (Debate, 2010) y participó en la Exposición de Fotoperiodismo 2010 con el trabajo "Migrantes". Recibió el Premio Reflexión sobre Derechos Humanos 2003, entregado por la Comisión Nacional de Derechos Humanos.

Patricia Dávila

Reportera e investigadora de la revista *Proceso*.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
17. **La oveja negra**, de Armando Bartra.
18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.

- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas**. Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible**, Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra**. Cómic (no descargable)
- 74. Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de enero del año 2014.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.